

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

JAMES FENIMORE COOPER

SU VIDA. EL INDIO NORTEAMERICANO

Y

EL ELEMENTO COSTUMBRISTA



FILOSOFIA
Y LETRAS

TESIS

QUE PARA SU EXAMEN PROFESIONAL DE
MAESTRO EN LENGUA Y LITERATURA
MODERNAS, INGLESAS.

PRESENTA

VICENTE CARRION FOS



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*To my parents, just at the moment
when one of them needs the help
of God, since the other has just
made herself present before Him*

*A la Srta. Doctora
Maria de la Luz Grovas*

I N T R O D U C C I O N

Este estudio de algunos aspectos de la obra novelesca de James Fenimore Cooper es original en su mayor parte. Los conceptos que se dan sobre la vida del autor se tomaron esencialmente de la biografía de Lounsbury que se cita al final, en la bibliografía; pero algunos detalles se sacaron de las introducciones a las novelas mismas. La Historia de los Estados Unidos que se menciona en el capítulo del aborígen norteamericano se usó exclusivamente para comprobar un dato numérico, por eso no se ha incluido en la lista de las obras consultadas. Fuera de esto, todos los demás conceptos son originales. Si en algo llegara a coincidir con los historiadores de la literatura norteamericana me sentiré satisfecho; si en algo no coincidiese, espero que la abundancia de citas que he incluido sean prueba suficiente de los conceptos expuestos.

Un análisis completo de las treinta y dos novelas estudiadas nos llevó necesariamente a la consideración estudiviosa de cinco aspectos fundamentales en la obra de Cooper: la vida del autor, el indio piel roja, el elemento costumbrista, la crítica social de la época y, por último, el mar y la religión que se funden en un solo tema. Con todo, dada la gran extensión del trabajo, esta parte incluye solamente tres de los asuntos señalados; la vida del autor, el indio y las costumbres, lo que constituye en sí la presente tesis.

La segunda parte, más pesada y larga, comprende las ideas de Cooper sobre la sociedad y la religión americanas, pero no son tema para el objetivo que aquí se persigue.

El estudio del pielroja y el del elemento costumbrista se complementan haciendo un poco de historia de la vida de la Norteamérica colonial y representando un cuadro fiel de esos años. El trabajo así terminado puede parecer trunco o incompleto, pero fué necesario cerrar ahí mismo su alcance para que su extensión no fuera desproporcionada.

La lectura de las obras de Cooper se hizo en el orden de su publicación. La compilación de los datos para los asuntos que aquí se tratan se hizo en el transcurso de una segunda lectura, agrupando entonces los temas afines, no sin alguna dificultad, pues en muchos casos se sacaron notas importantes de los comentarios de los personajes y no del tema principal de la obra. La variedad de temas tratados en una misma novela hizo difícil la selección para la lectura, y, al mismo tiempo, prohibió agrupar las obras temáticamente para su estudio; pues si tal vez se hubiese ganado en unidad, la dificultad hubiera sido la misma y sí se hubiera perdido la evolución de las ideas de James Fenimore Cooper al través de los años.

En el capítulo de las conclusiones se ha procurado presentar en forma breve la esencia de lo que se desprende de las páginas de este estudio.

Siento la necesidad de disculparme por el sistema empleado para las citas. En lugar del número de la página de la obra de donde se ha sacado una cita doy el número del capítulo, pues como este estudio lo hice durante mi estancia en los Estados Unidos por unos años escolares, y habiendo comprobado que aquella edición no podía conseguirse fácilmente en México, como tampoco pueden conseguirse las treinta y dos novelas que componen la producción novelesca del autor, creí menos confuso para el lector indicarle el capítulo donde encontrará la cita, que la página donde muy probablemente no hallaría nada.

Lista cronológica de las novelas escritas por James Fenimore Cooper.

1.—Precaution	1820
2.—The Spy	1821
3.—The Pioneers	1823
4.—The Pilot	1823
5.—Lionel Lincoln	1825
6.—The Last of the Mohicans	1826
7.—The Prairie	1827
8.—The Red Rover	1828
9.—The Wept of Wish-Ton-Wish	1829
10.—The Water-Witch	1830
11.—The Bravo	1831
12.—The Heidenmauer	1832
13.—The Headsman	1833
14.—The Monikins	1835
15.—Homeward Bound	1838
16.—Home as Found	1838
17.—The Pathfinder	1840
18.—Mercedes of Castile	1840
19.—The Deerslayer	1841
20.—The Two Admirals	1842
21.—The Wing-and-Wing	1842
22.—Wyandotté	1843
23.—Afloat and Ashore	1844
24.—Miles Wallingford	1844
25.—Satanstoe	1845
26.—The Chainbearer	1846
27.—The Redskins	1847
28.—Jack Tier	1848
29.—The Crater	1847
30.—The Oak Openings	1848
31.—The Sea Lions	1849
32.—The Ways of the Hour	1850

Esta es la lista completa de las novelas escritas por Cooper y también la lista de las novelas estudiadas para este trabajo. Jack Tier, que aparece como publicado en 1848, se publicó antes, por entregas, de 1846 a 1848, año en que apareció ya en forma de libro. Además de estas treinta y dos novelas, Cooper escribió varias cosas más que no pertenecen a este estudio, pero de las que se ofrece en seguida lista completa.

*

Lista cronológica de los escritos que completan la producción de
James Fenimore Cooper.

1.—Notions of the Americans	1828
2.—Letter of J. Fenimore Cooper Gen. Lafayette	1831
3.—Letter to the American Public	1832
4.—A Letter to His Countrymen	1834
5.—Comparative Resources of the American Navy	1836
6.—Hints on Manning the Navy	1836
7.—Sketches of Switzerland	1836
8.—Sketches of Switzerland (Segunda Parte)	1836
9.—Gleanings in Europe	1837
10.—Gleanings in Europe (England)	1837
11.—Letter to the Editor of the Nickerbocker	1838
12.—Gleanings in Europe (Italy)	1838
13.—The American Democrat	1838
14.—The Chronicles of Cooperstown	1838
15.—Review of the "Memoirs of the Life of Sir Walter Scottt, Bart. By J. G. Lockhart"	1838
16.—The History of the Navy of the United States of America	1839
17.—Letters in "Coopertown Freeman's Journal"	1839
18.—History of the Navy of the United States of America (Abridged, in one volume)	1841
19.—Richard Somers	1842
20.—William Bainbridge	1842
21.—Richard Dale	1842
22.—Autobiography of a Pocket Handkerchief	1843
23.—Oliver Hazard Perry	1843
24.—John Paul Jones	1843
25.—The Battle of Lake Erie	1843
26.—Ned Myers	1843
27.—John Shaw	1844
28.—John Barry	1844
29.—Proceedings	1844
30.—John Templer Shubrick	1844
31.—Melancthon Taylor Woolsey	1845
32.—Edward Preble	1845
33.—Lives of Distinguished American Naval Officers	1846
34.—Old Ironsides	1853
35.—The Battle of Plattsburgh Bay	1869
36.—The Eclipse	1869
37.—(Fragments of a Diary of James Fenimore Cooper)	1868

SU VIDA Y SU OBRA

Una familia de emigrantes ingleses, natural de Stratford-on-Avon, cruzó el Atlántico en 1679 y se estableció en la colonia inglesa de Nueva Jersey. Jaime Cooper, el cabeza de familia, dedicó sus esfuerzos al comercio y pronto adquirió una extensa propiedad. Esta propiedad familiar fué en aumento y recibió su último impulso, ya en la cuarta generación, con Guillermo Cooper, quien casó con Isabel Fenimore hija de un cuáquero acomodado.

En 1785 Guillermo Cooper era el propietario principal de una gran extensión de terreno. Este mismo año se adentró a caballo en los bosques vírgenes de América. Su único medio de sustento era una caña de pescar y los accesorios necesarios para hacer fuego. Sus exploraciones le alejaron unas trescientas millas de la habitación más cercana. Dormía a la intemperie, se alimentaba de las truchas que pescaba y su caballo pastaba en las orillas de los ríos. En esta primera visita meditó cuidadosamente los planes necesarios para fundar una aldea y escogió como sede de la nueva colonia el lugar más conveniente para el comercio de la comunidad.

Su segunda visita a este lugar la hizo acompañado de agrimensores. Al llegar a la cumbre de una colina se les presentó inesperadamente la hermosa vista del lago Otsego. Guillermo Cooper se subió a un árbol simplemente para contemplar la extensión del lago. Esta falta de interés poético la supliría más tarde su hijo al hablar de esta parte en algunas de sus novelas. La colina fué bautizada por el padre de nuestro escritor con el nombre de "Mount Vision", y con ese nombre se conoce en nuestros días.

En el mes de marzo de 1786, ya dueño absoluto de cien mil acres de buena tierra, puso a la venta cuarenta mil de ellas. Al cabo de dieciséis días las había vendido todas a gente de la clase pobre. Con estos trabajadores empezó la colonización del lugar. Poco después estableció una tienda y fué a vivir con los colonos. En 1788 trazó los planos de una aldea que aún lleva su nombre.

Los primeros años de vida en Cooperstown fueron años de prueba. Sin caminos ni puentes, los colonos tenían que atravesar terrenos montañosos, rápidas corrientes, pantanos y lodazales para comunicarse con las ciudades más próximas. La pobreza de estos primeros habitantes no les permitió talar bastantes árboles. Los claros que lograron hacer eran tan pequeños que el grano crecía a la sombra y, por lo tanto, el maíz no maduraba y el trigo languidecía hasta marchitarse. Lo poco que cosechaban tenían que llevarlo a caballo a un molino que había a veinte millas de distancia, pues ellos no tenían donde molerlo. El viaje no era fácil y el número de bestias no llegaba a una por cada veinte colonos. El problema del abastecimiento de subsistencias fué empeorando progresivamente.

El padre de Cooper se dió cuenta de la situación y levantó un almacén que todos los inviernos llenaba de grano que traía desde muy lejos. Compró a crédito un buen número de calderas para extraer azúcar de arce y así se inició en la colonia la producción de azúcar y de potasa. Prestó los instrumentos a los colonos y les dió crédito por el azúcar y la potasa a un precio que permitiera el traslado al mercado. Esta pequeña industria le dió 9,000 dólares el primer año. Los colonos unieron sus esfuerzos y poco a poco construyeron puentes y caminos rudimentarios. Pero aún faltaba el golpe más duro. En el invierno de 1789 el precio del grano subió tanto

en los mercados de Albany que la demanda vació todos los graneros del valle del Mohawk. El hambre reinó en la colonia. Los colonos se alimentaban de puerros silvestres. Los más afortunados se alimentaban de leche; otros, con una bebida hecha de agua y azúcar de arce. Uno de los colonos confundió los puerros con una hierba diferente y murió envenenado. La situación no podía estar peor. El mismo Guillermo Cooper dice, en una carta a un amigo, que tenía a su alrededor doscientas familias y ni un solo pedazo de pan.

La solución llegó como caída del cielo. En las aguas del Susquehanna se descubrieron bancos de peces que, para contento de los colonos, eran arenques. Hicieron unas redes primitivas entrelazando ramitas tiernas y así pescaron miles de estos peces. A los pocos días todos tenían amplias provisiones, y como la sal no escaseaba, los arenques les duraron hasta que obtuvieron del cuerpo legislativo 1700 bushels de maíz que se llevaron en caballos y se repartieron proporcionalmente según el número de bocas que tenía que alimentar cada familia. Desde este momento la colonia, que era la primera en formarse después de la revolución, siguió su curso lento hacia el progreso.

El 10 de noviembre de 1790 llegó a Cooperstown toda la familia —quince con todo y criados— cuando el Cooper escritor aún no contaba catorce meses de edad, pues había nacido en Burlington, Nueva Jersey, el 15 de septiembre de 1789.

Vale la pena hacer un paréntesis para indicar que Roberto E. Spiller, en su obra "Fenimore Cooper", nos dice que la familia...

"...which now included baby James, arrived in September...". (Op. Cit. Ch. I).

Parece ser que Lounsbury, primer biógrafo de Cooper, está más en lo cierto cuando dice que fué un diez de noviembre, pues el mismo Spiller se contradice, ya que en la primera página de su obra dice:

"Born in Burlington, New Jersey, on September 15, 1789, he was only fourteen months old when his family moved to the new house in the north". (Fenimore Cooper, Ch. I).

Es obvio que si Cooper nació en septiembre y tenía catorce meses de edad cuando llegó a Cooperstown, necesariamente llegó en noviembre, pues de lo contrario sólo contaría con doce meses de edad. Además de este descuido de Spiller, hay otro dato dudoso en su obra:

"...the town of seven frame houses, three farm barns, a general store, and thirty-five inhabitants was ready for the family...". (Fenimore Cooper. Ch. I).

Si hay que creer al mismo Guillermo Cooper, durante la época del hambre había en Cooperstown doscientas familias. Aún suponiendo que haya exagerado, la diferencia es tan grande que la aseveración de Spiller es de dudarse.

Al año siguiente Otsego alcanzó la categoría de condado y Guillermo Cooper fué nombrado primer juez. Se construyó una posada que durante mucho tiempo llevó el nombre de "Red Lion".

Ya en 1796 el juez Cooper empezó la construcción de una mansión que terminó

en 1799 y que llamó Otsego Hall. Era la residencia más grande de esa parte del estado y en 1834, cuando pasó a manos del hijo, era todavía la casa principal a cuyo alrededor había crecido la floreciente aldea.

Uno de los principales abogados de Nueva York, llamado William Sampson, amigo del padre de Cooper, le había pedido informes sobre el establecimiento de nuevas colonias. Alrededor del año 1805 Guillermo Cooper escribió varias cartas a este respecto y después de su muerte, Sampson las agrupó en un folleto y las publicó en Dublin, para el beneficio de los emigrantes irlandeses, con el título de "A Guide to the Wilderness". Esta colección de cartas no fué reimpresa en los Estados Unidos y la copia que había en Otsego Hall se perdió. Susana Fenimore Cooper, en la introducción a la obra "The Pioneers", cita partes de estas cartas.

Elizabeth Fenimore, madre de Cooper, pertenecía a una familia de ascendencia sueca. De sus doce hijos, cinco murieron en la infancia. Cooper fué el penúltimo y el que le siguió, nacido en Cooperstown, murió muy pronto, por lo que puede decirse que siempre se le consideró como el hijo menor.

En 1826 y a petición de su abuela materna, cuyos descendientes masculinos habían muerto, James Cooper se cambió el nombre legalmente el 13 de abril. Al principio escribía un guión entre los dos apellidos, pero más tarde dejó de hacerlo; así pues, desde ese año se llamó James Fenimore Cooper. Años más tarde, en la novela "Crater", publicada en 1847, dice que le simpatiza la costumbre de los españoles y de los franceses que usan los apellidos paterno y materno, pues así se dan a conocer ambas ascendencias y, a pesar de tomar el apellido del esposo, la casada no pierde completamente el nombre de soltera.

La vida transcurría alegre y armoniosa entre los nueve miembros de su familia en Otsego Hall. Ningún contratiempo interrumpió esta felicidad hasta la muerte de la hermana mayor, a no ser que valga mencionar el susto que se llevaron los habitantes de Cooperstown en 1794. Cooper tenía a la sazón cinco años. Una tribu de indios apareció en los bosques más cercanos y esto alarmó a los habitantes. Las mujeres y los niños se escondieron en las casas y se cerraron con llave. Los hombres descolgaron y cargaron sus rifles, pero los pielrojas habían desaparecido silenciosamente.

Cooper pasó la niñez y los primeros años de juventud en los bosques de lo que se llamó la frontera, esto es, en uno de los lugares civilizados más lejanos de la civilización y más en el interior del país. Hacia el oeste se extendían los interminables bosques. El pequeño lago rodeado de árboles y a menudo lleno de aves acuáticas, contribuía a la belleza y majestuosidad de la naturaleza. Abundaba el venado, el gato montés, los lobos y el oso. Todo lo que Cooper veía y oía dejaba huella en su mente infantil, y los misterios del interior de esas selvas y bosques ocupaban hasta la imaginación de los mayores.

El crecimiento de Cooper nos lo indican el arco y la flecha con que jugaba, la cometa, la pelota, la caña de pescar, sus primeras hazañas como jinete, el patinar sobre los hielos del invierno y sus primeras zambullidas en el lago. Aquel ambiente sano y franco hizo de él un mozalbete alegre y atrevido, fuerte, impetuoso, sincero y generoso, que amaba la aventura y sentía profundamente la belleza del paisaje.

En esa época las facilidades para el estudio eran muy pocas, sobre todo para hacer estudios superiores. En la frontera esas facilidades eran casi nulas. El niño Cooper recibió las primeras nociones del estudio, dirigido por su hermana mayor. Luego fué a la escuela de la aldea, "La Academia", que estaba a cargo del maestro Oliver Cory, trabajador, justo, honrado, de mucha paciencia y de naturaleza amable, a la vez que firme para imponer la disciplina.

En 1799 Cooperstown era uno de los mejores graneros del estado. La mayoría de los habitantes eran de New England, pero entre ellos había franceses, holandeses, alemanes y polacos. El comerciante más rico del lugar era un capitán del ejército inglés. Un exgobernador de Martinique fué el abarrotero del pueblo por algún tiempo. El padre de Cooper reinaba sobre todo aquello como si fuera un señor feudal, aunque en realidad su influencia se debía a sus magníficas cualidades morales. Cooper dejó esta aldea al terminar su segundo año de "Academia". Un vecino que llevaba una carga de trigo a Albany lo acompañó hasta la rectoría de San Pedro y aquí, el reverendo señor William Ellison se hizo cargo de él. Los pasos que siguió nuestro escritor en su educación los siguen muchos de los personajes de sus obras.

El nuevo maestro de Cooper era un clérigo inglés que se había recibido en la Universidad de Oxford. Todos los años aceptaba en el seno de su familia a cuatro o cinco niños y los educaba. En una carta que Cooper escribió años después a un condiscípulo suyo de esta época, dice de su maestro:

"This man was an epitome of national prejudices, and, in many respects, of the national character... entertained a most profound reverence for the king and nobility; ...was particularly severe in all immoralities of the French Revolution, and, though eating our bread, was not especially lenient to our own; ...spent his money freely, and sometimes that of other people; was particularly tenacious of the ritual, and of all decencies of the church; detested a democrat as he did the devil; ...decried all morals, institutions, churches, manners and laws but those of England, ...and as it subsequently became known, was living every day in the week, in vinculo matrimonii, with another man's wife". (James Fenimore Cooper 1789-1820).

A pesar de todas estas "cualidades", el señor Ellison tenía la gran ventaja de sus conocimientos clásicos, así como eficaces métodos de estudio, lo que era difícilísimo de obtener en esos tiempos. La intención de los padres de Cooper era prepararlo para que entrara en el tercer año del colegio Yale. Desgraciadamente el señor Ellison murió en 1802 y Cooper tuvo que entrar a Yale en el primer año, cuando solamente tenía 13 años de edad.

La muerte de su maestro no fué la única que afectó su juventud. Unos años antes, en septiembre de 1800, su hermana Hanna sufrió un accidente que le costó la vida. Cuando iba a visitar a los Morrisés, acompañada de su hermano Richard, se cayó del caballo y murió, a consecuencia de esta caída, a la edad de 22 años. Cooper quería mucho a esta hermana que, según parece, era muy estimada por todos los que la conocían.

El nivel académico de las universidades de esta época era equivalente al de una escuela secundaria inglesa. El estudio de los clásicos era el tema central. El saber

analizar latín era un gran mérito. Los alumnos del primer año llevaban griego y hebreo. En el segundo se añadía lógica; física en el tercero; matemáticas y metafísica en el cuarto. El año en que Cooper entró a Yale se inició el estudio del latín. Las lenguas clásicas se estudiaban todos los años, así como retórica, ética y declamación. Esta última se hacía semanalmente en latín, griego o hebreo. Durante la estancia de Cooper en Yale se introdujeron otros cursos. Se iniciaron los estudios de medicina, leyes y teología.

Cooper llegó a Yale con muy buena preparación y loqraba hacer sin la menor dificultad lo que sus compañeros consideraban difícil. Esto resultó contraproducente ya que se pasó todo el primer año jugando. Prefería pasear solo por las colinas cercanas o por las costas. El segundo y el tercero fueron casi una repetición del primero en cuanto a su interés en los estudios, lo que hizo que las autoridades del colegio no simpatizaran mucho con él. Su maestro preferido era Silliman, joven profesor de mineralogía y geología, con quien tuvo relaciones amistosas años más tarde. De su correspondencia con este profesor y amigo sabemos que Cooper consideraba su juventud como la principal causa de su fracaso en la escuela; pues, según sus propias palabras, aún no tenía dieciséis años de edad cuando lo expulsaron. Se sabe también, por esta correspondencia, que Cooper leía el latín con tanta facilidad como el inglés, y tal parece que tenía la idea de escribir sus memorias.

"...If I ever write my memoir, the college part of it will not be the least amusing". (James Fenimore Cooper 1789-1820).

Durante el otoño del año en que lo expulsaron se introdujo una estricta reglamentación que convertía a los maestros en jueces del comportamiento de los alumnos, y para no infringir la cual, Cooper hubiera tenido que cambiar radicalmente su actitud estudiantil. Así se explica que fuera expulsado de Yale en el verano de 1806.

Cooper tuvo una pelea con un tal John Boyle y, aunque no se sabe el resultado de la misma, Boyle tuvo que dar dos fianzas para responder por su presencia en la corte; una de 80 y otra de 200 dólares. Fué juzgado y expulsado del colegio, pero volvieron a admitirle el año siguiente y se recibió en 1807.

El padre de Cooper hizo todo lo posible para que su hijo fuera readmitido, aunque no dejó de defenderlo ni un instante. Su intento fracasó. Cooper pasó un tiempo en su casa haciendo paseos al Mount Vision y dedicándose a otras actividades similares que su joven energía le pedía.

La preparación que había recibido en la escuela no era suficiente para ganarse la vida, ni para distinguirse intelectualmente de las personas de su alrededor. Sus hermanos estudiaban, uno para abogado y el otro para médico. Uno de los caminos que le quedaban para asegurar el futuro y cierta categoría era la marina de guerra.

En esta época no había escuela naval y para suplir esta deficiencia se acostumbraba servir un tiempo, a manera de adiestramiento, en un barco mercante. Así pues, en el otoño de 1806, cuando Cooper tenía 17 años de edad, se encontró a bordo de un velero mercante llamado el "Sterling" Este barco iba a salir de Nueva York cargado de harina con destino a Inglaterra. El capitán, John Johnston, era del estado de Maine, pero la tripulación se componía de marineros de varias nacionalidades. Como pasajero iba un capitán inglés cuyo barco había naufragado. Cooper fué aceptado como novicio y el 16 de octubre el Sterling zarpó hacia su destino.

Después de una larga travesía tormentosa que duró cuarenta días, llegaron a St. Hellen's Roads, Cowes, de la "Isle of Wight". En enero de 1807 salieron hacia Gibraltar y cargaron varilla de hierro en Aguilas y Almería. En mayo ya estaban de regreso en el Támesis. A fines de julio salieron rumbo a América y llegaron a Filadelfia el 18 de septiembre, después de capear una tormenta y al cabo de 52 días de viaje. Cooper estaba ya listo para la marina de guerra.

Durante el tiempo que el Sterling estuvo anclado en aguas inglesas, Cooper aprovechó la oportunidad para ver los lugares de interés. Siempre acompañado de alguno de sus camaradas de a bordo, visitó varios lugares, entre ellos la catedral de San Pablo, y él mismo dice:

"...when ...I first stood beneath its arching dome. I actually experienced a sensation of dizziness, like that one feels in looking over a precipice".
(James Fenimore Cooper 1789-1820).

El primero de enero de 1808 fué nombrado "Midshipman", el grado más bajo de oficial de la marina. Al mes siguiente se le ordenó que se presentara ante el comandante de la plaza de Nueva York y más tarde sirvió un tiempo en el Vesuvius. En el mes de abril pidió al secretario de la marina que le transfiriera a un puesto de acción, lo cual no se le concedió. La inquietud de Cooper iba en aumento y el 13 de septiembre volvió a escribir al secretario de la marina pidiendo un permiso para visitar Europa. Esta vez se le concedió el permiso, pero en vista de lo difícil que era encontrar camarote en los barcos que iban allá, y siguiendo el consejo de varios oficiales de la marina, volvió a escribir abandonando el proyecto y pidiendo al mismo tiempo que le asignaran al Wasp, una corbeta de dieciséis cañones y uno de los navíos más pequeños de la armada. El capitán Lawrence le había dicho que lo recibiría con gusto, y como uno de sus guardamarinas había salido con permiso para trabajar en la marina mercante, Cooper obtuvo lo que deseaba y pasó el último año de su servicio naval en el Wasp. La rutina de las travesías que siguieron fue recompensada con la amistad de William Shubrick, un buen amigo que se hizo Cooper en esta ocasión y a quien años más tarde dedicó "The Pilot" y "The Red Rover".

En el mes de mayo de 1810 Cooper solicitó un permiso debido a la muerte de su padre y a la necesidad de atender unos asuntos personales. Se le dió permiso el nueve de ese mes y el resultado de dichos asuntos fué de gran trascendencia, pues el primero de enero de 1811 se casó con la señorita De Lancey, cuando apenas si llegaba a los 21 años de edad y la novia no cumplía los 19. El 6 de mayo de ese mismo año renunció a su puesto de guardamarina; su carrera de marino había terminado cuando aún no llevaba tres años y medio de servicio.

La esposa de Cooper pertenecía a una familia hugonote que había huido de Francia a fines del siglo XVII y se había establecido en América, en el condado de Westchester, Estado de Nueva York.

En contraste con su vida literaria, la vida familiar de Cooper fue serena y muy feliz. Lounsbury supone que, como muchas otras personas de temperamento ardiente y fuerza de voluntad, fué dominado por su esposa en muchas cosas, si no lo fué en todo. Añade que esto se notó desde el principio, pues como a ella no le gus-

taba que su marido se ausentara de casa por tanto tiempo, Cooper se vió abligado a renunciar definitivamente a la Marina.

Los primeros años de casados los pasaron en Heathcote Hill, la residencia del suegro, a más de 25 millas de la ciudad de Nueva York. Era una vieja casa colonial que descansaba en la ladera de una colina. Tenía una vista hermosa. De un lado se veía el estrecho de Long Island, ocn un sinfin de velas que entraban y salían del puerto de Nueva York. En la parte de atrás, al pie de la ladera, había un portal y se veía la carretera que conducía a la aldea de Mamaroneck. Alrededor de la casa había arbustos de lilas, un jardín y los graneros. Los porches recibían la sombra de grandes melocotoneros y el sendero que llevaba al camino estaba franjeado con hileras de algarrobos. Los cerezos, albaricoqueros y sauces salpicaban el césped que rodeaba la casa. A lo lejos, las quintas de los arrendatarios, con sus campos muy bien divididos y cultivados, engalanaban las ondulantes colinas verdes. Los establos, el jardín y los quehaceres domésticos tenían el colorido que impartían los sirvientes negros. Todo el conjunto presentaba más bien el cuadro de una plantación del sur que el de una mansión señorial del norte. Cooper había ascendido en la escala social por medio de su enlace. Todo lo que le rodeaba destilaba aristocracia, aunque él, en sus convicciones más íntimas, no simpatizara con ella. Según Spiller esta casa se bajó al nivel de la calle y se convirtió en gasolinera.

La familia de Cooper pasó de este lugar a una quinta cercana que se llamaba "Closet Hall". Al cabo de un año poco más o menos, en 1814, los tenemos en Cooperstown, en una granja agrícola que llamaron Fenimore Farm y que se hallaba en las afueras de la ciudad. Construyeron una casa grande, de piedra, y Cooper pensó dedicarse a la agricultura. Su esposa, sin embargo, quería volver con su familia y en 1817 regresaron a Westchester. Poco después murió la madre de Cooper. La casa quedó sin terminar. Cooper había puesto en una de las paredes una piedra lisa en la que había grabado el nombre de su esposa, el suyo y la fecha de 1816. En 1823 esta casa fué completamente consumida por el fuego.

Su nueva residencia fué Scarsdale, en una hacienda llamada Angevine, nombre de una familia de ascendencia francesa que la había ocupado durante muchas generaciones. Permanecieron aquí hasta que Cooper se hizo escritor, rodeados por una sociedad más elevada que la de Cooperstown. Fué durante esta época cuando el gobernador Clinton lo nombró su aid-de-camp dándole el rango de coronel. El 20 de julio de 1819 fué nombrado comisario de la cuarta división de infantería del estado de Nueva York. El 10 de septiembre de ese mismo año desempeñó el cargo de habilitado.

A todo esto, antes de 1820, Cooper había tenido ya cinco hijas. La primera, nacida en la quinta de Closet Hall, no salió de la infancia. La segunda, Susan Augusta, fué la secretaria de Cooper en sus últimos años. Como era escritora hubiera podido escribir la biografía de su padre si él no lo hubiera prohibido a la hora de su muerte. El primer hijo de Cooper, nacido en Angevine, murió muy pronto, pero el segundo, neoyorquino, llegó a recibirse de abogado y a ejercer como tal.

En su época de dedicación a la agricultura Cooper emprendió otro negocio como socio principal. Compró dos tercios de las acciones de un barco ballenero lla-

mado Unión. El otro socio era un pariente por enlace con una prima de la esposa de Cooper. Este hizo varios viajes cortos en el Unión; cuando el barco estaba anclado en Sag Harbor, Cooper pasaba mucho tiempo allí. Se cree que fué el primero en establecer en aquellos alrededores la costumbre de comprar un ballenero entre varias personas y formar una pequeña compañía. El, como socio principal, equipaba el barco, hacía los demás arreglos necesarios y vendía el aceite. El primer viaje del Unión se completó antes de 1819, y en el segundo capturaron doce ballenas que les dieron 900 barriles. Las cosas no iban bien y aunque el barco hizo dos viajes buenos a las costas de Patagonia, no hay evidencias de que Cooper aún fuera socio.

Vemos pues que Cooper se ha mostrado activo en varios asuntos. De Yale a la marina mercante y de ésta a la de guerra. Luego agricultor y por un tiempo ballenero, finalmente militar. Socialmente se había propuesto ser un caballero de la más fina estampa americana. Lo único que no le había pasado por la cabeza era hacerse escritor.

COOPER SE DEDICA A LAS LETRAS

He aquí la forma en que Cooper empezó a escribir su primera novela. Según la tradición familiar, cuando estaban en la residencia de Angevine, Cooper leía una novela que describía la sociedad inglesa; de pronto dejó la lectura y exclamó en voz alta:

"I believe I could write a better story myself". (James Fenimore Cooper 1820-1822).

Al oírle decir esto su esposa no pudo aguantar la risa y, acicateada la sensible naturaleza de Cooper por el reto que esto significaba, se puso a escribir. Cuando pocos días después le enseñó a su señora las primeras páginas de su libro, ésta cambió de actitud y le animó para que lo terminara. Poco tiempo fué necesario para que terminara su primera obra, "Precaution".

La semejanza de esta novela con "Pride and Prejudice", de Jane Austen, hizo creer que ésta era la que él había estado leyendo. Susan Cooper dice que puede haber sido una de Amelia Opie, mientras que Anna Mulford dice que fué "Discipline", de Mary Balfour Brunton, publicada en 1814 y que fué muy popular.

Según Spiller, Precaution pasó su primera prueba cuando Susan, que estaba escondida debajo del escritorio cuando su padre leía la novela, echó a llorar emocionada. Después, sin decir quién la había escrito, la leyó a un amigo, quien creía haberla leído antes. Finalmente consultó a otro de sus amigos, Charles Wilkes, y siguiendo su consejo, el libro se publicó el 10 de noviembre de 1820. Así empezó Cooper su carrera literaria cuando tenía treinta años de edad.

La novela fué un fracaso, pero no lo bastante grande para que Cooper se desanimara o para que sus amigos no vieran en ella promesas de algo mejor. Le animaron a que escribiera más y, sobre todo, a que escribiera sobre cosas que conociera bien, pues de Inglaterra sólo conocía lo poco que pudo observar en sus viajes en el Sterling. Escribiendo sobre las costumbres, modales y personas que él conocía, sobre cosas que él había vivido, la obra tendría más valor. Para incitarle aún más le reprocharon que siendo americano de corazón hubiera escrito sobre asuntos ex-

tranjeros. Esto ya era tocarle el lado flaco, pues Cooper amaba a su América apasionadamente.

Unos años antes de que esto sucediera, Cooper había estado hablando con el gobernador Jay, quien le contó la historia verdadera de un espía que había estado al servicio de la causa de la independencia. Parece ser que el espía, por su serenidad en los momentos difíciles, su audacia, temeridad y patriotismo desinteresado, impresionó profundamente al dirigente revolucionario que lo había empleado. La impresión que recibió Cooper fué también profunda y, ahora que se proponía escribir otra novela, decidió tomar este asunto como base.

Era costumbre publicar las novelas en dos volúmenes y, mientras se imprimía el segundo, el editor le dijo que si la hacía demasiado larga no alcanzaría a cubrir los gastos. Cooper escribió entonces el último capítulo, que se imprimió y arregló para incorporarlo al volumen. Así pues, él siguió escribiendo, dirigiendo la novela hacia el final que ya estaba escrito. A fines de 1821 apareció "The Spy". A principio de 1822 los diarios anunciaron que hasta esa fecha ninguna obra se había vendido tanto. Se hizo la segunda edición y en el mes de marzo apareció la tercera. Ese mismo año la novela fué adaptada y representada en el teatro con muy buen éxito. También se publicó en Inglaterra y en Francia y, finalmente, se tradujo a todas las lenguas cultas de Europa sin que disminuyera su buen éxito. Con ella Cooper fué reconocido universalmente como escritor.

The Spy no fué sólo bien conocida, sino que llegó a producir en la vida real imitadores del personaje central. Un prefecto de la policía francesa de Louis Philippe, llamado Gisquet, escribió en sus memorias un capítulo sobre los agentes secretos empleados por él, y cuenta la historia de uno que, por la información que impartió, contribuyó muchísimo a evitar una revolución. Añade que el motivo que le hacía portarse así era la impresión que le había producido la novela de Cooper llamada "Le Spion"; él deseaba llegar a esa misma gloria que distinguió al héroe y deseaba jugar en Francia el papel que Harvey Birch había desempeñado en la revolución americana. Gisquet dice que este espía se hacía llamar Harvey Birch y que, al igual que aquél, cuando sus servicios terminaron se conformó con un empleo humilde que casi no le cubría las necesidades diarias, en vez de reclamar la pequeña fortuna que se merecía.

La obra fué bien conocida en Hispano América. Un tal E. G. Squier que viajó mucho, cuenta en un relato del Niágara, que él encontró The Spy en muchas partes de Hispano América. Le parecía que de las obras escritas en inglés, ésta era la más conocida. Dice, según Lounsbury:

"I subsequently visited the Indian Pueblo of Conchagua, the first alcalde produced it from an obscure corner of the cabildo, as a very great treasure. He regarded it as a veritable history and thought "Señor Birch" a most extraordinary personage and a model guerrillero". (James Fenimore Cooper 1820-1822).

De 1820 a 1830 Cooper escribió unas once obras. Fué el período más feliz y de mejor éxito de su vida literaria. Los dos primeros años de esta década los vivió en Scarsdale. Visitaba Nueva York a menudo, haciendo el viaje en la diligencia o

en su propio vehículo, aunque a veces iba en barco, pasado por el "Hell Gate" de que tanto habla en sus obras. Solía regresar a su casa a pie, llegando completamente agotado después de las veinticinco millas de camino.

En 1822 fué a vivir a Nueva York para facilitar así la revisión y la publicación de sus obras, y poder dar a sus hijos una mejor educación. Ese mismo año la fiebra amarilla asoló la ciudad y paralizó todo el comercio. Hasta las imprentas dejaron de trabajar, por lo que Cooper se vió obligado a publicar su nueva novela el primero de febrero de 1823. De acuerdo con la costumbre inglesa prevalente, los diarios publicaron extractos del libro antes de que éste viera la luz pública. "The Pioneers" tuvo un éxito incomparable. Los diarios vespertinos comunicaron que al medio día del día de la publicación se habían vendido 3,500 ejemplares, lo cual constituía un triunfo indiscutible.

Antes de la publicación de "The Pioneers", Cooper asistió a una comida en la que sus amigos estuvieron discutiendo sobre quién sería el autor de "The Pirate", que se había publicado hacía poco. Cooper sostenía, basándose en algunos indicios de la obra, que el autor no era hombre de mar. No negaba la exactitud de las descripciones, pero decía que, con esos mismos elementos, un autor familiarizado con el mar podía producir resultados mucho más efectivos. Afortunadamente no logró vencer a ninguno de los presentes y, por lo tanto, se propuso demostrar sus opiniones prácticamente.

El experimento era arriesgado, pues nunca se había escrito nada como lo que él proponía. En una ocasión, mientras se hallaba envuelto en las maniobras de sus barcos y preocupado con los personajes de su nueva novela, se vió acometido por la duda y estuvo a punto de abandonar el proyecto. Pidió opinión sobre lo que ya tenía escrito a un amigo inglés que conocía bien el mar y éste quedó encantado. Cooper recuperó los ánimos y siguió escribiendo. Para asegurarse aún más, leyó una parte a uno de sus antiguos compañeros del Sterling. La inquietud de su amigo aumentaba a medida que transcurría la lectura y, finalmente, tuvo que levantarse y dar vueltas por el cuarto. Cuando Cooper terminó el capítulo, el amigo, un tanto avergonzado por la emoción que había manifestado, le dijo:

"It is all very well, but you have left your jib stand too long, my fine fellow". (James Fenimore Cooper 1820-1822).

El primer volumen estaba terminado a principios del verano de 1823. Parte del segundo estaba también lista, pero el 5 de agosto, Fenimore, el hijo menor de Cooper, murió en la residencia familiar de Beach Street, en Nueva York, y poco después nuestro autor cayó enfermo. Así, aunque llevaba fecha del 23, la obra no pudo publicarse sino hasta el 7 de enero de 1824. El buen éxito de "The Pilot" fué instantáneo en América y en Europa. Cooper había creado un tipo nuevo de novela.

El activo entusiasmo de Cooper, así como su talento y fama, pronto le dieron una posición distinguida en la sociedad. En la trastienda de la librería de Wiley había un pequeño cuarto que Cooper bautizó con el nombre de "The Den". En este cuarto empezó la vida de lo que en 1824 sería un club al que pertenecían distinguidas personas de profesiones intelectuales; literatos, abogados, científicos, artistas y editores. Entre ellos vale la pena mencionar a Halleck, Bryant, Sands, Morse. El grupo

estaba dominado por la fuerte personalidad de Cooper y, por un tiempo, se llamó "Cooper's Club", aunque fué mejor conocido como el "Bread and Cheese Lunch Club". Se reunían semanalmente. Cooper no faltaba nunca, a menos que no estuviera en la ciudad. Él era el alma del club, pues cuando más tarde salió del país, el grupo sobrevivió un tiempo, pero finalmente desapareció por completo.

El amor que Cooper tenía por América era tanto que emprendió una obra que podía haber adquirido proporciones gigantescas, pero no pasó de la primera novela. En el mes de febrero de 1825 apareció "Lionel Lincoln", cuya edición llevaba el título de "Legends of the Thirteen Republics". Su intención era escribir una serie de novelas dedicando una a cada estado de la unión.

Para la composición de esta obra Cooper estudió cuidadosamente todas las fuentes que tenía a su alcance, pues siempre hacía lo mismo cuando su novela tenía fondo histórico. Llegó a estudiar hasta las condiciones atmosféricas de los días en que iba a situar su obra. Fué a Boston y se paseó por el escenario que iba a utilizar; en fin, reunió todos los datos necesarios para que su libro dibujara de la manera más exacta y verdadera la realidad de los días que quería revivir. Este afán de acercarse a la realidad puede haber sido la causa del fracaso de la obra, aunque nos da en ella unos momentos históricos llenos de interés y de fuerza descriptiva que, como cuadros aislados, tienen mucho valor. Las batallas de Lexington, Concord Bridge y Bunker Hill, junto con el ambiente de la obra, nos da una idea del movimiento y esfuerzo en que acababa de entrar el pueblo de los Estados Unidos.

Al relativo fracaso de "Lionel Lincoln" siguió uno de los triunfos más grandes del autor. En 1824 fué de excursión a los Grandes Lagos con un grupo de amigos ingleses. Cuando llegaron a las Glen Falls y estaban admirando las cavernas producidas por el río, uno de los excursionistas le dijo a Cooper que aquel lugar era magnífico para escenario de una novela. Cooper le contestó que lo incluiría en una obra y el 4 de febrero de 1826 apareció "The Last of the Mohicans". Durante la composición de la obra Cooper estuvo enfermo, pero ello no le restó poder creativo. Fué tal el buen éxito que, debido a la fuerte demanda, decidieron estereotipar el original. Con esta novela Cooper llegó a la cúspide de la fama. Valga decir que estudió todas las fuentes informativas que pudo encontrar con relación a la manera de ser de los indios. Visitó delegaciones de las diversas tribus que pasaron por el estado de Nueva York camino a la capital nacional y, en muchos casos, los siguió hasta Washington.

Para ayudar a la comprensión de la personalidad de Cooper conviene citar parte de una carta de Bryant que Spiller copia en su obra. Bryant tenía que hacer la crítica de la nueva obra de Cooper y dice:

"...You tell me that I must review him next time myself. Ah, Sir! He is too sensitive a creature for me to touch. He seems to think his own works his own property; instead of being the property of the public, to whom he has given them; and it is almost as difficult to praise or to blame them".
(Fenimore Cooper).

Mientras vivía en la calle "No. 3 Beach Street" contribuyó con artículos para el "Patriot", periódico de su amigo Gardenier, y para el New York American, de Charles King, quien más tarde fué presidente del Colegio de Columbia. Después

cambió su residencia a la calle de Greenwich, número 345, donde vivió hasta que salió rumbo a Europa.

Durante la primera parte de su carrera literaria Cooper fué pobre económicamente. La herencia familiar la había perdido casi completamente por falta de administración de sus hermanos mayores, quienes murieron pronto. Su producción literaria, con todo, le dió bastante para vivir bien. Tenía sirvientes negros en su casa e institutrices francesas para sus hijas. El creía que el futuro comercio entre los Estados Unidos y el resto de América haría que el español fuera un elemento esencial de la educación americana; por lo tanto, introdujo en su casa el estudio del español, aunque sólo el del francés echó raíces.

No se sabe cuánto ganó Cooper en sus obras, pues le disgustaba cualquier alusión a sus asuntos particulares, sobre todo si eran de orden económico. El decía que estaba muy agradecido a sus compatriotas y sobre este asunto se sabe que, además de lo dicho, los cinco mil volúmenes del "Red Rover" se agotaron en unos días. Hay que recordar además, que Cooper no encontró a nadie que quisiera publicar su libro "The Spy", y que él mismo tuvo que emprender la publicación. Era dueño de los derechos literarios de autor, y de los de la edición completa, y dió instrucción a los libreros sobre cómo debían distribuirlos; los editores Wiley y Halsted sólo recibieron una comisión y, aunque no se sabe si estas condiciones se repitieron con la otras obras, se puede suponer, dadas las circunstancias de la publicación del "The Spy", que sus beneficios han de haber sido mucho mayores que en los casos normales.

De cualquier manera, los ingresos de su pluma le permitieron hacer su deseado viaje a Europa y le dieron una vida cómoda y libre de preocupaciones económicas.

Durante varios años había acariciado la idea de visitar Europa y, ahora que empezaba a prepararse para llevarla al cabo, el viaje ya no le interesaba sólo como una diversión. Poco antes de salir había tenido bastante fiebre y ahora esperaba que el viaje le restableciera la salud perdida. Padecía continuamente de resfriados y el cambio de clima podría aliviarle. Por otra parte, él deseaba que sus hijos practicasen el francés y el italiano; aunque también contemplaba la idea de publicar en el extranjero algunas de las obras que escribiera.

Los preparativos del viaje empezaron con la venta de la casa que tenía en Nueva York. Solicitó del Secretario de Estado el puesto de Cónsul Americano en Lyons, puesto meramente nominal que recibió el 10 de mayo de 1826 y que dos o tres años después abandonó sin molestarse en renunciar. Su intención era permanecer en Europa cinco años, pues siguiendo el consejo de Jefferson, no quería desconocer a su propio país cuando volviera. Según Spiller.

"He never came back —to the America he left. Those years served as a wedge between the new Cooper and the new America, the one deeply moved by the culture, the ideals, and the corruption of the old world society: the other grown vigorous and vulgar by the restless strength of the open west".
(Fenimore Cooper).

Poco antes de que saliera para el Viejo Mundo, el club le dió una comida de despedida en la que Charles King habló alabando sinceramente a Cooper y aconsejándole que siguiera escribiendo en Europa. Cooper contestó dando las gracias. Ase-

guró que seguiría el consejo, pues tenía la intención de escribir una historia de la marina de los Estados Unidos. Este proyecto no se llevó al cabo sino hasta mucho después. .

El primero de junio de 1826 salió de Nueva York rumbo a Europa. Con él iba toda la familia —diez con todo y criados— y no regresó a su patria hasta el 5 de noviembre de 1833.

Después de un mes de viaje, la familia llegó a Inglaterra donde él procuró arreglar el asunto de la publicación de sus obras. De acuerdo con el arreglo que logró hacer, los editores le darían de 200 a 1,300 libras en efectivo por novela, con lo que vendía sus derechos de autor en Inglaterra.

El 18 de julio de 1826 llegó a Francia. Una vez en París buscó una casa y escuela para sus hijos. Tenía la costumbre de comprar o alquilar vehículos para poder viajar con mayor comodidad y, cuando pensaba quedarse en un lugar más de un mes, alquilaba departamentos grandes o casas enteras. Por fin encontraron un departamento en cuyo piso bajo estaba la escuela donde sus hijas estudiaban música, baile, dibujo y francés.

A los pocos días de residir en París Cooper asistió a una comida diplomática que el ministro americano daba a Canning, quien se hallaba visitando París. Allí estaba lo más distinguido de la sociedad y, aunque Cooper nunca hizo uso de las cartas de presentación que llevaba, pronto se supo de su presencia y se le dió la bienvenida de una manera cordial y respetuosa.

Estuvo en varias reuniones sociales de la princesa Bárbara Galitzin, que era una emigrada rusa. Antes de que cumpliera su décimo día de estancia en París, fué visitado por Walter Scott. Cooper estaba en la calle, en frente de su casa, listo para ir a visitar a la princesa Galitzin, cuando un carruaje se detuvo cerca del suyo y un señor se apeó, bastón en mano, y empezó a subir las escaleras. Cooper dió media vuelta y le alcanzó en el primer piso, donde el desconocido le preguntó en francés si tenía el honor de hablar con Cooper. Como la respuesta fué afirmativa, aquel caballero se presentó, hablando todavía en francés, como Walter Scott. Subieron un piso más y estuvieron charlando, entre otras cosas, de publicaciones y de libros. Como resultado de esta conversación Cooper escribió a sus amigos y a los editores y periódicos de América para ver si lograba alguna remuneración para Scott por las obras de éste que se habían publicado del otro lado del Atlántico; pero sin el menor éxito. Los dos escritores se vieron varias veces, algunas de ellas, en reuniones sociales a las que habían acudido sin previo acuerdo.

Es interesante la opinión que Cooper tenía de Scott y viceversa, Cooper dice:

“The manner of Sir Walter Scott is that of a man accustomed to see much of the world without being exactly a man of the world himself. He has evidently great social tact, perfect self-possession, is quiet, and absolutely without pretension, and has much dignity; and yet it struck me that he wanted the ease and aplomb of one accustomed to live with his equals”.
(Fenimore Cooper).

Y Scott dice en su diario:

"Visited Princess Galitzin, and also Cooper, the American novelist. This man who has shown so much genius, has a good deal of the manner, or want of manner, peculiar to his countrymen". (Fenimore Cooper).

Cooper admiraba en estas reuniones la naturalidad de los modales. El número de sus conocidos aumentó rápidamente. Lafayette le invitó a su casa, con su familia, pero Cooper prefirió ir solo, haciéndole visitas que generalmente duraban una semana. La última vez fué con su esposa. La amistad entre estos dos personajes llegó a ser íntima y duró siete años. La casa de Lafayette se llenaba de visitas a menudo. Muchas veces se discutían los asuntos mundiales a la luz de la cultura. En estas reuniones lo americano se trataba en un tono de menosprecio, señalándolo como de cultura ruda y superficial.

En el verano de 1827 la familia de Cooper cambió de domicilio y de la Rue St. Maur pasaron a una agradable casa de campo de la pequeña aldea de St. Ouen, a orillas del Sena. Una de las casas más grandes de la aldea había sido, por un tiempo, el hogar de Madame de Stael. Los Cooper ocuparon una quinta grande que tenía un quiosco, a cuya sombra, Cooper escribió casi todos los capítulos de una nueva obra que se llamó "The Red Rover" y que casi terminó ese verano.

En 1828 Cooper regresó a Inglaterra. Los cuatro meses que pasó en Londres los dedicó a conseguir la publicación de una de sus obras. Conoció a varios hombres de letras y de la nobleza británica, pero este roce con la buena sociedad inglesa no le gustaba, a pesar de que le recibieron muy amablemente. Los ingleses eran muy insulares y muy pocas veces veían a los americanos como a iguales. Cooper sabía hacerse respetar y hacer respetar a Norteamérica. A veces tenía que hacer comentarios punzantes para lograrlo, aunque todo lo americano se malinterpretaba o se juzgaba superficialmente y con prejuicios. Aceleró la publicación de su obra "Notions of the Americans" y dejó Inglaterra. Con esta obra pretendía desengañar a los ingleses y, aunque no les cambiara la forma de pensar, esperaba acallar aquellas opiniones erróneas sobre América. Al mismo tiempo, pretendía emancipar el pensamiento americano que seguía sometido servilmente a la opinión británica.

A principios del mes de junio de 1828 volvió a Francia. Pasó por Holanda y Bélgica. Aquella le gustó mucho y le recordó muchas de las viejas costumbres holandesas de Nueva York. Poco después salió de París camino a Suiza, cuya belleza natural le impresionó mucho. Estuvo en Berna unos días y por fin se estableció en las afueras de la ciudad, en una casa llamada Villa Lorraine.

En el mes de octubre salió de Suiza por el paso de Simplón, sin dejar de detenerse en los lugares de importancia que encontraba a su paso. Tenía la costumbre de consultar la historia de todos los lugares que visitaba y también las características del momento. En las tardes lo apuntaba en su diario y de ahí sacó después la obra "Sketches in Switzerland", que es el tercero de sus "Gleanings in Europe".

Si se exceptúa Italia, Suiza fué lo que más le gustó de Europa. La belleza natural y la tradición romántica de cada rincón le atraía sobre manera. El invierno y la primavera que siguieron lo encontramos en Florencia y sus alrededores. Poco después decide quedarse tres meses en Sorrento y en el invierno se traslada a Roma. El verano de 1830 lo pasa en Venecia, de donde fué a Munich, vía el Tirol, y final-

mente se detuvo en Dresden donde publicó una de sus obras.

La sociedad en que se movía no podía ser más selecta. La vida social de Florencia le gustaba más que la de ninguna otra ciudad italiana y como no le agradaba pasar los veranos en ciudades grandes, de la Casa Ricasoli la familia se fué a una pequeña aldea, situada en la ladera de una montaña, cerca de Florencia, que se llamaba San Illario. La iglesia del pueblo estaba al lado de la casa que alquilaron y Cooper solía hablar con el cura sobre el clima, las cosechas y otros asuntos. Tenía la costumbre de subir a una de las colinas del Bellosguardo para contemplar la ciudad de Florencia a vuelo de pájaro.

Este verano enfermó ligeramente por haberse expuesto demasiado al sol italiano. El calor iba en aumento y decidió ir más hacia el sur, pues, sobre todo, anhelaba respirar la brisa del Mediterráneo que él llamaba el mar de las delicias. Se detuvieron en Leghorn y, al acercarse al puerto, dice el mismo Cooper que inspiraba el olor con un gusto difícil de describir. Según él, había vivido varios meses en un ambiente de poesía y ahora se encontraba en una atmósfera de vida. La fragancia de las naranjas y de la mercancía —hasta el fango saturado de sal— y el olor a resina y pez eran para él la vida misma.

En Sorrento se establecieron en la casa Tasso, donde según la tradición había nacido el poeta italiano de ese nombre. Desde aquí hizo varios viajes a todos los lugares históricos que quedaban a su alcance. Fué a Pompeya, a Herculano, Capri, Ischia, Vesubio y Paestum. Hizo amistad con el cónsul americano en Nápoles, quien le dió varias indicaciones y le facilitó la ejecución de sus planes.

En Roma Cooper halló otros intereses. Las ruinas apenas si empezaban a descubrirse y su afición a la arqueología le llevó a conocer al arqueólogo e historiador religioso Bunen, con quien solía cabalgar horas y horas siempre acompañado de alguien. Morse y un poeta polaco llamado Mickiewicz eran los que más frecuentemente compartían su entusiasmo.

Como la censura italiana no permitió que se publicara una de sus obras, por considerarla peligrosa, se fué a Venecia y desde allí, como ya se ha dicho, a Munich, donde permaneció un tiempo admirando las obras de arte, para seguir luego a Dresden. Aquí publicó el libro sin dificultad y el 30 de octubre de 1830 fué publicado también en América.

Venecia no parece haberle interesado mucho, aunque de su estancia en ella sacó el material para su novela "Bravo". El mes de mayo de 1830, Cooper iba ya camino a Dresden donde le habíamos dejado antes de empezar estos pormenores de sus movimientos.

En el otoño de ese mismo año Cooper estaba de vuelta en París. Sus proyectos de visitar Rusia y Escandinavia no se llevaron al cabo. Puede decirse que ya no se movió de París hasta el año 1833 en el que regresó a América. En París lo dejaremos por un tiempo y luego volveremos a ocuparnos de sus movimientos en los últimos años de su estancia en Europa.

Durante todo este tiempo no estuvo ocioso. Si bien no escribió la historia de la marina que había prometido a los miembros de su club, por otra parte había ter-

minado "The Prairie", "The Red Rover", "The Wept of Wish-Ton-Wish", "The Water-Witch" y "Notions of the Americans", todas ellas sobre asuntos americanos. "The Red Rover" lo escribió en el verano de 1827 en la pequeña aldea de St. Ouen, a orillas del Sena. "The Wept of Wish-Ton-Wish" lo empezó en Suiza y lo terminó en Florencia. El Water-Witch lo empezó en Sorrento y lo terminó en Roma.

La popularidad de Cooper no había decaído nada. La primera novela que terminó en el extranjero, "The Prairie", se publicó en cinco ediciones al mismo tiempo. Dos, una en francés y otra en inglés, en París; una en Londres; una en Berlín y la otra en Filadelfia. Bien puede apreciarse la popularidad de Cooper en una carta de su amigo Morse:

"I have visited, in Europe, many countries, and what I have asserted of the fame of Mr. Cooper I assert from personal knowledge. In every city of Europe that I visited the works of Cooper were conspicuously placed in the windows of every bookshop. They are published as soon as he produces them in thirty different places in Europe. They have been seen by American travelers in the languages of Turkey and Persia, in Constantinople, in Egypt, at Jerusalem, at Ispahan". (James Fenimore Cooper, 1826-1830).

Con la publicación de "The Water-Witch" terminó la primera década de la vida literaria de Cooper. Diez años de fama indiscutible que le convirtieron en el escritor americano más conocido, más popular, más leído y de mejor fortuna.

Según los que le conocían bien, tenía la desventaja de ser, no sólo orgulloso, sino que su seguridad en sí mismo era tal que casi llegaba a la arrogancia. Cuando se interesaba en algo, su interés era tan grande que parecía ansiedad y, en muchos casos en que se requería cierto tacto, se le consideraba brusco o violento, pues parecía excitado cuando sólo estaba interesado.

Por otra parte era hombre de ideas precisas que expresaba directamente y sin rodeos. Se impacientaba cuando alguien se expresaba débilmente o defendía sus opiniones con ignorancia o falta de ánimo. Para hacer el caso todavía peor, no sabía disimular su disgusto. Muchas veces ignoraba completamente esta clase de opiniones y llegaba a tratarlas con desdén, en fin, cuando se hacía desagradable lo era de verdad. Es natural que en muchos casos hiriera la sensibilidad de los demás y, si consideramos su temperamento ardiente, que en la vida pública le llevaba a menudo a discusiones más o menos acaloradas, comprenderemos que el número de descontentos fuera en aumento. Muchos, que nunca lo habían visto, habían oído opiniones desfavorables y la zizaña sembrada de este modo se esparce rápidamente.

Cuando alguien se oponía a sus ideas u opiniones, Cooper se metía cada vez más en la discusión y con más ánimos. Nunca tuvo la prudencia de dejar las discusiones en que no podía sacar nada y sí podía perder mucho. Si esto no fuera suficiente, era extremadamente sensible a la crítica de sus obras o de su persona. Todo hacía mella en él. Reunía todos los requisitos para ser impopular.

Pero también tenía su lado bueno. Su generosidad no tenía límites y muchas veces daba con tanta liberalidad que se salía de lo prudente. Cuando conocía a

alguien de verdadero mérito que necesitara ayuda, Cooper se la daba inmediatamente y con un desinterés absoluto. Nadie se enteraba de estos actos excepto los que podían entrever algo en el seno de su familia. Según Lounsbury estos casos fueron frecuentes y cita uno que cree bastante conocido como para que su divulgación no perturbe la reserva en que vivía.

Cooper tenía un elevado sentido del honor que a veces le llevaba a hacer actos que nadie entendía. Su lealtad con los que quería era tan grande como la que sentía por todo lo justo. Una vez que se le conocía bien, se le perdonaban todas sus faltas y se alegraba uno de su amistad.

Sigámosle los pasos en los últimos años de su estancia en Europa.

La tarde del 19 de septiembre de 1830 Lafayette pasó por él y se fueron al palacio real. La antesala estaba llena de ministros y diplomáticos. El rey estaba vestido con el uniforme de la guardia nacional y las damas de su familia pretendían en su vestir la sencillez republicana. Louis Philippe habló un momento sobre su reciente visita a América y se retiró. Cooper creía que Lafayette tenía la confianza del rey y que la monarquía de julio persistiría.

El 23 de septiembre Cooper volvió a visitar el palacio. Esta vez se trataba de una comida. El rey entró al comedor llevando del brazo a la esposa de Lafayette y éste a la reina. En el transcurso de la conversación la reina le preguntó a Cooper:

"You have visited many countries, which do you prefer?". (James Fenimore Cooper 1826-1830).

Y Cooper contestó:

"Italy, in which Your Majesty was born, for its nature, and France, in wich Your Majesty reigns, for its society". (James Fenimore Cooper 1826-1830).

La amistad entre Cooper y Lafayette fué en aumento. Los americanos de París celebraban el cuatro de julio generalmente como un tributo a Lafayette y el cuatro de julio de 1831 se dió un gran banquete en su honor presidido por Cooper.

Como resultado de esta amistad Cooper fué metiéndose insensiblemente en los asuntos de la política interna francesa y en 1832, debido a la discusión del presupuesto del gobierno francés, se originió lo que se conoce con el nombre de la "Finance Controversy" ,o "Debate de Hacienda". Esta discusión unió aún más a los amigos y les trajo consecuencias desfavorables.

Lafayette escribió a Cooper el 9 de septiembre de 1831:

"Permit me to enclose and recommend to you an article in the Revue Britannique, a preliminary discussion of the French budget, asserting that the American Government is more expensive than that of France... Be pleased, therefore, to favor me with your critical observations". (Fenimore Cooper).

La contestación de Cooper no podía evitarse. Su amistad con Lafayette le obligaba, aunque, por otra parte, este asunto no era sino otro punto más en lo que él se había propuesto hacer con sus "Notions of the Americans"; esto es, defender los

ideales e instituciones americanas de los ataques de los europeos, asunto que ocupa muchas páginas de varias de sus obras. En la respuesta Cooper demostraba la manera en que Saulnier, el autor del artículo de la revista citada, había desfigurado los hechos para probar su caso. Demostró, además, que la forma de gobierno que había en su país no era extravagante. Desafortunadamente para Cooper, Saulnier publicó una carta de Leavitt Harris, "Attaché of the American Legation" y más tarde "Chargé d'affairs", que respaldaba la causa francesa. La prensa discutió este asunto varias semanas. Cooper demostró que Saulnier basaba sus conclusiones en la inclusión de los gastos de las ciudades, aldeas, "arrondissements, cantons and communes of France. It was unfair, therefore, to include in the American estimate the expenses of the states and the municipalities of the Union. Cooper made this point in his letter to the American people which appeared in the Philadelphia National Gazette on Wednesday, December 5, 1832".¹

Cooper ya no se ocupó más del asunto, aunque Lafayette siguió peleando por esta causa algún tiempo más sin ningún resultado positivo.

Las actividades de Lafayette no se limitaban a Francia. Su liberalismo se unió a una serie de revoluciones de la Europa de estos años. Bélgica, Polonia, Italia, Inglaterra y Grecia interesaron a Lafayette y Cooper se vió envuelto en el entusiasmo de su amigo. Los franceses formaron un partido de ayuda para los polacos y los americanos residentes en París, hicieron lo mismo con Cooper como presidente. Se reunían en casa del escritor una vez por semana. El escribió cartas a América pidiendo ayuda y la consiguió. Contribuyó también con dinero propio y, aunque la causa fracasó en Polonia, París se agitaba de entusiasmo. Pronto empezaron en la misma Francia los movimientos políticos que derrocaron la causa de Lafayette. Cooper visitó a su amigo tan pronto como le fué posible y una triste despedida pone fin a estas relaciones amistosas.

Durante la epidemia de cólera que azotó al mundo en estos años, Cooper decidió quedarse donde estaba con la creencia de que en todas partes existía el mismo peligro. Sin embargo de ello, cuando la enfermedad empezó a notarse cerca del hotel donde ellos vivían se dispusieron a empacar las maletas, pero la señora de Cooper cayó enferma de gravedad y, aunque no fué de cólera, tuvieron que quedarse donde estaban. Al poco tiempo ya había dos casos en el hotel, pero la familia escapó a la epidemia.

El 18 de julio de 1832 salieron de viaje una vez más. La esposa de Cooper aún no se reponía del todo y uno de los fines del viaje era buscar su curación completa. Al pasar por las calles de París la gente les gritaba que estaban huyendo del cólera. Entraron en Bélgica donde la epidemia estaba causando estragos. En Spa tuvieron que quedarse dos semanas debido a una cuarentena, pero las aguas medicinales y el buen clima acabaron de devolver la buena salud a la señora. Siguen en su camino y llegan al Rin. El 15 de agosto Cooper escribió a su amigo Morse, cuya amistad se había hecho ya muy íntima en 1832. Morse pasaba los días en el Louvre copiando cuadros y allí acostumbraba visitarle Cooper en sus momentos de descanso. Morse, por su parte, iba a casa de Cooper en las tardes y conversaba con él sobre

1 Robert E. Spiller. "Fenimore Cooper".

América y Europa. En esta carta del 15 de agosto dice Cooper:

"Here we are, on an island of the Rhine, about half-way between Cologne and Coblenz, in a deserted convent of Benedictine nuns. I am writing to you, you rogue, in the ancient refectory, which is now the salle-à-manger of half a dozen Fenimore Coopers, with the Rhine rippling beneath my windows, the Drachenfels in full view by pale moonlight, a dozen feet sounding distant and hollow in the cloisters, and with a bottle of Liebfrauenmilch at my elbow". (Fenimore Cooper).

Cuando la familia se acostó repartida en las celdas del convento, Cooper se puso a ver bien el lugar. La obscuridad de la noche era rota de cuando en cuando por los relámpagos y, en una de las galerías superiores, Cooper abrió una puerta y penetró en una cámara oscura. Un ruido de cristales que se rompían llenó el ambiente cuando el viento sacudió las ventanas. La luz de los relámpagos que siguieron alumbró el sillón de la abadesa y las facciones sombrías de unas figuras talladas en madera. Un tanto en armonía con el ambiente y otro tanto en juego, Cooper lanzó un grito tan fuerte como el del viento. Una cara marchita apareció en la puerta y Cooper se retiró a su cuarto. Esa noche durmió como un tronco. Al día siguiente la vieja de la Posada de la Abadía andaba contando una historia de fantasmas y de voces de ultratumba.

Siguieron su camino por Zurich, Berna, y, por fin, se detuvieron en Vevey, al lado del lago Lemán. En este lago Cooper se divertía haciendo paseos en una embarcación que alquiló y hablando con el barquero. En una ocasión cruzó el paso de San Bernardo y se detuvo en el convento. La novela "The Headsman" salió de esas pláticas y viajes, así como de los ratos que se detenía a contemplar la belleza del lugar.

Por fin regresó a París, dejó a la familia en conocido hotel y se fué a Inglaterra para cobrar el producto de algunos de sus libros. El "Bravo" le dió 1,300 libras, pero el "Heidenmauer" no tuvo tanta suerte. "Headsman" le dió 700 libras, pero el editor había disminuido la cantidad de los pagos por obra de 500 libras a 100 libras solamente. Cooper fué a París por su familia y salió con ella de Londres rumbo a América después de haber dado a sus hijos una educación y una cultura refinadas, y de haber estudiado a su antojo varias partes del viejo mundo.

El 5 de noviembre de 1833 desembarcó en Nueva York donde pasó unos años, con excepción de los veranos que los pasaba en Cooperstown, aldea que no había visto en dieciséis años. Tomó posesión del viejo lugar que le dejara su padre y que había estado deshabitado mucho tiempo. La casa estaba casi en ruinas, pero se apresuró a repararla y pronto se convirtió en su residencia permanente. La quietud y reclusión del lugar le permitieron dedicarse de lleno a su trabajo literario; además, la belleza del paisaje suministraba motivos para saciar su amor a la naturaleza que hemos observado en sus correrías por Europa.

Es natural que encontrara a su regreso muchas cosas nuevas, así como varios cambios en las que él había dejado al salir. Toda América estaba en un proceso de desarrollo físico cuya rapidez era punto menos que vertiginosa. El movimiento de expansión hacia el oeste había abierto nuevos horizontes para el pueblo y el

incipiente comercio que él había conocido había recibido mayor impulso y se había robustecido notablemente. El país entero se hallaba en movimiento buscando el progreso material que las riquezas naturales le brindaban a cada paso. Los valores abstractos de la vida se habían descuidado señaladamente y las actividades literarias e intelectuales estaban mal remuneradas. América se encontraba en una etapa de transición y por lo tanto, todo lo que antes parecía estable, condición indispensable para que la cultura arraigue, había roto los nudos que lo sujetaban y con ello, al menos en parte, había destruido la incipiente cultura que Cooper conociera antes de salir de su país.

Durante su estancia en Europa hemos visto que se interesaba principalmente en dos cosas; en la belleza del paisaje y en todos los lugares cuya historia había dejado manifestaciones culturales perennes en formidables ruinas o en galerías artísticas, templos, monumentos, ect., en una palabra, su interés principal había sido captar la cultura de todos los lugares que visitaba. Su interés por los valores intelectuales en general y los artísticos en particular, halló campo de expansión en Europa y su gusto por el refinamiento, la serenidad del espíritu y la cultura adquirió contornos definitivos.

No debe sorprender entonces que su producción literaria cambiara bastante. Cooper era ante todo americano y quería a su país y a su pueblo entrañablemente. La defensa de América que hizo en Europa lo comprueba. Pero había sido atacado duramente por su intervención en el problema de hacienda de Francia. Cuando al volver de su viaje se encontró con la nueva América, la sorpresa lo dejó mudo. En realidad no comprendía ya a los suyos y sus primeros movimientos eran de tanteo para no marearse y perderse en el torbellino que giraba a su alrededor. Al mismo tiempo, otra circunstancia de no menor consecuencia estaba en su contra. Había estado tanto tiempo fuera de su país que al regresar se encontró con una generación nueva que, si no lo desconocía, le miraba con cierta indiferencia. América había cambiado en un sentido y él había cambiado, pero en el opuesto.

Asistió a una recepción que se daba al comodoro Chauncey y allí encontró a varios conocidos suyos a quienes no había visto en varios años y que, o no le dirigieron la palabra o le hablaron como si sólo hubiera estado ausente unos días. Esta frialdad hizo mella en la sensible naturaleza de Cooper, quien se retiró poco después de iniciado el banquete que siguió a la recepción; no alcanzó a darse cuenta de que en muchos casos lo que parecía falta de interés era en realidad temor a la forma en que él reaccionara a las preguntas o a lo que le dijeran.

Unos días después de su regreso los personajes más destacados de Nueva York le invitaron a un banquete público. En la invitación le decían que había conquistado su estimación y afecto, no sólo por su talento, sino por la firme defensa que había hecho de las instituciones americanas mientras estaba en el extranjero. Cooper reaccionó incomprensiblemente. Dió las gracias más cumplidas a los que le invitaban, pero rehusó. No se sabe si podía asistir o no, pero de cualquier modo esta decisión fué uno de los primeros errores que cometió; pues de haber asistido se hubiera dado cuenta precisa de la estimación que le tenían sus compatriotas. Como no lo hizo se vió obligado a seguir su camino a tientas y el resultado no se hizo esperar. Empezó a defenderse de los ataques que le hacían individuos de poca monta, ataques que hu-

bieran pasado inadvertidos si él no les hubiera dado importancia al contestarlos. Así se inició una lucha sin cuartel en la que todos, o casi todos los diarios de la época se le echaron encima, llegando a insultarle claramente. El se defendió hasta el último instante completamente solo y no se desanimó nunca a pesar del elevado número de sus enemigos. Empezó a demandar a los periódicos que le atacaban y uno a uno fué ganando todos los pleitos hasta que la prensa prefirió dejarle en paz y cuidarse de lo que decían de él. Su triunfo fué rotundo, pero el ánimo del público estaba en su contra. En su defensa Cooper pasó a cuchillo a todos los que se le oponían y en toda esta larga lucha que bien puede decirse que duró hasta su muerte, no recibió ayuda de nadie.

A pesar de todo continuó su carrera literaria. Publicó novelas y varios volúmenes de viajes en los que muchas veces no sólo criticaba sino que llegaba a atacar, a su vez, todo lo que le disgustaba. Pero aún vendrían más motivos de lucha que lo harían más popular .

Quando el padre de Cooper murió puso en su testamento una cláusula que decía: "I give and bequeath my place, called Myrtle Grove, on the west side of Lake Otsego, to all my descendants in common until the year 1850; then to be inherited by the youngest thereof bearing my name". (James Fenimore Cooper, 1837-1838).

Este lugar, que tenía árboles y se adentraba un poco en el largo, tenía dos cualidades importantes; belleza de paisaje, y facilidades de acceso. El padre de Cooper había construido una casa que luego demolió para levantar otra que se quemó por el descuido de los transgresores que usaban el lugar como si fuera de ellos. En 1821 el único representante de la familia que vivía en Cooperstown y cuya edad lo permitía, accedió a una petición de la comunidad y ésta, con su permiso, construyó un nuevo edificio ya que el lugar ofrecía varias ventajas para la pesca, para excursiones familiares y días de campo. Desde ese momento La Punta (The Point), que así se llamaba el lugar, se vió concurrida por el público, y el uso constante durante varios años hizo suponer y hasta creer que era propiedad pública. Todo el mundo lo consideraba así, aunque nadie pudiera explicar cómo había ocurrido tal cosa. Con el tiempo todos los habitantes de Cooperstown llegaron a la convicción de que el padre de Cooper, en vez de permitirles que usaran el lugar, se los había dado a ellos de hecho. Cuando a su regreso de Europa Cooper se dió cuenta de este cambio quiso desengañarlos y les dijo que La Punta era propiedad privada. Aunque él no quería que dejaran de ir a divertirse a aquel lugar, sí quería que reconocieran que era suyo. No le hicieron caso. Estaban acostumbrados a ir allí sin el permiso de nadie y siguieron haciéndolo. El edificio, delapidado con el tiempo, empezó a reconstruirse sin consultar a nadie. Cortaron un árbol que Cooper estimaba por cierta relación que tenía con la memoria de su padre y, entonces, mandó una nota al periódico del pueblo diciendo que ese lugar era propiedad privada y advirtiendo al público que no cortara árboles. No mencionó para nada el hecho de que en realidad eran transgresores. La nota llegó tarde para salir en el periódico del día y tuvo que esperar hasta el número siguiente; pero, de una manera o de otra, el público se enteró de su contenido antes de que se publicara. La reacción fué inmediata. Mandaron anónimos a Cooper amenazándole y, como consecuencia, él retiró la nota original

y en su lugar salió otra con fecha del 22 de julio de 1837, en la que prohibía al público que entrara en su propiedad.

"The public is warned against trespassing on the Three Mile Point, it being the intention of the subscriber to enforce the title of estate, of which he is representative, to the same. The public has not, nor has it ever had, any right to the same beyond what has been conceded by the liberality of the owners. James Fenimore Cooper". (James Fenimore Cooper 1837-1838).

Esto ocasionó en la aldea que se hiciera una pequeña manifestación. Se hizo una reunión en la que todos los presentes estuvieron de acuerdo en defender sus derechos contra la arrogante demanda de un tal James Fenimore Cooper. Llegaron a la conclusión de que seguirían usando el lugar sin tener que deber nada a la generosidad de Cooper. Se echaron discursos alborotadores, y sin hacer caso a dos o tres de los presentes que proponían una investigación del caso, valiéndose de lo que podría llamarse, en aquellos días, un procedimiento a la americana, llegaron a los siguientes acuerdos:

"Resolved, By the afore said citizens that we will wholly disregard the notice given by James Fenimore Cooper, forbidding the public to frequent the Three Mile Point.

"Resolved, That inasmuch as it is well known that the late William Cooper intended the use of the Point in question for the citizens of this village and its vicinity, we deem it no more than a proper respect for the memory and respect for the father, that the son should recognize the claim of the citizens to the use of the premises, even had he the power to deny it. "Resolved, That we will hold his threat to enforce title to the premises, as we do his whole conduct in relation to the matter, in perfect contempt. "Resolved, That the language and conduct of Cooper, in his attempt to procure acknowledgements of 'liberality', and his attempt to force the citizens into asking his permission to use the premises, has been such as to render himself odious to a greater portion of the citizens of this community.

"Resolved, That we do recommend and request the trustees of the Franklin Library, in this village, to remove all books, of which Cooper is the author, from said library.

"Resolved, also, That we will and do denounce any man as a sycophant, who has, or shall, ask permission of James F. Cooper to visit the Point in question.

"Resolved, That the proceedings of this meeting be signed by the Chairman and Secretary, and published in the village newspaper". (James Fenimore Cooper, 1837-1838).

Como en el caso de la fábula, la solución estaba lista, pero... ¿quién colgaría el cascabel al gato? El presidente y el secretario de esta reunión no se atrevían a publicar estos acuerdos, y fué el secretario quien dió una copia a Cooper y éste la hizo publicar.

Los periódicos de la época que ya estaban en guerra con Cooper, sacaron artículos sobre esta reunión y decían que entre las cláusulas de lo que se acordó había una que pedía que sacaran los libros de Cooper de la biblioteca y se quemaran en público. La prensa de todo el país dió a conocer esta decisión, y por mucho tiempo existió la leyenda de que tal cosa se había llevado al cabo. Cooper no sólo contestó y explicó el caso con claridad, sino que refutó muchas de las ideas publicadas por la prensa con relación a este asunto. No debe extrañarnos que dedicara varias de sus novelas a criticar todo lo americano que, según él, no era sólo ilícito sino perjudicial para el país. El problema de la Punta se arregló en favor suyo decidida y definitivamente.

Por pertenecer a tema distinto diremos ahora solamente que los pleitos de Cooper con la prensa y con el pueblo le hicieron tal vez el autor americano más impopular, pero no por eso dejó de escribir y publicar más obras.

En sus últimos años había invertido dinero y tiempo en un negocio de algodón y en otro relacionado con algunas tierras del oeste; pero en ambos casos perdió dinero y trató de recuperarlo con su producción literaria. El dinero que recibía de Inglaterra por la publicación de sus obras dejó de llegarle a causa de una ley nueva del parlamento que prohibía que los autores extranjeros, que no vivieran en los dominios británicos, recibieran derechos de publicación, a menos que el país a que perteneciera diera esos mismos derechos a los autores ingleses. Desde entonces las obras de Cooper se publicaron en Inglaterra en forma barata, recibiendo nuestro autor 300 libras por su novela y aún menos, cuando, según los periódicos, había llegado a recibir en sus primeros días de autor mil guineas por obra.

Más tarde los periódicos empezaron a reproducir en sus columnas las obras de los escritores más populares, y cuando las terminaban las vendían muy baratas. Cooper sufrió a causa de esto, pues muchas de sus novelas se publicaron a veinticinco centavos el volumen.

Durante todo este tiempo vivió en su casa de Cooperstown mejorando su propiedad y dedicándose a una de sus pasiones, la agricultura. Tenía una hacienda de unos 200 acres que llamaba "chalet". La vista era hermosísima; el valle del Susquehanna, el lago, y aunque la hacienda se prestaba poco para la agricultura, pues estaba en la ladera de una colina abrupta cubierta en gran parte por árboles de los primitivos bosques de América, y muchos de los claros aún tenían los troncos de los árboles que habían cortado, Cooper se distraía de sus ocupaciones intelectuales arrancando los troncos y haciendo bardas con ellos, dirigiendo todo el trabajo de mejora, ocupación a la que nuestro novelista se entregaba con mucho gusto.

Después de su regreso de Europa y ya establecido en Otsego Hall, solía pasar las tardes y las noches veraniegas remando en el lago. Cuando el remar le era pesado, se paseaba en su carruaje por las orillas del lago. El chalet lo había bajado desde la cima de la colina a la ladera misma, al lado de un manantial y a la sombra de un acantilado al que se podía llegar por la carretera. Hizo unos establos donde tenía vacas y caballos, dedicó algunas terrazas al cultivo, levantó graneros y mejoró la tierra. Con todo, el rancho era más el rancho de un poeta que el de un hombre de negocios. Para él tenía un doble encanto, el trabajo, que le ayudaba a descansar de sus ocupaciones intelectuales, y la belleza del lugar que era fuente inagotable de

placer. Casi todos los días hacía paseos al rancho, donde siempre encontraba alguna ocupación.

Una tarde del año 1840, después de echar un vistazo al ganado, dar de comer a las aves de corral, recoger los huevos, en fin, dar por terminado el trabajo del día, emprendió el regreso por el agradable camino que nos describe su hija en la introducción a una de las novelas. Como era su costumbre cuando hacía este viaje, Cooper iba cantando alguna canción popular de su juventud y, de pronto, se le presentó a la vista un bello rincón del lago, iluminado por un blando atardecer de verano. Dejó de cantar y envuelto por un momento en sus propios pensamientos, se olvidó de todo lo presente. Luego, volviéndose hacia su hija que le acompañaba le dijo con una sonrisa:

"I must write one more book, deary, about our little lake!". (The Deerslayer Introduction).

La última novela de Cooper se publicó cuando él ya pasaba de los sesenta años de edad. No se notaba en él ningún decaimiento físico ni intelectual. Aunque no había recuperado su popularidad anterior, podría decirse que era menos impopular, que reinaba la impresión de que se había sido injusto con él y que se le había perseguido sin razón. La nueva generación no sabía nada de sus pleitos anteriores y lo juzgaba con menos prejuicios. En el verano de 1850 estuvo en Nueva York. Sus amigos se sorprendieron al ver lo bien que soportaba el peso de los años. Un año más tarde, aproximadamente, fué otra vez a Nueva York en busca de consejo médico y sus amigos volvieron a sorprenderse, pero esta vez por el cambio tan grande que notaron en su aspecto. Los órganos digestivos le funcionaban mal, el hígado se le había entorpecido y su acostumbrado vigor había sido reemplazado por una debilidad general. Regresó a Cooperstown de donde no volvió a salir. En este último verano de su vida, cuando ya no podía caminar ni usar las manos, aún disfrutaba mucho de los paseos en coche por las orillas del lago. Durante los diez meses de su enfermedad recibió con una sonrisa a los amigos que venía a visitarle todos los días y que le apremiaban para que saliera con ellos a dar una vuelta. Una tarde de los últimos días de agosto, un amigo le invitó a dar un paseo. Se le levantó en peso y se le puso en el vehículo. Cuando le preguntaron a dónde quería ir contestó alegremente que quería ir a La Punta. El vehículo paró a la sombra de los árboles. El miró hacia abajo y dijo:

"I should like a drink from the old spring". (The Deerslayer, Introduction).

Se aceptó la propuesta a pesar de la dificultad que ello suponía y bajaron el coche por el rudo sendero desgastado por los trineos que habían bajado al lago durante el invierno. Lo llevaron al manantial, bebió un poco y elogió la frescura del agua. Después permaneció callado, abstraído en sus pensamientos, con la vista fija en el lago recordando tiempos idos que la traían agradables recuerdos. Tres semanas más tarde yacía en su lecho de muerte, víctima de una hidropesía aguda. Murió el 14 de septiembre de 1851, a la una y media de la tarde, un día antes de que cumpliera 62 años de edad. Cuatro meses y unos días después de su muerte su esposa le siguió a la tumba. Yacen juntos uno al lado del otro, en el camposanto de la Iglesia de Cristo de Cooperstown.

EL INDIO NORTEAMERICANO

Mientras muchas de las obras de James Fenimore Cooper descansan olvidadas en las bibliotecas, algunas de sus novelas nunca llegan a cubrirse de polvo. Los estudiantes de literatura mantienen en movimiento a estas últimas, mientras que los maestros y los historiadores hojean otras de tarde en tarde. Sólo las menos afortunadas reciben el periódico cuidado de los bibliotecarios, sin que sus páginas se abran ante los ojos del lector de literatura.

Desde la muerte de Cooper hasta nuestros días, su fama se ha mantenido principalmente por un pequeño grupo de novelas cuyos títulos son más conocidos, tal vez, que el nombre del autor. Entre estas obras ocupan lugar primordial aquellas que, además de su valor literario, han legado a la posteridad una imparcial apreciación literaria del aborigen norteamericano. Del estudio de esas novelas se ha querido sacar ahora el concepto que Cooper tenía del pielroja.

Cuando se habló de la publicación de "The Last of the Mohicans" y se citaron las circunstancias que determinaron el escenario de la obra, se dijo que Cooper 'estudió todas las fuentes informativas que pudo encontrar con relación a la manera de ser de los indios', que 'visitó las delegaciones de las diversas tribus que pasaron por el estado de Nueva York camino a la capital nacional' y que 'en muchos casos los siguió hasta Washington'.* Sus conversaciones con estos indios le dieron informes verídicos para sus novelas, aunque la experiencia de su niñez en Otsego y sobre todo su imaginación creativa fueron los factores decisivos en la formación de estas obras.

De los estudios preparativos a la creación de ellas y de las pláticas a que nos referimos en el párrafo anterior, Cooper logró distribuir geográficamente al aborigen norteamericano anterior a la llegada de los primeros colonos, pero lo hace con relación a los estados americanos para poder localizar mejor a las principales tribus indígenas. El verdadero mérito de sus conclusiones es que las distribuye y clasifica más a la luz del criterio aborigen que según las deducciones de los historiadores, pues él mismo señala que, sobre todo las tradiciones, fueron deformadas por los colonos de tal manera que la historia de esta parte estaba muy confusa.

Según Cooper, los estados de Nueva Inglaterra, esto es, Maine, New Hampshire, Vermont, Massachussets, Rhode Island y Connecticut, estaban poblados por una confederación de tribus indias que se llamaba Las Cinco Naciones. Otra tribu se les incorporó cuando la confederación ya llevaba cien años de vida; desde entonces se conoció como Las Seis Naciones. Las familias principales eran, en orden de importancia, los mohawks, los oneidas, los onodagas, los cayugas y los senecas. Los tuscaroras fueron los que se admitieron tardíamente en la confederación.

Por otra parte, "The Middle States", o sea, Nueva York, Nueva Jersey, Delaware y Pennsylvania, estaban habitados por otra tribu poderosa, a cuyo alrededor se habían reunido otras de no menor importancia. Esta tribu era la de los lenni lenape o delawarenses, quienes eran considerados como los abuelos de todas las tribus dependientes.

La tribu de las Seis Naciones y la de los Delawarenses no sólo hablaban lenguas diferentes, sino que estuvieron en guerra hasta que se vieron obligados a unirse de-

* pp. 15

bido a que el blanco les hacía la vida imposible. Los Europeos llamaban a los primeros los Iroquois, Las Seis Naciones y a veces, los Mingos. Los Delaware les llamaban Mengwes o Maquas. Las principales tribus de los Delaware que Cooper menciona eran, además de los que llevaban este nombre, los mahacanni, mohicanos o mohegans, y los nanticokes o netingoes. Estos ocupaban la tierra que se extendía a lo largo del Chesapeake y los mohegans ocupaban el territorio situado entre el río Hudson y el océano, incluyendo gran parte de Nueva Inglaterra. Estas dos tribus fueron las que primero se pusieron en contacto con los europeos y, por lo tanto, las primeras en perder sus tierras y en desaparecer.

Cooper nos dice en "El Ultimo de los Mohicanos" que los Delaware o Lenape fueron los progenitores de todas las tribus que en un tiempo ocuparon la mayor parte de los estados del noreste y este de los Estados Unidos. Los mohicanos eran el grupo más antiguo y de más rancio abolengo. Todos los delawarees reconocían como jefe al gran "Sagamore" de los mohicanos.

Había varias tribus secundarias entre los de las Seis Naciones y también entre los Delaware. Cooper cita como pertenecientes a la primera, a los massachussetts; a los wampanoags, que ocupaban lo que después fué la colonia de Plymouth y la parte norte de las "Providence Plantations"; los narragansetts, que tenían la isla de la bahía del mismo nombre y la parte sur de las plantaciones ya mencionadas; y los pequots o pequods que tenían la amplia región situada al oeste de las otras regiones. Esto es, los massachussetts, wampanoags, narragansetts y pequots ocupaban los estados de Massachussetts, Connecticut y Rhode Island.

Más al norte, ya entrando en Canadá, existían los hurones, que según la tradición bien podían ser los progenitores de los mingos o iroquois. Separados de todas estas tribus, en las llanuras del noroeste, los sioux tenían una organización menos poderosa y menos estable.

Cooper dice en una ocasión que el número de indios que ocupaban América a la llegada de los blancos era de cien mil a trescientos mil, y que la mayoría vivía al oeste del Mississippi. Según la Historia de los Estados Unidos de Allan Nevins y Henry Steele Commager, los indios del este del Mississippi no pasaban probablemente de doscientos mil. Los que ocupaban todo el continente situado al norte de México no eran más de quinientos mil.

La confusión histórica a que se refiere Cooper * dificultó la verdadera representación literaria del aborigen norteamericano, con todo, para Cooper el aspecto físico de estos guerreros presenta rasgos fisonómicos del asiático, sobre todo en lo salido de los pómulos; pero la forma de los ojos y el color de la piel contradicen este origen, aunque nuestro autor acepta que el clima puede haber sido un factor determinante del color.

La figura del indio es para él bastante bella. Los rasgos desagradables de su raza se reflejan vagamente en el rostro, pero los rasgos nobles resaltan de manera notable. El conjunto es una perfecta obra de escultura. Recto, flexible, gracioso en sus movimientos, de extremidades apolíneas, aspecto y porte dignos, suavizados por la gracia natural; nariz aguileña, ojos negros y vivos, mirada penetrante...

* pp. 30

"...high, haughty features, pure in their native red; or the dignified elevation of his receding forehead, together with all the finest proportions of a noble head, bared to the generous scalping tuft". (The Last of the Mohicans, Ch. VI).

Este penacho se lo dejaban para que el enemigo pudiera quitarles el cuero cabelludo con mayor facilidad, pues al indio le interesaba más este trofeo que la vida del enemigo.

El único defecto físico que Cooper les encuentra, es que andan con las puntas de los pies hacia dentro y las rodillas dobladas; pero, no obstante, juzga sus movimientos como ligeros, rápidos, suaves y elásticos.

En la guerra lo considera atrevido, jactancioso, audaz sin llegar a la exageración, astuto en grado sumo, feroz, sin piedad ni siquiera para los niños, sufrido hasta el extremo de pasar hambre para conseguir su fin; menosprecia al enemigo y maneja con destreza el cuchillo, el hacha y el rifle; es callado y modesto en sus triunfos.

El indio de Cooper tiene un increíble conocimiento de los bosques y sus sentidos están tan adiestrados que parecen sobrenaturales. Encuentra y sigue días enteros el rastro de sus enemigos y adivina a qué tribu pertenecen y cuantos son, mucho antes de alcanzarlos. Se mueve sin dejar huellas y puede imitar a la perfección el sonido producido por los animales.

La antítesis es casi desconcertante en tiempo de paz; pues entonces es justo, generoso, hospitalario, prudente, digno, grave, modesto, casto... aunque también es supersticioso y vengativo.

El deseo que tenía Cooper de acercarse a la realidad en los asuntos históricos, como ya se dijo al hablar de la obra *Lionel Lincoln*, le llevó a profundizar más en la manera de ser de los indios por lo que nos los presenta de imaginación oriental, tanto en su poesía como en su oratoria, aunque más casta y tal vez mejorada debido al limitado alcance de sus conocimientos prácticos. Sus metáforas se originan en la naturaleza y tienen una belleza salvaje de cierto atractivo, a pesar de ser rudas y simples.

Nos dice también que la lengua tiene la riqueza y la forma sentenciosa de la lengua china, cambiando el sentido de lo que se dice con la inflexión de la voz. Según Cooper los lingüistas aseguran que hay sólo dos o tres lenguas madres de donde salieron todas las demás en forma de dialectos, pero tan diferentes entre sí, que son muy difíciles de entender para los que sólo hablan la lengua de origen. La voz de los indios es dulce y suave sin ser femenina; nunca hablan más de lo necesario, ni en los casos en que los blancos hablarían largo y tendido. Solamente hablan cuando están seguros de que lo que dicen es verdad. Cuando dos indios de una misma tribu aseveran lo mismo, debe considerarse como verdad irrefutable.

En la novela "The Prairie" Cooper nos presenta un indio con todo el atavio clásico. Cuando el viejo cazador y sus amigos entran en el soto donde había muerto Asa, ven un animal extraño que no pueden reconocer. La experiencia ayuda al viejo Natty a reconocerlo. Le dice que se levante, que ellos vienen en son de paz; pero como no se mueve, le apunta con un rifle. Antes de que dispare Natty, el animal

da un salto y queda de pie. Como resultado de la metamorfosis aparece el indio Hard-Heart, jefe de los pawnee lous, que se había echado en el suelo y yacía acurrucado tapado con unas plumas.

“The imps will lie for hours, like sleeping alligators, brooding their devilties in dreams and other craftiness, until such time as they see some real danger is at hand, and then they look to themselves the same as other mortals”. (The Prairie. Ch. XVIII).

Reafirmando el concepto del indio que Cooper nos ha legado, se da a continuación un extracto descriptivo de este pawnee loup. Hard-Hart era de buena estatura y de proporciones físicas admirables. La dignidad de un aspecto grave iba acompañada de rasgos fisonómicos nobles, casi romanos, aunque sus rasgos secundarios de tipo asiático se notaban ligeramente. La pintura de guerra acentuaba el color de la piel dándole un tono de mayor ferocidad. En otras ocasiones la pintura hubiera indicado alegría, amistad, pena... pero para el indio era un medio de expresión al que dedicaba mucho cuidado. La forma de pintarse variaba de una tribu a otra. Tenía la cabeza afeitada con excepción del penacho. Casi desnudo, la parte cubierta lucía pieles de ciervo bien acabadas; aunque llevaba polainas de brillante color escarlata, que evidenciaban el intercambio con los comerciantes blancos. A pesar del color, y como para negar la presunción, estaban riveteadas de la rodilla al mocasin con pelo de cabelleras humanas. Sus armas eran un arco corto de nogal, una lanza larga de mango delicado y hecha de fresno, un carcaj de piel de puma, con la cola del animal colgando a manera de adorno, un escudo de piel que le colgaba del cuello por medio de un cordón hecho de tendones, y el indispensable caballo del indio de las praderas. Le faltaba sólo el rifle para estar equipado perfectamente.

La investigación de Cooper fué tan detallada y su gusto en este asunto tan genuino que a momentos su pluma se vuelve pincel preciosista de las costumbres indígenas; como también lo fué de las costumbres de la América de sus días:

“The lodges were tents of skin, high, conical, and of the most simple and primitive construction. The shield, the quiver, the bow and the lance of his master were to be seen suspended from a light post before the opening, or door, of each habitation. The different domestic implements of his one, two, or three wives, as the brave was of a greater or lesser renown, were carelessly thrown at its side, and here and there the round, full, patient countenance of an infant might be found peeping from its comfortless wrappers of bark, as, suspended by a deerskin thong from the same post, it rocked in the passing air. Children of a larger growth were tumbling over each other in piles, the males, even at that early age, making themselves distinguished for that species of domination which, in after life, was to mark the vast distinction between the sexes. Youths were in the bottom, essaying their juvenile powers in curbing the will steeds of their fathers, while here and there a truant girl was to be seen, stealing from their labors to admire their fierce and impatient daring”. (The Prairie Ch. XXV).

Este cuadro plástico de una aldea aborígen llena de vida, sigue adelante, en esencia, del siguiente modo: Los que eran demasiado jóvenes para la guerra, pero que

podían dedicarse a la caza, rodeaban a los guerreros y aprendían de ellos la seriedad de aspecto y la restricción de modales que con el tiempo serían parte íntima de su personalidad. Algunos de más edad se acercaban y confundían entre los guerreros; pero sin pensar siquiera en acercarse demasiado al lugar del concilio, aunque se quedaban a buena distancia para absorber con avidez la sabiduría que se desprendía de los labios de guerreros y jefes. Los que recientemente se habían ganado la reputación de guerreros eran menos tímidos y no dudaban en reunirse con los jefes de menor importancia, aunque por ningún motivo se atrevían a discutir los sentimientos de los guerreros ya consagrados, o a dudar de la prudencia de las medidas recomendadas por los consejeros más hábiles de la nación.

Los jefes se dividían en dos clases; los que debían su influencia a las proezas de su fuerza física y a su valor en los hechos de armas, y los que se habían distinguido por su sabiduría más que por sus servicios en el campo de batalla. La primera era la clase más numerosa y más importante, que se distinguía en común por la viva expresión de sus rápidas miradas, el aire de desconfianza que señalaba sus movimientos, y, ocasionalmente, por la vehemencia de palabra con que expresaban alrededor del fuego del concilio la repentina tumultuosidad de sus ideas.

En las tiendas se notaban diferencias según la categoría de quien las ocupaba. La de Mahtoree, poderoso jefe guerrero de los tetons, estaba un poco separada de las otras y adornada de manera que explicaba muchos de los triunfos guerreros del jefe. El escudo y el carcaj de la entrada eran más valiosos de lo común. El fósforo de yesca era una distinción que atestiguaba la importancia del dueño. En todo lo demás era más pobre que rica. Los utensilios domésticos eran menos y más sencillos en forma que los de las habitaciones más pobres. No tenía ningún otro proveniente de la civilización, que tan estimados eran entre los indios, y que a veces solían comprar a los comerciantes blancos a precios que sangraban a los ignorantes nativos. Mahtoree había dado estos objetos a sus subordinados con el fin de comprar una influencia tal que le hiciera dueño de sus vidas y personas; una especie de riqueza que era más noble y que estaba más de acuerdo con sus ambiciones.

"... a choice collection of weapons for the chase, some three or four medals, bestowed by the traders and political agents of the Canadas as a homage to, or rather as an acknowledgement, of his rank, with a few of the most indispensable articles of personal accomodation, composed its furniture. It abounded in neither venison, nor the wild-beef of the prairies... Immediately beneath the favorite bow of the chief and encircled in a sort of magical ring of spears, shields, lances and arrows, all of which had in their time done good service, was suspended the mysterious and sacred medicine bag. It was highly wrought in wampum, and profusely ornamented with beads and porcupine quills, after the most cunning devices of Indian ingenuity". (The Prairie. Ch. XXV).

Cooper nos dice que los europeos, acostumbrados a sus gobierno despóticos, dieron a los jefes indios el título de reyes, porque creían que su poder era hereditario. Según Cooper, no estaban muy equivocados en cuanto a las tribus de los estados del Atlántico, pero sí lo estaban con relación a las tribus que se encontraban más al oeste. Según él, éstas tenían una forma de gobierno que les acercaba más a

la administración republicana que a la monárquica. A veces el hijo, favorecido por sus ventajas naturales, sucedía al padre en el poder; pero Cooper asegura que no había leyes que lo legaran por herencia. Entre los mohicanos el apellido Uñcas llegó a ser sinónimo de poder. En cuanto a la autoridad de los jefes indios nuestro autor asegura que:

The authority of an Indian chief was far from despotic, and though there is reason to think it is often aided, if not generated, by accidental causes of birth and descent, it receives its main support in the personal qualities of him who rules". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XXVI).

En la novela "The Wept of Wish-Ton-Wish" Cooper ejemplifica lo que dice sobre la autoridad cuando el jefe indio Conanchet decide no continuar la guerra contra los blancos, en un momento en que ya tiene la victoria en sus manos. El jefe aliado que ha llevado a la lucha a varios wampanoags se ve obligado a retirarse con los suyos. Los narragansetts ven sin inmutarse como se alejan sus aliados, pues Conanchet, que es jefe de aquellos, ya ha superado con mucho las hazañas de su padre Miantonimoh.

La opinión de Cooper es que existía la influencia de la herencia, pero...

"It existed rather as a consequence of hereditary merit and acquired qualifications, than as a birthright". (The Deerlayer Ch. XXVI).

La jerarquía que Cooper acepta como común entre los indios es la que da mayor importancia a los jefes primero, luego a los guerreros y por último a las mujeres. Estas hacían todo el trabajo, pues un indio nunca se degeneraba cargando algo que no fueran sus armas. El trabajo era exclusivo de las mujeres, ya que la profunda admiración que el indio sentía por la excelencia física, nacía de las posibilidades que una perfecta musculatura suponía para la guerra y la caza.

Uno de los aspectos de mayor importancia era la administración de justicia, y nuevamente Cooper traza en rápidas pinceladas un cuadro costumbrista de la vida del aborígen. Los más viejos y los más poderosos se reunían frente a una de las chozas principales y el debate principiaba después de un largo silencio. Los oradores hacían gala de fértiles comparaciones. Cuando uno de ellos terminaba de hablar volvía a reinar el silencio. Se sopesaban las razones expuestas y, al fin, otro de los presentes tomaba la palabra. Los argumentos en pro y en contra se escuchaban y estudiaban con igual interés. El pueblo y los guerreros rodeaban a los jueces o jefes y aprendían en silencio la manera de llegar a la verdad. Cuando encontraban culpable al acusado, lo mataban casi en el acto.

El aspecto moral del pielroja interesó mucho a Cooper y aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para insistir en su idea, por lo que hablando de este tema de la administración de justicia dice que estas discusiones solían acalorarse, pero en ningún momento se perdía de vista la moderación y el sentido de cooperación necesarios para hallar la solución al problema que les ocupaba. Cuando uno de los oradores acertaba a dar con la mejor solución, le premiaban con una aclamación unánime. Todos aceptaban su proposición como el mejor camino a seguir. Olvidaban las demás soluciones propuestas y discutidas, sin que quedara ningún

rencor o descontento. Nadie quería imponerse. Se pasaban en cuerpo y alma al procedimiento que les había parecido mejor, sin importarles quien hubiera hallado la solución. Cooper establece un contraste crítico al decir que ya quisieran muchos partidos políticos y sectas religiosas, en presencia del líder y del cura, poder llegar a acuerdos unánimes que dicten la mejor solución o la doctrina que más se acerque a la verdad, y que todos se dedicaran desinteresadamente a llevarla al cabo.

A los prisioneros de guerra los juzgaban de la misma manera. Antes del juicio, los guerreros alababan a su propia tribu y señalaban sus glorias. Enumeraban los sufrimientos que les había causado la tribu a la que pertenecían los cautivos. A uno de los jefes le hablaban del hijo perdido, cuya cabellera estaba secándose en el humo de la tienda enemiga. A otro le recordaban las cicatrices y las desgracias que había sufrido, en fin, dirigían la voluntad hacia un mismo propósito; pero, llegado el juicio, los oradores aparentaban un aire exterior de fría y cautelosa firmeza. Así debía ser el jefe ante el consejo. Ya todos reunidos, un guerrero prendía la gran pipa de su pueblo y tiraba el humo a los cuatro vientos. Luego la pasaba a los otros jefes, que fumaban en medio de un gran silencio. Por fin se levantaba uno de ellos y hablaba. Se repetía el proceso ya descrito anteriormente hasta que uno de los discursantes era aclamado por todos, ya defendiera el perdón de los prisioneros, ya quisiera la muerte de éstos. Era rarísimo que interrumpieran a un orador, pues esto constituía una ofensa muy grave contra la sagrada cortesía del consejo indio.

A veces hacían que el preso se casara con algún miembro de la tribu. Los guerreros viejos y las viudas podían adoptarlo, con lo cual, el juicio terminaba inmediatamente; sin que importara en lo más mínimo el ardor con que todos los presentes desearan la muerte del cautivo.

Cuando el prisionero era condenado a muerte, ésta llegaba después del martirio. Con todo, la actitud del ajusticiado era de una psicología especial que tenía su explicación en ciertos conceptos desconocidos para el blanco. Tomemos unos casos: Cuando el indio Hard-Heart ha caído en manos del enemigo y éste está deliberando sobre el martirio a que le someterán, Hard-Heart dice al viejo cazador:

"They are counting the scalps over the lodge of Hard-Heart!" (The Prairie. Ch. XXV).

Y al acercarse el momento del martirio, le pide al cazador que lleve a su pueblo el mensaje de que él

"...has tied a knot in his wampum for every Teton!"

"...if he meets one of them all, in the prairies of the Master of Life, his heart will become Sioux!" (The Prairie. Ch. XXV).

El viejo cazador, que es el Deerslayer en sus últimos años de vida, se niega a llevar ese mensaje.

Era común entre los salvajes poner a prueba los nervios de sus víctimas. En el caso que se acaba de citar, el suplicio empieza cuando las mujeres rompen el círculo que rodea al cautivo y empiezan a insultarle y a hacer todo lo posible para herirle moralmente y desconcertarlo. Después lo atan al poste y los guerreros le tiran con sus hachas procurando clavarlas muy cerca del cuerpo del atormentado.

En otra ocasión, Natty es sometido a tortura. Primero le tiran con hachas en la forma explicada; luego, acercándose más, le tiran con cuchillos y, finalmente, ya de muy cerca, le disparan con rifles procurando rozarle solamente. En vista de que Natty ni siquiera tiembla, lo soltaron creyendo que lo habían atado demasiado fuerte. Las mujeres reanudaron los insultos tratando de ponerlo nervioso. Natty logra escapar con la ayuda de un destacamento que viene a ayudarlos; pero si el martirio hubiera continuado, la imaginación de aquellos salvajes hubiera ideado mil formas para doblegar su entereza. Solían desnudar a la víctima, incrustarle astillas de madera en la carne y rasgarle ésta con cuchillos, para luego encender un fuego alrededor de la víctima.

Algunas veces el martirio les fracasaba. El prisionero provocaba de palabra al enemigo para que, en un ataque de ira, le asestaran un golpe mortal y le acortaran así el sufrimiento. Esto no siempre daba buenos resultados, pues el enemigo oía con indiferencia los insultos. Otras veces la víctima era fusilada materialmente por la falta de habilidad de los verdugos.

Cooper hace notar que estas crueldades no se debían principalmente a la sed de venganza, ni al espíritu sanguinario de los captores. El deseo de doblegar la entereza del prisionero era un punto de honor. El indio norteamericano siempre consideraba que sus victorias morales eran las más nobles. Prefería más los gemidos y la rendición de su enemigo en el tormento, que el trofeo de su cuero cabelludo, y éste, como ya se ha dicho, más, que la vida. Matar y herir sin llevarse la prueba de la victoria, apenas si era honorable; pues ellos, al igual que los blancos que presumían de civilizados, también se habían formado arbitrarios puntos de honor que representaban la suma de lo bien hecho, la recompensa al valor o a cualquier otro acto que mereciera ser premiado. Por otra parte, el indio que sufría el tormento consideraba como un orgullo y como una manera de salvar el honor de su tribu, el no demostrar la menor flaqueza ante el terror y el dolor. Si lograba morir valerosamente y sin queja, quedaba manchado el honor de la tribu que le martirizaba; era un insulto que los captores no podían borrar. El tormento, por lo tanto, era una cuestión de honor.

"It is the highest gratification an Indian can receive to see his enemy betray weakness". (The Deerslayer. Ch. VII).

Cuando el Deerslayer fué apresado por los indios, les pidió un permiso de algunas horas para despedirse de sus amigos. Los indios se lo cederon y cuando volvió reanudaron la vigilancia; pues era un acto plausible y de honor que el prisionero se escapara.

"...so nice, indeed, were the distinctions drawn by the savages, in cases of this nature, that they often gave their victims a chance to evade torture, deeming it as creditable to the captors to overtake, or to outwit a fugitive, when his exertions were supposed to be quickened by the extreme jeopardy of his situation, as it was for him to get clear from so much extraordinary vigilance". (The Deerslayer. Ch. XXVI).

En otra ocasión, refiriéndose a uno de estos casos, Cooper pone en boca de Natty lo siguiente:

"But never, before nor since, have I seen human man in such a state of mortal despair as that very savage; and yet, he scorned to speak, or to cry out, or to own his forlorn condition.

"It is their gift, and nobly did he maintain it!" (The Prairie. Ch. XX).

En muchas ocasiones los indios cantaban sus cantos de muerte mientras sufrían el tormento de sus captores.

Para terminar con este aspecto diremos que los indios, cuando hacían un prisionero, se fijaban muy bien en la valentía que había demostrado al defenderse; pues de acuerdo con lo bravo que era, así sería el martirio. Cuanto más valiente, tanto más terribles eran los procedimientos de tortura a que le someterían.

Entre las formas de tormento que usaban, solían colgar a la víctima entre dos árboles, que previamente se habían doblado, para que al ser puestos en libertad fueran rasgando poco a poco los pulmones y las entrañas del preso. Mientras colgaba de esta manera, los hijos de los indios les disparaban flechas, que por falta de fuerza, únicamente herían, aumentando así el sufrimiento y el honor del enemigo. Si éste no se queja le hacen honores, si no, se ríen de él.

El blanco juzgó las costumbres del indio, su forma de vida, su religión y todo lo que le rodeaba, de acuerdo con los prejuicios que traía desde Europa. Tomando como base sus conceptos de civilización y cultura, el europeo no vaciló en calificar de salvaje al indio pielroja. Hemos dicho que en la obra de Cooper hay una imparcial apreciación literaria del aborígen norteamericano. Toca ahora explicar en que consiste esa imparcialidad.

Cooper ha expresado en su obra los valores materiales y espirituales del salvaje a que nos referimos. El no cometió el error de juzgarlos según los prejuicios de otras civilizaciones y culturas, sino que se enteró primero de las normas legislativas del pielroja, de sus principios políticos, religiosos y morales, de sus costumbres, en fin, de todo lo que se relacionaba con él, y luego lo juzgó según esos principios.

Pero no se conformó con esto. Conocedor de las leyes del blanco y de sus valores humanos, también juzgó a éste según los principios que profesaba. El resultado de la comparación favorece indiscutiblemente al indio; pues, a pesar de su condición de salvaje, respeta los principios normativos de su comportamiento y es fiel a sus ideales religiosos, políticos y de justicia. El blanco no sólo olvida sus principios, sino que, en algunos casos, se acerca a un estado de salvajismo inferior al del pielroja. El egoísmo y la conveniencia particulares son su normas y, todo se hunde, cuando olvida hasta a su Dios. Es natural que el lector perdona fácilmente al pielroja que se desvía un poco de sus principios, si, por otra parte, observa como el blanco comete excesos indignos de quien presume de civilizado.

El maravilloso personaje central de algunas de estas novelas acentúa aún más el contraste. El comportamiento de Natty Bumppo, cuyas polainas altas de cuero han dado nombre a la serie de novelas en que aparece, (The Leatherstocking Tales), señala con vigor las faltas cometidas por los blancos. El es la suma de las buenas cualidades que debían distinguir al europeo que había hecho su hogar en América, y, además, participa de varios de los nobles atributos distintivos del indio. Dada la perfección de su carácter, los juicios que nos da se aceptan con gusto. Su palabra,

vehículo de la verdad, la belleza moral y el bien, ofrece un duro contraste con relación a sus hermanos de raza. Este contraste mejora aún más los rasgos distintivos de su personalidad y señala notablemente la diferencia de comportamiento entre indios y blancos. En la figura de Natty viven en todo momento los aspectos morales y espirituales que los colonos violan consuetudinariamente.

Cuando Hurry Harry, uno de los personajes del "Deerslayer", siente remordimientos de conciencia por las injusticias que había cometido con los indios, creía mitigar esa preocupación interna considerando que los indios eran inhumanos. Mucho después de la muerte de Cooper, este criterio hizo mucho más daño del que él hubiera podido imaginar, pues se abusó del pielroja y se le odió por el mismo motivo que Hurry Harry no quería que fueran seres humanos. Los indígenas se comportaban siempre de acuerdo con sus "gifts"; esto es, según sus nociones de las cosas y según las leyes normativas de su comportamiento, mientras que los caras pálidas hundían cada vez más en la vergüenza el nombre que traían de Europa.

Hurry Harry y el viejo Hutter personifican a muchos blancos que no eran mejores que ellos. Cooper pone de manifiesto, con estos contrastes, que los indios, dentro de sus costumbres, religión, nociones de la vida y naturaleza propia, eran superiores a este tipo de aventurero que venía de otro continente.

La tradición cuenta que los indios asaltaban para robar, pero Cooper dice que fueron los más honrados de las dos razas. En "Wyandotte", los feroces indios que atacaban a los colonos estaban dirigidos por blancos disfrazados de pielrojas. Estos últimos sí querían robar. Hay varios ejemplos como éste en las obras de Cooper. En "The Pathfinder" nos habla de un tal Monsieur Sanglier o "Flint-Heart", como le llamaban los indios, que dirigían a los nativos y se hizo famoso por su sanguinaria crueldad. Su nombre hacía temblar a las mujeres y a los niños del norte del país, por los Grandes Lagos y sus alrededores. Era un aventurero sin escrúpulos que se hizo rico de esa manera y que hizo más terrible aún los ataques de los indios.

"...his selfishness, cold blooded calculations, and least of all, of the manner in which he forgot his 'white gift' to adopt those that were purely red".

"...that appearance of bonhomme which seems inbred in a Frenchman". (The Pathfinder. Ch. XXVI).

Cooper ataca al blanco de la época diciendo que un hombre sin conciencia no es mas que "...a poor creature...", sin que pueda considerársele entre los hombres. "...I hold that a good Delaware is a good Christian, though he never saw a Moravian, and a good Christian a good Delaware so far as nature is concerned". (The Pathfinder. Ch. XXVII).

"...and it is not for us to fly in the face of facts, and deny their truth. No —no— each color has its gifts, and its laws, and its traditions; and one is not to condemn another because he does not exactly comprehend it". (The Pathfinder. Ch. XXVII).

Ya se ha hablado de la novela "The Prairie" en que el indio Hard Heart es sorprendido por los blancos y luego apresado por los indios enemigos. Conviene

ahora para este estudio, analizar la forma en que cayó prisionero. Hard-Heart no hace amistad con el viejo cazador y sus amigos inmediatamente. Los "Tetons" van persiguiendo a los blancos y éstos se esconden en una llanura de crecidos pastos. Para matarlos o para sacarlos de allí, los tetons queman los pastos y cuando Natty se da cuenta de esto, el fuego ofrece un peligro inminente. Cooper nos da otro detalle costumbrista de los cazadores de aquella época al hacer que Natty quemé parte del paso y se retire con sus amigos del fuego que acaba de encender. Muy pronto va adquiriendo las proporciones del que habian encendido los indios; pero como el viento era constante, los dos fuegos se extienden a igual velocidad y en el mismo sentido, dejando atrás pasto consumido y cenizas. Natty y sus amigos se encuentran entre las dos hogueras. Como la distancia inicial entre el fuego que avanzaba y el que produjeron ellos era más bien grande, cuando el incendio ocasionado por los indios llega a donde estaban los personajes de la novela, éstos ya tenían lista una amplia extensión de la llanura que la conflagración producida por manos de Natty habia desprovisto de pasto. A medida que lo necesitaban se iban metiendo en esta zona de cenizas, y cuando el fuego inicial empezó a extinguirse por falta de combustible, los blancos buscaron una salida para escapar de aquel infierno. Pasan cautelosamente la barrera de llamas que languidecía y al poco rato encuentran los restos de un búfalo que habia muerto en el fuego. Se acercan a observarlo y una vez más Hard-Heart se levanta de un salto. Desprovisto de los medios para encender la hierba, habia quitado bastante pasto con las manos y luego se habia cubierto completamente con una piel fresca de búfalo, la sorpresa del encuentro fué mútua, pero:

"The wonder of the young warrior was, however, more tempered and dignified than that of his Christian acquaintances". (The Prairie Ch. XXIV).

El caballo de Hard-Heart habia muerto en el fuego y Natty decide darle uno de los que ellos llevaban. El joven indio lo acepta y promete aliarse con ellos y ayudarles en lo que pueda. Los enemigos les siguen y, cuando más se necesita la rapidez, los fugitivos se encuentran con un río que tienen que atravesar. Con la piel de búfalo que le salvara la vida, Hard-Heart hace un bote rudimentario en forma de paraguas, valiéndose para ello de ramas y de tiras de correa hecha de piel de venado, evitando así que el bote pierda su forma. Monta a caballo y cruza el río dirigiendo el bote con su lanza. Pasa primero a las dos muchachas. El enemigo se acerca. Cuando en un segundo viaje va pasando en igual forma al viejo cazador y a un doctor que va con ellos, el enemigo llega a la orilla y empieza a cruzar el río. La lancha avanza lentamente, el enemigo se mueve con rapidez. Balas y flechas zumban en el aire. Nada más fácil para Hard-Heart que dejar el bote a la deriva y escaparse él con el caballo; con todo, el jefe de los pawnee lous sigue fiel a su alianza y los pasa a la otra orilla donde tratan de escapar sin lograrlo. El fiel indio cae prisionero de los tetons de esta manera. No es necesario señalar el honor y la lealtad de este aborigen, puesto que el caso lo ejemplifica claramente.

Más tarde Hard-Heart logra escaparse, reunirse con los suyos y derrotar al enemigo. Luego salva a sus amigos blancos de morir a manos de Ishmael Bush y los lleva a su aldea. Una vez allí, Pablo empieza a curiosear por todas partes y a tratar de explicar a los indios la superioridad del blanco en las cosas del hogar.

"This enquiring and troublesome spirit found no imitators among the Indians. The delicacy and reserve of Hard-Heart were communicated to his people. When every attention that could be suggested by their simple manners and narrow wants, had been fulfilled, no intrusive foot presumed to approach the cabins devoted to the service of the strangers". (The Prairie. Ch. XXXIII).

Los jefes indios siempre se distinguían por sus modales elevados y la importancia que daban a su comportamiento. Con una delicadeza que nadie sabía poner en práctica tan bien como un guerrero indígena, Hard-Heart no mencionó para nada el espíritu de rapiña que tantos de los blancos habían demostrado en sus tratos con los indios.

"Feeling that the sentiment of distrust was strongly engrafted in the members of his tribe, he rather endeavoured to soothe any just resentment they might entertain, by indirect excuses and apologies".

"Such as were abandoned to the worker of evil could never be brave or virtuous, let the color of the skin be what it might. He begged his young men look at the hands of the Big-Knives. They were not empty like those of hungry beggars. Neither were they filled with goods, like those of the knavish traders. They were, like themselves, warriors, and they carried arms which they knew well how to use —They were worthy to be called brothers!" (The Prairie. Ch. XXXIII).

Cooper nos dice, por medio de Natty, que los pawnee lous eran, después de los delaware, los primeros en honradez y valor entre las tribus de América.

En la obra "The Wept of Wish-Ton-Wish", el jefe indio Conanchet ha llevado a Submission a que hable con Metacom sobre el Gran Espíritu. Cuando ya están reunidos, son sorprendidos por una partida de blancos e indios que iban en busca de Metacom para matarlo. Conanchet se ve obligado a huir para salvarse, pero no quiere abandonar a Submission. Este, viejo ya, le dice a Conanchet que se escape, que él no puede seguirle. Conanchet responde:

"The enemies of a chief must not say that he led his friend into a trap, and that when his leg was fast he ran away himself, like a hungry fox. If my brother stays to be killed, Conanchet will be found near him".

"Heathen. heathen!. many a Christian man might take lessons from thy faith. Lead on —I will follow at the utmost of my speed. (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XXX).

Cuando el enemigo se acerca Conanchet ayuda a Submission a subir a un árbol y, después de dejar huellas claras para que le sigan, espera a que el enemigo lo vea, concentrando así el interés de los perseguidores en su propia persona, con el objeto de salvar a Submission. Este le ha dicho a Conanchet antes de que se separen:

"Narragansett, thou hast ever kept thy faith with me, and come of what race and worship in what manner thou mayest, there is one to remember it". (The Wept of Wish-To-Wish. Ch. XXX).

Submission también le dice a Conanchet que, aunque él es blanco, su corazón

es casi indio; esto es, de la misma rectitud y del mismo honor. Capturan a Conanchet, pero él pide un permiso para ir a despedirse de su esposa. Cumplido el plazo, vuelve con sus captores porque así lo prometió y tiene que cumplir su palabra, aún a sabiendas de que lo van a matar.

Pathfinder dice en una ocasión:

"The Sarpent and I talk these matters over often for he has a hankering after Christianity". (The Pathfinder. Ch. XXVII).

Esto es, los indios que no profesaban tanta religiosidad como los blancos, eran tan buenos, tan humanos y tan dignos del cielo como éstos, si no lo eran más.

Vemos pues, que el indio es siempre fiel a las normas de conducta que se ha trazado. No quiere decir esto que no hubiera indios malos. Los sioux habian estado en guerra con sus vecinos de las praderas desde mucho antes de que llegara el europeo a América y, entre los mismos pielrojas, tenían fama de traidores. Se puede afirmar, sin embargo, que las leyes indias castigaban muy severamente cualquier acto que no fuera conciliable con los conceptos, de honor y justicia indígenas.

La ética del aborígen norteamericano no difería en mucho de la del blanco. La de éste se colorea y gobierna por principios universales si se quiere, pero que sólo están sostenidos por autoridades humanas. La honradez de un cristiano puede no serlo en la opinión de otro, y lo mismo puede decirse en cuanto a la fe, la verdad y el humanismo. Para que el espíritu pueda quedar libre de imperfecciones y tendencias hacia esto o aquello, es necesario que abandone su continente humano. Los indios también tenían su ética particular que se había formado, al igual que la cristiana, según la forma de vida que conocían. La diferencia estaba en que éstos la respetaban mucho más que los otros.

En "The Pathfinder", Chingachgook pasa el río a nado para reunirse con sus amigos. Jasper lo descubre, pero Pathfinder lo reconoce por la pintura que lleva y le dice que es su amigo; luego añade: "Ves esa mirada, esa mirada de jefe, pues fiero como es en la batalla y brillante como se ve entre las hojas, lo he visto llorar. Bajo esa piel roja se esconden un corazón y un alma muy buenos, te lo aseguro, aunque son un alma y un corazón de características diferentes a las nuestras. Un delaware es modesto hasta en su naturaleza más íntima; aunque sea echador y presuma como un pecador cuando lo atan al poste de los sacrificios".

Cuando este indio va a quitarle el cuero cabelludo a un enemigo que, ya muerto, ha quedado varado en el río, Jasper dice:

"A savage will be a savage, Pathfinder, let him keep what company he may".

"It is well for us to say so, lad, but as I tell you, white honor will not always conform to reason, or to the will of God".

"That one scalp has more honor in it according to the Sarpent's notions of warfare, than a field covered with slain, that kept their hair on their heads". (The Pathfinder. Ch. VI).

Y cuando el indio se reúne con sus compañeros:

"Of the fate of his antagonist he said no more, it not being usual for a

warrior to boast in his more direct and useful narratives. (The Pathfinder. Ch. VI).

En esta novela Cooper nos dice que el indio nunca se queja, antes al contrario, siempre está contento y agradecido con la comida que consigue. En cuanto a nosotros, es una vergüenza que miremos las bendiciones sin satisfacción y que demos gran importancia a males que, viéndolo bien, son de importancia muy relativa.

Ya al final de la novela, cuando June se mete en la casa de troncos para demostrarle a Mabel, la heroína, que no la vendería a los indios, le da un abrazo tan tierno para demostrarlo, que Mabel no puede evitar que se le llenen los ojos de lágrimas. Después de esta manifestación de buen corazón, June dice:

"June must have a sister-wife, love to have you". (The Pathfinder. Ch. XX).

Cuando Arrowhead, esposo de June, muere a manos de Chingachgook, la esposa pasa un mes al lado de la tumba, negándose a comer. Quería morir sobre la sepultura. Pathfinder, que ha logrado hacer que se alimente, la lleva a vivir con Mabel.

En la novela "The Redskins", una comisión de jefes indios visita al viejo Susquesus cuando regresaban de Washington. El agente del gobierno que va con ellos dice:

"No men honor right and justice more than redskins, though it is in their own fashion". (The Redskins. Ch. XVII).

Luego los indios dicen:

"We wish to forget that the wicked ever were in our tribes. We never forget the good". (The Redskins. Ch. XVII).

Cuando se sientan a hablar con Susquesus, uno de ellos enciende una pipa y se la da al viejo indio. Este fuma un poco y la devuelve, lo que es señal para que todos empiecen a fumar. La pipa en que fumó Susquesus pasa a otro jefe guerrero y, en reconocimiento a la larga amistad entre Susquesus y el negro Jaap, también se la pasan a éste. Jaap se la queda tranquilamente. Después de esperar un rato y ver que no la devuelve, el indio lo deja sin decir nada y demostrando una educación magnífica, pues lo que el negro había hecho era en contra de las costumbres y casi un insulto.

"In these particulars the high breeding of an Indian is always made apparent. No one ever sees in his deportment a shrug or a half concealed smile, or a look of intelligence; a wink or a nod, or any other of that class of signs, or communications which is usually deemed underbred to resort to in company. In all things he is dignified and quiet, whether it be the effect of coldness or the result of character". (The Redskins. Ch. XXVII).

Al final de la reunión Susquesus aconseja a los indios que sigan cumpliendo sus promesas, que sean honrados como hasta ese momento y que no vayan a la casa de otro sin que se lo pidan.

Para concluir la presentación de este aspecto humano del indio vale la pena citar una nota del "Deerslayer" tomada de los Anales del Condado de Tryon.

En 1740, un caballero escocés, llamado Lindsay, se estableció con su familia

entre las colinas, a la vista del Cherry Valley. Era el primer colono de esa región. Estaba cansado del mundo y se había propuesto pasar una vida agradable en medio de aquella soledad, cazando alces, osos y castores. Algunas partidas de indios de la región del Mohawk cazaban por ese mismo lugar. El señor Lindsay era bueno y hospitalario con ellos y llegaron a hacerse buenos amigos. En el invierno nevó muchísimo más que de costumbre. El campo quedó cubierto con varios pies de nieve. En esa región no había caminos y las provisiones empezaron a escasear a la familia. La situación se puso tan difícil que temían morir de hambre mucho antes de que llegara la primavera. Un indio amigo apareció a la puerta. Había ido con zapatos para la nieve con el único fin de ver como estaban. La nieve había cerrado la comunicación con el valle del Mohawk. El indio ofreció ayudarles, al darse cuenta de la situación de la familia. Les trajo alimentos, cargándolos desde el Mohawk, no sólo una vez, sino durante todo el invierno; hasta que desapareció la nieve profunda y volvió a abrirse la comunicación. Cualquier cosa que se le confiaba la hacía con gusto para el beneficio de aquella familia, que, de otra manera, hubiera muerto de inanición.

En cuanto a religión, los delaware tenían la teoría de que todos los indios buenos, fuesen de la tribu que fuesen, se reunirían, después de esta vida, en un mismo lugar. Por otra parte los indios injustos y cobardes tendrían que arrastrarse junto al perro y al lobo para conseguir carne de venado para los suyos. También era general la creencia de que al morir venía el rejuvenecimiento. Tenían una creencia vaga con relación a la existencia del Gran Espíritu. Vieron la verdad de una manera oscura, pero, con todo, prevaleció entre ellos y se hizo general. Un indio, llamado Shikellimus, sirvió de guía a un embajador blanco que tuvo que viajar al través de la selva en 1737. En el camino el guía sufrió una caída peligrosa por un precipicio, pero afortunadamente no le pasó nada. Cuando vió que había escapado de una muerte segura, dió gracias a Dios Nuestro Señor, Creador del Cielo y de la Tierra. Habló en su propia lengua, pero el blanco lo entendió y así lo explicó después a sus conocidos.

En otra ocasión, un general, llamado Oglethorpe, empezó los preparativos para fundar una colonia en Georgia y, mientras dirigía el trabajo, apareció un conocido jefe indio que venía a saludarle. Había andado veinticinco días para satisfacer su deseo. Pertenecía a la tribu de los "Mascagees" y era jefe de los "Oconas". Este viejo saludó al general de la siguiente manera:

"The Great Spirit who dwells everywhere around, and gives health to all men, sends the English to instruct us". (The Deerslayer. Note M. Ch. XXV).

En 1735, un viejo profeta indio que vivía en las montañas de Pennsylvania, entre los tributarios del Susquehanna, estaba muy preocupado por la escasez de animales de caza y preguntó al Gran Espíritu la causa de aquella insuficiencia. La respuesta le llegó en un sueño:

"You ask my son, why the game fails. I will tell you. Your young men kill it for the sake of skins which they sell to the white traders for strong liquors. They drink and drown their senses, and kill one another and carry on the dreadful bebauchery. Therefore, I have driven the wild animals out of the country. They are mine. If you will do good and cease from drinking, and other sins, I will bring them back. If not, I will destroy you from off the earth". (The Deerslayer. Note N. Ch. XXV).

Puede notarse por estas citas que si los europeos lo hubieran deseado habrían podido tratar con los indios pacíficamente. El pielroja se ofrecía a que lo educaran en la nueva religión y en los nuevos medios de vida; pero los ingleses que vinieron a América sólo perseguían un fin, el de enriquecerse; o por lo menos, mejorar en mucho su propia situación.

Ya se ha dicho que Natty Bumppo se negó a llevar el mensaje de Hard-Heart, cuando éste iba a ser torturado por los tetons. Con todo, Natty aceptó hacer otra cosa que sí le pareció bien. El indio le pidió que viera donde tiraban su cuerpo para que luego lo enterrara en el pueblo al que él pertenecía. Tenía un caballo muy bueno en su aldea y quería que lo mataran y enterrasen con él; ambos mirando hacia el poniente. Natty lo promete y el indio responde:

"It is good, Hard-Heart will ride his horse to the blessed prairies, and he will come before the Master of Life like a chief". (The Prairie, Ch. XXV).

En *The Last of the Mohicans* observamos un entierro indio. Colocan al muerto en una litera y se agrupan todos a su alrededor. Las mujeres cantan, una por una, alabando al que acaba de morir. Siguen cantos generales que de vez en cuando son interrumpidos por los solos de las mujeres. Visten al cadáver con ropa nueva, lo arreglan y lo adornan. Hombres y mujeres pasan por su lado, en fila, diciendo cosas en favor del muerto. Cuando esta especie de oración termina, sientan al difunto en la fosa, cara al sol, con las armas y todo lo que necesita para el largo viaje que va a emprender. Le hacen una especie de ataúd, que tiene un agujero para que el espíritu pueda comunicarse con todo lo que deja en la tierra. Lo tapan y lo protegen para que los animales no lo desentierren.

Cuando Natty está muriendo apaciblemente a causa de su avanzada edad, Hard-Heart le pide que cuente a los jóvenes cómo ha matado a los guerreros mingos y el número de ellos que ha vencido. Asimismo, le pide que cuente los actos de valor y de justicia que ha hecho en su vida, para que los jóvenes guerreros puedan imitarlo. Como es natural, Natty no lo hacen y responde, refiriéndose a la religión de blancos e indios:

"There is much to be said in favor of both religions, for each seems to be suited to its own people, and no doubt it was so intended". (The Prairie, Ch. XXXV).

Así pues, el indio norteamericano creía en un solo Dios, y también en la existencia del cielo y del infierno. El concepto que tenían de estas cosas nos puede parecer primitivo e inadecuado, sobre todo en la manera de prepararse para la otra vida; pero esto no les quita mérito, pues en esencia, habían llegado a la misma religión de los blancos. Es lógico que hubiera algunas irregularidades tal y como las hay entre nosotros hoy en día. Algunos indios solían adorar a los malos espíritus para ganarse su buena voluntad y así evitar desgracias.

Los europeos quisieron convertir al indio a la fe cristiana y darle ideas más precisas y formas de adoración más adecuadas; pero el resultado fué contraproducente en la mayoría de los casos, debido a que predicaban una cosa y los indios les veían hacer otras que no estaban de acuerdo con las doctrinas que enseñaban.

En el Deerslayer, Hetty se escapa de casa y va al campamento de los mingos con el ánimo de salvar a su padre y a Hurry Harry que están presos. Lleva consigo la Biblia como seguro medio de rescate. Los indios no le hacen ningún daño porque notan que ella no disfruta del uso perfecto de la razón. Les lee parte de la Biblia, pero, con ese mismo libro, los indios le demuestran que los blancos no seguían los mandatos de su Gran Espíritu. Le demuestran también que los indios eran más religiosos y mejores que los blancos, pues aquéllos seguían las órdenes de su "Manitou" más fielmente que éstos las de su Dios. Los blancos no sólo eran injustos con los indios, sino también con sus propios hermanos de raza; predicaban una cosa y hacían otra...

"When the Indian gives, he is never satisfied; and now he offers gold for the scalps of our women and children, though he calls us beasts if we take the scalp of a warrior killed in open war, my name is Rivenoak". (The Deerslayer. Ch. XI).

Hetty no supo contestar, y nadie sabría contestar ni explicar satisfactoriamente estos casos de los blancos. Entonces "Wah-ta-Wah" le da la respuesta a Hetty:

"Give 'em pale-face reason, that always good for one side; though he bad for t'other". (The Deerslayer. Ch. XI).

En una ocasión Deerslayer dice que se había hecho bastante en este aspecto de religión y que se había salvado a muchos aborígenes. En "Wyandotte" los indios sitian la casa del capitán Willoughby y el reverendo señor Woods, vestido con todos los accesorios clericales, sale a predicar entre ellos. Esperaba convencerlos y encauzarlos por el bien y evitar así que dieran muerte a los de la casa. Los indios le respetaron, pero, desgraciadamente, había entre ellos blancos disfrazados que, olvidando su religión y su raza, se habían unido a los indios para incitarles a robar y a saquear los lugares más alejados de las aldeas. La misión del señor Woods fracasó por culpa de estos blancos.

En The Oak Openings hay un jefe indio de bastante poder que ha vivido mucho tiempo entre los blancos. No se sabe de dónde viene, ni a qué tribu pertenece, pero se hace llamar Onoah. Los colonos le llaman Peter y saben que es un ser implacable. Organiza a todos los pielrojas para acabar con el blanco y así evitar que les quiten lo que es suyo. Durante su estancia con los blancos había oído hablar mucho de la religión cristiana; pero había una parte de ésta que no podía comprender y que era completamente contraria a su manera de ser. En el transcurso de la novela, la heroína Margery es muy atenta con él y le toma gran confianza. Con el trato continuo Peter llega a sentir cariño por ella y se arrepiente de haberlos llevado a una trampa. Quiere salvarla y salvar también a Le Bourdon, el novio de Margery, pero a los otros los quiere matar. El primero en caer bajo el tomahawk es el religioso Amen, quien logra con su muerte la conversión de Onoah. El padre Amen se arrodilla y pide perdón a Dios por los pecados que pueda haber cometido; asimismo, pide perdón para los indios y en especial para el que va a matarle. Peter lo oye todo y queda muy impresionado, pues esa era la parte de la religión cristiana que él no podía comprender. Su naturaleza vengativa sufre un vuelco y acaba convirtiéndose al cristianismo. Salva a los que antes quería sacrificar y, muchos años después, aparece en compañía de ellos vestido de blanco. Los hijos de Margery le llaman tío.

Cooper nos dice que seguramente hubo intervención divina en este caso, pues la gracia de la iluminación fué necesaria para que este jefe indio viera a todos como hermanos.

Poco antes de que el padre Amen muriera había tratado de explicar a los salvajes los fundamentos de la religión cristiana. Aceptaron el misterio de la encarnación sin necesidad de entenderlo, pues se consideraban incapaces de entender los deseos del Gran Espíritu; pero, lo que no pueden entender es que el hombre hubiera matado a Jesús. Se impresionaron tanto que, aunque mataron al cura, no le quitaron la cabellera.

Así pues, el indígena de Norteamérica está presentado como alguien que siempre atiende a la razón y acepta la verdad; mientras que el colono, en la mayoría de los casos, y sobre todo en su trato con el indio, no ve más que su conveniencia personal.

Una de las causas principales de discordia entre las dos razas fué la tierra. El indio veía que poco a poco le despojaban de sus campos de caza y hasta de sus propias aldeas. El blanco no se satisfacía nunca. Entonces el indio empezó a juzgar al blanco tanto en su religión como en su política. Las guerras no se hicieron esperar y siguieron sangrientas luchas en las que el aborigen defendía lo suyo y el europeo defendía lo que acaba de adquirir, según él, legalmente. Cooper presenta este problema de la tierra varias veces y quiere encontrar una solución adecuada.

Cuando Peter se convierte, acepta que el blanco invada los campos de caza que pertenecían a los indios, porque sabe más que éstos y ha hablado muchas veces con Dios, quien los ha mandado a estos campos para que den al pobre indio la sabiduría de su religión, que es necesaria para el pielrojo.

En la obra *The Wept of Wish-Ton-Wish* pregunta la hija:

"And why is it mother, that they seek to do us harm? Have we ever done evil to them?"

"I may not say. He that hath made the earth hath given it to us for our uses, and reason would seem to teach that if portions of its surface are vacant, he that needeth truly may occupy". (*The Wept of Wish-To-Wish*. Ch. XVI).

Más adelante, en esa misma obra, Content es acusado por un indio de que habían venido a América con el deseo de quitarles la tierra y con la cabeza llena de ideas de riqueza. Content contesta que para ir a América dejaron tras ellos lo que más querían y que habían ido para servir a Dios.

"...not at the instigations of craving minds or evil vanities!...".

"God has otherwise decreed. He has led his servants hither, that the incense of praise may arise from the wilderness". (*The Wept of Wish-Ton-Wish*. Ch. XXIV).

Hay que recordar que esta familia que así explica su llegada a América estaba formada por un grupo de puritanos que buscaban un rincón callado en este continente para dedicarse a la adoración de Dios. Las razones que dan pueden aceptarse en este caso, aunque no el procedimiento empleado para hacerlas valer.

En "*The Redskins*" los indios preguntan a Susquesus por qué los blancos han

despojado a los indios de sus tierras. El contesta que es difícil de entender, pero que ha sido y será así porque Dios lo había querido. Esta es la solución que Cooper da al problema, que aún hoy en día es difícil de resolver de otra manera. Sería conveniente, con todo, citar unos cuantos párrafos más a este respecto, para ver que Cooper no aceptó el procedimiento empleado por los europeos. En *The Pathfinder* pone en boca de June:

"Yengeese too greedy —take away all hunting grounds— chase Six Nations from morning to night; wicked king, wicked people. Pale face very bad... Mabel knew that even in that distant day, there was much truth in this opinion...". (*The Pathfinder*. Ch. XXII).

Cooper, sin embargo, disculpa un poco al monarca diciendo que él no estaba enterado de las injusticias que se cometían con los indios.

En el "Chainbearer", uno de los personajes trata de convencer a Sureflint de que el indio no posee tierra por ser errante; que hay entre ellos propiedades que están de acuerdo con su condición de vida. El blanco es sedentario y necesita la tierra; por eso se la ha quitado al indio, y porque sabe más que éste. Sureflint achaca la derrota del indio al ron que le dieron los europeos y Chainbearer reconoce que esa bebida fué un regalo cruel que se le dió al pielroja; pero añade que la sabiduría se hereda igual que la propiedad, y que el poder viene con la cultura. Para que la propiedad privada sea origen del progreso se necesita un tipo de vida sedentario, pues el blanco sería igual al indio si también fuera errante y no tuviera leyes sobre la tierra.

En "The Prairie" el viejo cazador dice a Hard-Heart que lamenta que los leñadores estén acabando con los bosques. El indio le pregunta que dónde estaban los jefes de los pawnee lous cuando se hizo el trato que permitía a los leñadores hacer tal cosa. La respuesta es:

"Right enough —right enough, and where were truth and honesty also? But might is right, according to the fashion of the 'arth; and what the strong choose to do, the weak must call justice. If the law of the Wahcondah was as much hearkened to, pawnee, as the laws of the Long-Knives, your rights to the prairies would be as good as that of the greatest chief in the settlements to the house which covers his head". (*The Prairie*. Ch. XVIII).

Los indios habían oído que los Menahasha o Long-Knives y los Washsheomautiga, los españoles, se habían reunido y éstos habían vendido a los primeros sus incomprensibles derechos sobre la tierra.

"Nay ,nay, I speak not now of any strollers, who have crept into the land to rob the lawful owners of their birthright, but of a people who are, or rather were, what with nature and what with paint, red as the berry on the bush". (*The Prairie*. Ch. XXV).

Los indios alegaban que la Tierra era plana y estaba sostenida por una inmensa tortuga. Manitou, (Dios), los había hecho rojos y los había puesto en esos lugares de caza que les pertenecían. Ahora bien, Dios podía pedirles que le devolvieran los campos que les había dado y, si dejaban que los blancos se los quitaran, no podrían devolverlos.

Cuando el indio Peter se convierte al cristianismo, asegura que la tierra es de Dios y que manda a quien quiere a que la ocupe.

Vemos pues que Cooper considera que los blancos despojaron a los indios de sus tierras valiéndose de la fuerza y del engaño. La ocupación de estas partes era inevitable; pero el procedimiento empleado para ello fué injusto e inhumano. El autor nos da la impresión de que se hubiera logrado mucho más si la benevolencia y la justicia se hubieran empleado como armas para civilizar al pielroja.

Se ha procurado presentar al aborígen norteamericano que Cooper nos dejó en sus novelas, sin considerar la influencia que el europeo infiltró entre los nativos. Ahora veremos cual fué esta influencia y si fué para bien o para mal.

Desde el primer momento en que el indio y el blanco entraron en contacto, se inició un cambio desfavorable en la integridad moral del pielroja. El decaimiento que sufrió no fué compensado con los pocos indios que puedan haberse convertido al cristianismo. La situación fué empeorando y la fricción produjo llama. El indio se fué viendo reducido a una condición de fugitivo y errante, en lugar de gozar de la orgullosa independencia que había conocido antes,

En 1622 los colonos de Virginia derrotaron completamente a los "Powhatans", y en 1637 también los pequods fueron destruídos casi en su totalidad. Los indios empezaron a formar alianzas para resistir mejor la invasión del blanco. La más famosa fué la que organizó Metacom, a quien los europeos llamaban "King Philip", y que luchó heroicamente durante dos años. En Carolina del Norte los colonos tuvieron que enfrentarse a los tuscaroras y en Carolina del Sur a los yamasee. Las pérdidas en vidas y en propiedades fueron considerables para ambos lados; pero los indios sufrieron más. Los franceses se aliaron después con varias tribus para atacar a los colonos ingleses, quienes a su vez, también hicieron aliados para contrarrestar al enemigo con las mismas armas. Los españoles dieron facilidades a las tribus del sur para que pudieran resistir mejor el avance del colono inglés. Como resultado de estas guerras el indio fué eliminado casi por completo. Veamos someramente algunos aspectos de estas guerras que Cooper reconstruyó en sus obras.

En la novela "The Wept of Wish-Ton-Wish" hemos visto a dos poderosos jefes indios, a Conanchet, jefe de los narragansetts, y a Metacom, jefe de los wampanoags. Las guerras principiaron veinticinco años después de que los puritanos buscaran refugio en América. La llamada guerra de King Philip sucedió en el mes de junio de 1675, en Rhode Island, cerca del Monte la Esperanza, donde Metacom y su padre habían celebrado consejos muchas veces. Desde aquí las matanzas se extendieron por toda la frontera de Nueva Inglaterra.

"Bodies of horses and foot were enrolled to meet the foe, and towns were burnt and lives were taken by both parties, with little and often with no respect for age, condition or sex". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Introduction).

Una décima parte de los blancos que estaban en guerra hallaron su fin. En Nueva Inglaterra de cada once familias una quedó en la calle. Sus casas habían sido consumidas por el fuego. Los indios también sufrieron, y tanto, que después de esto las tribus del Atlántico ya no ofrecieron ningún peligro serio. Miantonimoh, su hijo

Conanchet y Metacom, se transformaron en héroes de leyendas y cantos.

Entre las tradiciones de los indios existe la leyenda que cuenta que al principio Dios veía con buenos ojos a los pielrojas; pero que después ya no les favorecía porque se peleaban entre ellos. Luego llegaron las grandes canoas de los blancos, hambrientos y malvados, que primero hablaron al indio con suavidad y queja de mujer para que le diera un poco de tierra y prometían, a cambio, rogar a su Dios que fuera benévolo con el nativo.

"But when they grew strong they forgot their words and made liars of themselves. Oh, they are wicked knaves! A pale-face is a panther. When a-hungered, you can hear him whining in the bushes like a stray infant; but when you come within his leap, beware of tooth and claw!". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XX).

Los indios se quejaban de que los blancos les alimentaban con leche ardiente (ron) y de que los mataban con sus invenciones flameantes. Casi todos los indios que vivían con los blancos se volvieron borrachos. Por otra parte, los colonos pagaban a algunos indios para que mataran a sus hermanos de raza. Metacom fué traicionado por un indio llamado Sausman y por eso aquél decidió obrar con mano armada. La guerra fué primero entre wampanoags y blancos, aunque éstos contaban con la ayuda de algunos pequods y mohicans. Durante el invierno cesaron las hostilidades y fué entonces cuando los "Comissioners of the United Colonies" decidieron organizar la resistencia. Asaltaron la aldea de los narragansetts y después de varias horas de lucha, los blancos quemaron la aldea, unas seiscientas "wigwams", y mataron unos mil guerreros, sin incluir los cientos de heridos que murieron en el fuego. Los ingleses también sufrieron muchas bajas. Su victoria fué muy triste por las pérdidas que sufrieron y:

"It was still the subject of earnest, and not unfrequently of melancholy discourse, around the firesides of the colonists; nor was the victory achieved without accompaniments, which, however unavoidable they might have been, had a tendency to raise doubts in the minds of conscientious religionists, concerning the lawfulness of their cause". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XX).

"...The bloody assault of Pettyguamscott hath exercised our minds severely —nay, it has even raised doubts of the lawfulness of some of our deeds". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XXI).

Muchos de los colonos habían abrigado las esperanzas de que los dirigentes del asunto hubieran encontrado una forma pacífica de hacer entrar en razón al indio, quien había devastado varias aldeas; Lancaster, Marlborough, Groton, Warwick y muchas más habían sufrido seriamente, sin contar con que habían muerto varias personas de importancia.

De marzo a junio de 1746, los franceses del Canadá mandaron en pequeños grupos a más de cuatrocientos cincuenta indios a diferentes lugares de la frontera de las colonias inglesas. Estos grupos hacían recorridos por el valle del Mohawk y regresaban con cabelleras humanas que luego vendían al gobierno que les había mandado a tan funesta empresa. En este mismo año, el reverendo señor Barclay, un misio-

nero de la Sociedad de Propagación del Evangelio a los Mohawk, escribió a sus amigos de Inglaterra y en la carta decía que las incursiones de los indios franceses habían transformado el floreciente condado de Albany en una selva desierta. Este condado incluía, en aquellos tiempos, toda la parte norte de Nueva York y llegaba hasta las Cataratas del Niágara. El lago Otsego estaba dentro de sus límites. La población era de 38,000 habitantes, mil menos de los que tenía el condado de Otsego, con todo y sus pequeños límites, cuando Cooper escribió el *Deerslayer* en 1841.

La historia del ofrecimiento de primas por cabelleras humanas es una vergüenza para franceses e ingleses. Ya hemos visto la razón que los indios tenían para recurrir a esta práctica. Era algo innato en su educación guerrera que equivalía a llevarse el estandarte del enemigo. Para el indio la cabellera humana era un trofeo que representaba lo mismo que los trofeos que ahora se otorgan a los héroes de guerra, y era, además, una indicación de poder militar. Los europeos no tenían por qué recurrir a esta costumbre, puesto que ellos tenían otras que significaban lo mismo. Sin embargo, el gobierno colonial inglés, y el de los franceses del Canadá, hicieron de la cabellera humana un tráfico nefasto que, podría decirse, substituyó al comercio de pieles de animales. Generales, gobernadores y otros oficiales del estado pagaban por cada cuero cabelludo el precio que indicaba la ley. En Canadá se pagaban, en 1693, diez coronas de plata o sesenta "soux" por melena. Según parece, poco tiempo después el mercado se abarrotó de estos productos humanos arrancados a los ingleses y a sus indios aliados, pues el precio de la mercancía bajó. En 1694, Louis XIV temió quedarse pobre si seguía pagando esos precios y M. Frontenac recibió una carta en los siguientes términos:

"His Majesty desires that they cease paying the Christian Indians ten silver crowns for every Indian killed, twenty for each prisoner, and half these sums for women. This expense can not be afforded". (*The Deerslayer*. Note H. Ch. V).

Cooper añade que se siguieron pagando coronas de plata pero en menor cantidad. En algunas colonias de Nueva Inglaterra las leyes relacionadas con los precios de las cabelleras eran muy minuciosas. Generalmente se pagaban diez libras; aunque los voluntarios del servicio militar recibían aún más. Cuando se juntaban algunos jóvenes para ir a la caza del indio, (como si se dijera a la caza del oso), para alentarlos y exaltar su valor, recibían de acuerdo con la ley,

"the encouragement of 50 pounds per scalp". (*The Deerslayer*. Note H. Ch. V).

En Nueva York el precio variaba, por lo tanto, en 1746, la asamblea dictó una ley que puso un precio fijo y legal. En el mes de marzo de 1747 Sir W. Johnson escribió al gobernador Clinton:

"We shall soon have abundance of prisoners, and scalps, wherefor will require a great deal of money. I have paid the first two who came 60 pounds for the six scalps brought from Crown Point, which I could not avoid, and when the rest come in must do the same. They must have it, they say, punctually paid according to promise". (*The Deerslayer*. Note H. Ch. V).

Pocos años después, el gobernador de Carolina del Sur escribió a los "Lords of Trade in England" y decía:

"Use all means you think proper to induce our Indians to take up the hatchet. Promise a reward to everyman who shall bring in a scalp of a Frenchman, or of one of the French Indians". (The Deerslayer. Note. H. Ch. V).

Esto fué escrito en 1756 y no necesita ningún comentario para indicar la degeneración en que habían caído unos y otros. Ante tal situación, los indios no podían vivir en paz. Las autoridades de la colonia les habían pedido muchas veces que "enterraran el hacha" y vivieran pacíficamente; pero el aborígen no comprendía por qué le pedían tal cosa, cuando los blancos olvidaban que eran "bravos" y se peleaban entre sí tantas veces. Eso sin tener en cuenta que en otras ocasiones les pedían ayuda para solucionar sus propios conflictos.

Permitaseme insistir una vez más en la importancia que los indios daban a la adquisición del cuero cabelludo del enemigo, y sirva de ilustración lo que va a continuación.

Cuando Hard-Heart escapa del campamento de los tetons y se reúne con los suyos, que estaban al otro lado del río que pasaba cerca de la aldea, pasa a caballo hasta una pequeña isla que había en medio del río y allí hace gala de equitación con el único fin de provocar al enemigo. Mahtoree acepta el reto y también cruza hasta la isla; pero, antes de empezar la lucha, trata de convencer al jefe de los pawnee loups de que no deben luchar porque son hermanos de raza. Si se matan entre ellos no quedará nadie que reclame las tierras que les pertenecen y el blanco se apoderará de todo. Este argumento solía ser bastante efectivo; pero Hard-Heart escucha sin demostrar desconfianza y sin prisas, pues el indio siempre está a la altura del enemigo en todo. No acepta la paz y empieza la lucha, la que termina cuando el pawnee hiere de muerte al teton. Este se ríe y con el último aliento dice que su cabellera no caerá nunca en manos del enemigo. Tira^a el cuchillo con desdén y se despide de su enemigo reprimiendo lo que sentía en realidad; pues no hay que demostrar debilidad nunca. Se echa al río para que se lo lleve la corriente, aunque el pawnee lo sigue a nado y obtiene el codiciado trofeo.

La lucha se generaliza y al final los tetons se retiran desordenadamente. Un viejo jefe que estaba mal herido se encuentra un caballo y quiere huir con él; pero en eso llega el dueño del animal y los dos huyen juntos. Como el enemigo va ganando terreno, el viejo le dice a su compañero que pare; descende, y como si lo hubieran premeditado, se arrodilla y estira el cuello. El joven guerrero le corta la cabeza con un solo golpe su tomahawk y se la lleva. Ha salvado parte del honor de la tribu al evitar que la cabellera de uno de sus jefes cayera en manos del enemigo.

Los indios no atacaban nunca si no estaban seguros de que su esfuerzo se haría sentir en las filas contrarias. Su táctica era atacar al amanecer, cuando es más probable que el sueño venza a los centinelas. Por lo general empiezan con un furioso ataque de sorpresa, que acompañan con terribles gritos. Si son rechazados, maduran algún plan, tal vez menos aparatoso, pero que es más seguro que les de la victoria. El ataque se reanuda después de un silencio de muerte que desconcierta al sitiado.

Hay veces en que se dignan declarar la guerra. Mandan un manojito de flechas o de palitos afilados, atados con piel de serpiente. Si las puntas están ensangrentadas es señal de guerra a muerte. El fuego es una de sus armas favoritas y lo usan implacablemente. Los ataques son cautelosos. Procuran que algunos de los suyos pasen las defensas y entonces empiezan un furioso ataque para que los que acaban de entrar puedan hacer de las suyas sin muchas molestias. Si no pueden abrir la puerta de las empalizadas, queman las casas y obtienen así la victoria. Los heridos y los muertos perdían la cabellera. Si quedaba alguno vivo lo llevaban a la aldea para que procurara el sustento de alguna madre que hubiera perdido a su hijo. Si el blanco se negaba a esto, lo ataban al poste de los sacrificios y lo atormentaban hasta que aceptara o muriera.

"It is not usual for the American savage to loosen his hold easily of one naturalized in his tribe". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XIX).

Era común que los indios trataran de raptar a las muchachas blancas; pues las admiraban mucho por su belleza. Luego las obligaban a convertirse en mujeres indias.

En la novela "The Prairie", Mahtoree quiere casarse con Inez y la lleva a la choza donde le esperaba Tachechana, su esposa. Natty le cuenta a Mahtoree la forma en que los blancos hacen el amor y el pielroja no comprende como es posible que un guerrero se humille tanto por una mujer. Los indios adornan a sus mujeres con brazaletes, cuentas y una banda ancha de plata que ellas se ponen en la frente. Tachechana se los da a Inez porque reconoce la superioridad de la belleza de ésta y le dice a Mahtoree con relación al hijo que tienen:

"Let him not be a girl, for very sad is the life of a woman. Teach him to keep his eyes on the men. Show him how to strike them that do him wrong, and let him never forget to return blow for blow". (The Prairie. Ch. XXVI).

La mujer india era bonita hasta que se casaba, ya que su vida de madre y de esposa era muy dura y le deformaba el cuerpo. También se transformaba psicológicamente, pues la emotividad, la alegría y la voz musical de la soltera se perdían con el matrimonio. Entonces se volvía sumisa y dedicada por completo a los deseos del esposo, quien la trataba peor que si fuera una criada.

Muchos de los indios se degeneraron por culpa del ron que les daban los blancos. Aquel honor que distinguía a los jefes indios como Susquesus, se ahogó en muchísimos casos en la "leche ardiente" que llevaba la marca de Santa Cruz. Susquesus era el guerrero más poderoso de su tribu. Un día el indio Waterfowl llevó presa a una Delaware muy guapa, que se enamoró de Susquesus y éste de ella. Toda la tribu quería que se casaran; pero Waterfowl se interpuso haciendo valer sus derechos. Él la había capturado y, según las leyes de la nación, él era su dueño. Susquesus, a pesar de ser el más poderoso y de tener a todo el pueblo de su parte, dejó que la ley se respetara y que Waterfowl, simple guerrero sin fama, se quedara con ella. Susquesus abandonó a su tribu y se fué a vivir con los blancos. Se quedó con ellos porque había aprendido la doctrina de la redención del hombre por mediación del Hijo de Dios.

No hay que horrorizarse por el espíritu vengativo del pielroja, ni por la manera en que se vengaba de quien le hacía mal. El mundo cristiano y civilizado también se vale de formas legales de venganza o de castigo. La calumnia es el paralelo del

cuchillo descabellador del indio, y el dinero y el poder se usan para destrozar a los semejantes en todas las formas y modos que los actos amparados por la ley lo permiten; se usan impúneamente los perjurios y los fraudes más repugnantes.

Dentro de los rasgos distintivos de ambas razas, y comparándolas según su grado de civilización, tan salvaje es el blanco como el indio; todo depende de la educación y de los "nat'ral gifts".

En la parte biográfica se hizo notar que la obra "Lionel Lincoln" fué la primera, y por su fracaso la última, de una serie que Cooper intentaba escribir con el título general de "Legends of the Thirteen Republics". Tal parece que deseaba dejar en blanco y negro una serie de cuadros representativos de los rasgos distintivos de su país. Consciente o inconscientemente, logró mucho de esto en sus novelas, pues al lector de ellas no le queda más remedio que vivir el verdadero ambiente de la América de aquellos días.

Si bien se mira, lo que se ha dicho del pielroja es un cuadro típico de uno de los aspectos de la dual característica de la América colonial. A la par que se ha estudiado al indio se ha ido incluyendo irremisiblemente la azarosa vida de la colonia, desde sus comienzos hasta ya muy cercana la época de la independencia. Las costumbres del pielroja y su manera de ser nos han puesto en contacto directo con las costumbres y la vida de los colonos; es una visión panorámica que se redondea un poco con algunos detalles expuestos en la biografía.

Las facetas más salientes de la América colonial y de los primeros años de independencia son el acompañamiento musical de todo lo que se mueve en las páginas de la obra de Cooper. El capítulo que sigue completa este pintoresco cuadro.

EL ELEMENTO COSTUMBRISTA

Como ya se indicó al final del capítulo anterior, el elemento costumbrista de las novelas de James Fenimore Cooper se presenta como una ojeada de conjunto que, agobiada por el peso de la crítica, se viste de colores y asoma repetidas veces a respirar en una atmósfera vital que le da ambiente y la encuadra con límites precisos. Este continuo asomarse, que en ocasiones no acaba de esconderse y que se percibe en forma difusa como al través de un velo translúcido, puede sacarse de la condición subyugada en que se encuentra y ordenarse, adquiriendo así tonalidades claras, sombras y relieves, que nos descubren paso a paso la vida colonial de Norteamérica.

Este conjunto de cuadros pasa por las guerras coloniales, se precipita en la de independencia y muere poco después en los primeros años de vida nacional. Entonces la crítica se vuelve tan espesa, que los cuadros costumbristas quedan sumergidos en la obscuridad de cortísimos momentos que nos recuerdan su existencia.

Son varias las novelas que descubren el proceso formativo de las colonias. En la introducción a "The Pioneers" hay un análisis cuidadoso de esta evolución progresiva, que vale la pena mencionar por sus interesantes detalles, que aún hoy en día tienen valor sugestivo.

Un individuo rico, o bien una compañía, compraba toda la tierra que deseaba, bien al contado, bien a un crédito de siete u ocho años, con la inteligencia de que toda la tierra debería usarse en la formación de una colonia. Después el dueño la vendía a un crecido número de colonos, sin separar nada para el futuro, dando así una garantía a los primeros trabajadores.

Las dificultades iniciales eran muchas y sólo podían vencerse mediante la cooperación y combinación de esfuerzos; por eso convenía que el número de colonos fuera crecido, ya que era necesario hacer caminos y puentes, talar los bosques y arreglar las cosas de manera que pudiera aprovecharse el producto del cultivo. Por otra parte, el que se adentraba en la espesura para mejorar sus condiciones de vida, deseaba la sociedad de sus semejantes, las comodidades ordinarias, alguna forma de religión, y escuela para los niños. Así pues, debía haber especialistas que se ocuparan de construir viviendas, mientras otros se dedicaban a cultivar los campos, se encargaban del aserradero, educaban a los niños o hacían otras cosas útiles, que combinadas, daban pronto al lugar el aspecto de una aldea. El trabajo y los gastos se repartían proporcionalmente y con un mismo fin. El dueño animaba a sus amigos y familiares a que fueran a vivir con él en la nueva colonia. Cuando ya estaban todos establecidos, deseaban rodearse de amigos y, el incipiente pueblo, iba creciendo de este modo.

La importancia del colono rico era reconocida como valiosa; pero la oferta del pobre no era despreciable. Todo el que quería aportar su trabajo para el bien común era un elemento importante para convertir el bosque en flor y fruto.

Cuando el número de colonos era reducido se perdían las ventajas de la sociedad, pues los vecinos quedaban bastante alejados entre sí. El progreso era mucho más lento y la tierra sin ocupar era motivo de justas quejas, ya que al ocuparlas más tarde otros colonos disfrutaban indirectamente los beneficios logrados por los primeros. Si el dueño sólo buscaba provecho personal y no ayudaba a los colonos, perdía influencia y también la confianza de éstos, con lo cual el fracaso era casi seguro.

Toda la tierra se vendía al mismo precio aunque variara de calidad. Al principio, el colono pobre rehusa con razón los lugares que no han de traerle ninguna subsistencia inmediata; por lo tanto, estas tierras se dejan desocupadas hasta que la madera que producen se necesita para hacer bardas o como combustible. Con esa medida sencilla de dejar que las cosas sigan su curso normal, los lugares difíciles y pantanosos han resultado siempre más provechosos; pues en el transcurso de unos quince años su valor aumenta a unas siete veces el original.

El colono pobre, que es el más numeroso, empieza su trabajo con cien acres. La mejor manera de tratar con él es darle dominio absoluto o por medio de escrituras y asegurar el dinero de la compra mediante una hipoteca del terreno que se le ha dado. De este modo confía en sus esfuerzos y tiene esperanzas en el futuro. Cada cosa nueva que termina es una esperanza más al ver que así se va formando la aldea. El esfuerzo común produce en todos la misma sensación y una amistad general benéfica. Cada familia se hace su casa, un granero, planta verduras, árboles frutales y sigue talando el bosque hasta que disminuye el número de árboles y aumentan así de valor; entonces el colono los cuida con el mismo afán con que antes los tumbaba. La deuda no le preocupa, pues dueño absoluto del título de propiedad, puede vender a buen precio debido a las mejoras que ha hecho. Los contratos que exponen al colono a la pérdida legal de la tierra y de su trabajo no logran el esperanzado esfuerzo necesario para vencer la dura realidad.

Así pues, siguiendo un plan razonable, todos los intereses coinciden. Un precio moderado, largo crédito, un título a renta y un dueño amigable, son móviles infalibles para organizar una colonia numerosa. Donde hay mucha gente hay comercio, donde hay comercio hay dinero y se pagan las rentas que el dueño necesita para tener buen éxito. Sin embargo de ello, él debería vivir entre los colonos, ayudar y promover todas las empresas benéficas.

En la novela "Satanstoe" hay otro procedimiento. Se trata de algunas colonias que se iniciaron en 1758. Cooper detalla el procedimiento para obtener la tierra. Los mohawks la cedieron por cincuenta cobijas, diez ollas, cuarenta libras de pólvora, siete mosquetes, ron y pocas cosas más. Después de extinguir así el título indígena, se pagó un impuesto al rey para que reconociera el nuevo título de propiedad. Después se desembolsaron varios centenares de libras para que el gobierno colonial acabase de legalizar el título. Este era el proceso usual.

La abundancia de tierra y la escasez de habitantes dificultaban la adquisición de colonos, quienes solían escoger el dueño y las condiciones que más les convenían, en vez de que éste escogiera a sus inquilinos. Cooper aclara que, por fortuna, aún no existían especulaciones legislativas legales que sirvieran a unos cuantos para enriquecerse. Los que lograban reunir una pequeña fortuna lo debían exclusivamente al trabajo honrado. Dada la insuficiencia de colonos, era necesario ofrecer condiciones que los trabajadores aceptaran fácilmente.

En este caso el propietario no necesitaba dinero. No esperaba sacar ningún beneficio inmediato, ni quería vender la tierra; pero sí deseaba que sus nietos gozaran del fruto que produjera la colonia. Por lo tanto, ofreció contratos por cuarenta y dos años o, como se decía en aquellos tiempos, por tres vidas y veintiún años adicionales. Este

extraño concepto de vida, que al parecer era un lapso de siete años, se alargaba a diez en América, por lo que el contrato duraba en realidad cincuenta y un años. Durante la primera década el colono no pagaba renta, además de recibir favores que le costaban bastante al dueño. El representante de éste tenía una tienda donde los obreros compraban todo lo que necesitaban casi al costo. El pago se hacía con los productos que sacaban de la tierra. El propietario se encargaba de llevarlos al mercado de Albany y, una vez vendidos, recuperaba el dinero sin ninguna ganancia. Algunas veces pagaban las rentas de esta manera, lo que dió pie a que, años más tarde, la mala intención calificara a estos lugares de feudos retrógrados.

Durante los segundos diez años los inquilinos tenían que pagar "six pence currency" por acre, al año; pero desde su llegada a la colonia, el arrendatario tenía derecho a cortar leña y a aprovechar el material que existía en el lugar, haciendo uso de él como mejor le conviniera. Esta concesión era magnífica puesto que casi todas las colonias tenían pinos y otros árboles de maderas valiosas.

Por el resto de la duración del contrato tenían que pagar un chelín por acre. El dueño se reservaba la facultad de recuperar el aserradero, el que había rentado al igual que la otra tierra, si bien cobraba cuarenta libras adicionales por año, durante la tercera parte del contrato.

Muchas veces, al llegar el momento de renovar el convenio, los propietarios vendían el terreno a dólar el acre, con un crédito de diez años y el interés pagado anualmente; con todo, los inquilinos preferían renovarlos por otras tres vidas a rentas muy bajas. Los cinco primeros años no pagaban renta y los otros cinco una renta nominal. Luego tenían que pagar unos siete dólares al año de interés y cien contantes y sonantes al terminar el crédito.

Para comprender mejor estos precios debe decirse que los colonos ganaban de ocho a nueve dólares mensuales antes de establecerse en la colonia. Además, ya en ésta como inquilinos, unos de ellos podían despejar diez acres de tierra en una estación y la potasa se vendía a doscientos dólares la tonelada. El trigo que plantaban luego, lo vendían a dos dólares el bushel, o bien, por un bushel de trigo compraban en la tienda de la aldea la mercancía equivalente a dos dólares. También debe considerarse que podían vender la madera si la llevaban a los mercados.

Había dos clases de contratos; los durables, que podían renovarse, y los durables con una cláusula de amortización. Estos diferían de los primeros en que el inquilino podía pedir en cualquier momento, mediante el pago de una cantidad acordada de antemano, "a deed in fee simple", esto es, un contrato que le convertía en el dueño del terreno, aunque tenía que pagar en rentas el balance por el valor del mismo. En ambos casos el propietario podía adueñarse del terreno para obligar el cumplimiento de las condiciones estipuladas en el convenio. En la misma novela se presenta el caso de otra propiedad donde se vendió a bajo precio y más tarde se rentó la tierra que no pudo venderse en los primeros años.

Cinco años de vida en una de estas colonias producían más cambios que un siglo en lugares donde el tiempo y el trabajo habían dado permanencia al producto del esfuerzo humano. Era costumbre que el que había organizado con buen éxito una colonia, pasara después a ocupar uno de los puestos de mayor importancia en la dirección de la misma.

En la novela "Wyandotte" se establece una colonia en la frontera, alrededor del año 1765. Los oficiales del ejército inglés, cuando se sentían viejos o necesitados, se retiraban a las concesiones que les daba la corona por sus años de servicio. Estas concesiones no eran de las más grandes; tres o cuatro mil acres solamente. Se pagaban rentas al rey, pero las riquezas minerales que pudieran encontrarse en el subsuelo pertenecían a Inglaterra. Se instalaban como señores del lugar, sin disfrutar de privilegios feudales, lo que sí sucedió en las viejas haciendas que había a orillas del Hudson y en las islas cercanas a la ciudad de Nueva York. Las residencias que dominaban una gran extensión de terreno, "mannor-houses", no eran feudos propiamente dichos, puesto que no tenían ningún privilegio especial; también pagaban rentas al rey y estaban sujetas a las reservaciones en favor de Inglaterra que ya se mencionaron .

Estas concesiones recibían el nombre de patentes y como los impuestos que pagaban iban a Inglaterra, éstos se llamaban "quit-rents". Pagaban además muchos derechos a las autoridades coloniales, todo esto después de cumplir con el deber supererogatorio de extinguir el título indígena.

La forma de comprar la tierra de los indios nos parece ridícula hoy en día, pero los tratos les satisfacían. Ignorantes de lo que hacían, los indios solían regalar grandes extensiones y, no pocas veces, eran desalojados a la fuerza. Esto nos recuerda una de las causas del descontento indígena que originó guerras tan despiadadas como las que se citaron en el capítulo anterior. Hay una tradición en Long Island según la cual, los indios dieron parte de esta isla a un tal Richard Smith. Este señor tenía un toro muy grande y dócil al que solía montar para salir a pasear. Un día los indios, amigos del señor Smith, y entusiasmados con el toro, prometieron darle toda la tierra que pudiera recorrer, desde el amanecer hasta la puesta del sol, montado en el toro. Los indios siguiéndole, el señor Smith describió una gran circunferencia y así se adueñó de la tierra inscrita, lo que le valió a él y a sus descendientes el apodo de "Bull Smith". Cooper dice que llegó a conocer familiares de este señor que llevaban el mismo apodo.

Un coronel, de nombre Tangier Smith, compró tierra de los indios con treinta y cinco libras en moneda del reino. Cooper también conoció a algunos descendientes de este segundo Smith. La viuda de este coronel, Madame Martha Smith, se dedicó, entre otras ocupaciones, a explotar la pesca de la ballena. Esta señora era la tatarabuela de la esposa de Cooper.

También en "Wyandotte" se compra tierra a cambio de unos cuantos rifles, mantas, marmitas, cuentas de vidrio, ron, tabaco y pólvora. Los indios grabaron los límites del terreno en una piel de ciervo. Basándose en éstos, un agrimensor midió y trazó los límites adecuados; se hizo una escritura para extinguir el título indígena y se pidió la patente en forma legal. Pagados los impuestos reglamentarios, la patente se asentó en los libros y mapas de la colonia; estos últimos tan malos que las propiedades solían perderse.

Cooper se queja de un caso en que, estando la propiedad a veinticinco millas de Nueva York, se perdieron algunas partes que estaban incluidas en los límites de otras propiedades. Supo también de otro caso en que la propiedad desapareció

completamente por las reclamaciones de otras dos más antiguas que estaban a los lados de la que tuvo que desaparecer. Generalmente, en el papel había menos acres que en la realidad. En el caso que nos ocupa se creía que habían 6246 acres, que luego fueron 7092. En otra ocasión las 100,000 acres que se compraron eran, en realidad, 120,000. Se cometieron tantos abusos con los indios, a medida que la tierra aumentaba de valor, que se dictó una ley que limitaba a sólo 1,000 acres la extensión que una sola persona podía obtener directamente del indio. La psicología de los nativos al vender la tierra está sintentizada en una frase que ellos mismos usaban, "vender castores cuando ya se han ido"; esto es, sin darse cuenta de las consecuencias, no les importaba vender la tierra donde ya no había caza; pues ésta era su principal medio de sustento y tenían que ir tras ella.

En la primavera, una vez legalizada la propiedad en la forma citada, varios leñadores, un carpintero, un albañil y un constructor de molinos iban a la patente guiados por algún cazador indio para no perderse. Rodeados de árboles por todas partes, hacían primero unas chazas donde guarecerse y defenderse en caso de necesidad; talaban y quemaban hasta hacer un claro donde levantar la casa principal y cultivar maíz, nabos, patatas, guisantes y verduras. Se iniciaba al cría del cerdo, alimento muy importante, sobre todo en invierno.

Los troncos que quedaban al ras del suelo no desaparecían hasta pasado medio siglo. Varias estaciones iban borrando las señales del fuego. El continuo trabajo ya levantaba bardas, plantaba trigo de invierno, pasto, y araba la tierra a medida que el sol podía bañarla.

Las casas eran de madera, pero muchas veces se hacían los cimientos de piedra, prolongados formando parte de las paredes exteriores, como protección contra el fuego y el hacha del indio enemigo. Algunas casas contaban como lujos, techos de diez pies de altura, paredes recubiertas de yeso, alfombras que cubrían el centro de las habitaciones... pero contrastaban con los rudimentarios medios de la vida fronteriza norteamericana y la empalizada que lo encerraba todo y era casa, barraca y fuerte a la vez. Los primeros habitantes eran unos quince hombres con sus mujeres e hijos; pero algunas de éstas, cuando era necesario, empuñaban el rifle con tanta destreza como los hombres. Cooper habla de casos heroicos en que mujeres solas defendieron a sus hijos, con buen éxito, contra los ataques de cientos de enemigos. En "The Prairie" dice que en una ocasión una mujer salvó a sus niños matando a todos los captores mientras éstos dormían.

Los dueños regresaban a la ciudad en el invierno y desde allí mandaban mensajeros y provisiones para los trabajadores. Los hijos del señor, y sobre todo las hijas, estudiaban en algún internado capitalino hasta que la nueva colonia tuviera las comodidades necesarias para recibirlas. Por el camino había chozas de troncos que servían de refugio a los viajeros. Llevaban negros que se encargaran del servicio doméstico y en el camino de ida, también artesanos que ayudaran al progreso de la civilización. Hemos presenciado los primeros años de vida de las aldeas fronterizas.

Diez años más tarde, la colonia que hemos tomado como ejemplo aún se consideraba nueva. Podían notarse varios cambios, pero todavía no se borraban los vestigios de su reciente origen. Los troncos asomaban al ras del suelo y muchos ár-

boles muertos aún se mantenían de pie. El bosque se había alejado y daba paso a la luz y al sol. Se habían hecho casas para los trabajadores. El aserradero trabajaba continuamente y los huertos lucían varios árboles frutales. Los habitantes ya llegaban a unos cien. Unos treinta y tres hombres trabajaban llenos de esperanzas y, los sábados y los domingos un padre de Nueva Inglaterra celebraba los oficios de la iglesia. Embellecidos con rosas silvestres, los jardines tenían bancas y mesas donde la familia principal solía comer a la sombra de los árboles. Después de la comida, los viejos contemplaban con deleite el humo del tabaco de Virginia que ardía en sus pipas y tomaban coñac diluido con agua, mientras salpicaban la conversación con frases en holandés.

Estas colonias ya habían progresado mucho cuando empezó la guerra del '76. Entonces se abandonaron por el grave peligro que ofrecían las incursiones de los indios del Canadá. En algunas colonias la noticia de la guerra llegó con el primer ataque del pielroja. Este había empezado las invasiones desde mucho antes de la época colonial; pero aumentaron en violencia durante los primeros siglos de ocupación europea, prolongándose hasta el final de las guerras de la revolución.

"The tomahawk, the rifle, the scalping knife and the fire brand flashed before the eyes of the people on the frontier day and night during many years —the terror of successive generations". (The Deerslayer. Ch. V. Note H).

Los devotos refugiados que desembarcaron en Plymouth fueron los que primero empezaron la transformación del suelo. La colonización empezó primero en las costas, después, el deseo de buscar lugares aún más fértiles y la tentación que ofrecían las vastas y desconocidas tierras del interior, hicieron que mucha gente se adentrara y empezara a vencer las verdaderas dificultades. Como ya se dijo en el capítulo del indio, estas primeras dificultades llevarían al exterminio de dos tribus indígenas —los mohicanos y los netingoes— ambas pertenecientes a los delaware, y, según Cooper, los más honrados de todas las tribus de América.

Entre los religiosos que, cansados de las persecuciones, aceptaron el exilio en las colonias, había gente de talento y bien educada. En general ellos prefirieron la Nueva Inglaterra y muchos caballeros se trasladaron con sus familias y bienes a este lugar, el cual adquirió un aire de inteligencia y de elevación moral que perduró hasta ya entrado el siglo diecinueve. Los jóvenes alegres y los soldados prefirieron los estados del sur, donde los esclavos les aseguraban un alejamiento del trabajo y la guerra les traía más aventuras. Las guerras civiles de Inglaterra también hicieron que mucha gente emigrara a las colonias y el número de emigrantes aumentó cuando los desafectos a la casa de los Stuarts buscaron la seguridad en el Nuevo Mundo al llegar la Restauración.

En la novela "The Wept of Wish-Ton-Wish" un grupo de puritanos se aleja de una aldea donde ya todo es prosperidad. Los habitantes salen a despedirlos cantando un himno y rezando en favor de los que van a internarse en los bosques. Poco después están establecidos en un nuevo lugar, donde el afluente de un río divide en dos la tierra que ya les ha dado fruto. La casa está sobre una pequeña elevación natural y al través de las escotillas, que también las hay en el suelo del primer piso, se domina todo el claro. Está rodeada por una doble estacada de troncos de

árbol. En la puerta de la exterior cuelga un caracol marino cuyas notas abrirán las puertas al que llegue tarde, tocarán a rancho, o reunirán a los cazadores en el invierno. Los graneros y los establos están agrupados allí cerca. Un lugar despejado conduce a las tapias que rudimentariamente protegen el sembrado. Del otro lado hay árboles frutales y por todas partes los nuevos retoños auguran la próxima cosecha. La agricultura, claro está, es la savia que nutre a los colonos. Las ovejas y los caballos pastan en las márgenes del bosque; mientras que en la casa, las mujeres conservan en movimiento las ruecas y los telares que han de darles la protección necesaria contra el frío del invierno. Todo este movimiento de progreso se verá cortado de raíz como resultado de un ataque indio. La tea incendiaria lo arrasará todo y los habitantes escaparán milagrosamente escondiéndose en el pozo y en una columna hueca que sube desde éste hasta el primer piso. Cuando los indios se alejen, los colonos saldrán uno a uno a llorar la desolación del momento. Ya mitigados los sufrimientos volverán a la penosa tarea de rehacer lo destruido.

Cooper nos dice que la ignorancia de Inglaterra en cuanto al continente americano era tan grande que los "Lords Say and Seal, Brooke", y sus asociados obtuvieron una concesión, firmada por el rey, que incluía toda la tierra desde la costa del Atlántico hasta los mares del sur. El progreso de las colonias tampoco se entendía en Europa, donde los frutos de la inteligencia fueron progresando conforme avanzaba la cultura. Los colonos trajeron a América un gran tesoro de experiencias adquiridas en otra parte y las aplicaron de inmediato para aprovechar las ventajas naturales que les ofrecía el nuevo país. La necesidad, impulsada por el conocimiento de los medios necesarios, incitada por un espíritu digno de emulación y alentada por la libertad, pronto dió origen a las mejoras que transformarían los bosques en graneros con rapidez mágica.

"It is scarcely necessary to say that in a country where the laws favor all commendable enterprise, where unnecessary restrictions are unknown, and where the hand of man has not yet exhausted its efforts, the adventurer is allowed the greatest freedom of choice in selecting the field of his enterprise". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVII).

Cooper no puede resistir la tentación y aprovecha la oportunidad para juzgar la sociedad americana

"It is a consequence of this extraordinary freedom of election, that, while the great picture of American society has been sketched with so much boldness, a large portion of the filling up still remains to be done... neither has any particular district yet attained he finish of improvement. The city is even now seen in the wilderness and the wilderness often continues near the city... Thus it is that high civilization, a state of infant existence, and positive barbarity, are often brought so near each other within the borders of this republic". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVII).

Añade que para conocer la América de esos días era necesario verla muy a menudo, pues los cambios eran tan rápidos que de un año a otro ya no se reconocían muchas partes. Estamos observando entonces, la manera en que se fué formando lo que ahora son los Estados Unidos.

Volviendo una vez más a aquella colonia de puritanos que había sido arrasada

por los indios y dándole al colono diez años de paz y de tranquilidad para que pueda reconstruir o formar otra colonia en ese mismo lugar, llegamos al último cuarto del siglo diecisiete. La aldea ha sido reconstruida.

"Over the bottom land, for the distance of several miles, all the signs of a settlement in a state of rapid and prosperous improvements were visible... (The Wept of Wish-Ton-Wish, Ch. XVII).

"...At a point near the center of the valley the waters had been arrested by a dam, and a mill... stood on the artificial mound. Near it was the sight of a New England hamlet... (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVII).

The number of dwellings might have been forty. They were, as usual, constructed of a firm frame-work, neatly covered with sidings of boards... There was an unusual appearance of comfort and abundance in even the humblest of them all'. (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVII).

Eran edificios de uno o dos pisos. El superior sobresalía un poco formando un pequeño techado, construcción que estaba de acuerdo con la arquitectura de los primeros días de las colonias del este. La pintura no se usaba todavía y las casas tenían el color de la madera que se ha expuesto mucho tiempo al sol. Por los tejados asomaban chimeneas centrales y algunas paredes laterales presentaban una o dos ventanas; además...

"In front of every dwelling was a small, neat court in green sward, separated from the public road by a little fence of deal. Double rows of young and vigorous elms lined each side of the wide street, while an enormous sycamore still kept possession of the post in its center which it had occupied when the white men entered the forest. Beneath the shade of this tree the inhabitants often collected to gather tidings of each other's welfare". (The Wept of Wish-Ton-Wish .Ch. XVII).

"The out-buildings were thrown to that distance which the cheapness of the land and security from fire rendered both easy and expedient". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVII).

La posada del "Whip-Poor-Will" estaba cerca de la iglesia. El nombre era un sinónimo de "Wish-Ton-Wish", nombre que se da al chotacabras, pájaro insectívoro crepuscular de los Estados Unidos. Un adorno de la época, el manzano, poblaba la parte posterior de las casas.

"A few young plantations of fruit-trees were also to be seen in different parts of the valley, which was beginning to exhibit many other evidences of an improved agriculture...". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVII). "So far as all the artificial changes went they were of an English character.

But it was England devoid alike of its luxury and its poverty, and with a superfluity of space that gave to the meanest habitation in the view an air of abundance and comfort that is so often wanting about the dwellings of the comparatively rich, in countries where man is found bearing a far greater numerical proportion to the soil than was then, or is even now

the case in the regions of which we write". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVII).

La naciente ciudad contaba ya con los servicios de un médico y con un subteniente del ejército colonial. El "Sabbath" empezaba el sábado en la tarde, y los domingos la campana de la iglesia atraía a pequeños grupos familiares.

"this religious festival, which is even now observed in most of the States of the Union with a strictness which is little heeded in the rest of Christendom...". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XXII).

"Foremost in each little party walked the austere father... while at a decent distance followed the equally grave matron, casting oblique glances at the little troop around her, in whom acquired habits had yet some conquests to obtain over the lighter impulses of vanity". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XXII).

A veces el padre llevaba en brazos al niño que aún no podía andar y el hijo mayor cargaba con el rifle, precaución que no se olvidaba nunca. Las familias eran más bien numerosas, pues no sólo había bastante para mantener la prole, sino que...

"He who has received the gift of seven sons in five years need never be a poor man in a country like this. Seven farms added to that pretty homestead of mountain-land which thou now tillest will render thee a patriarch in thine age". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVIII).

Cuando alguna de las colonias ya llevaba un siglo de existencia, corrían por ella rumores como éste:

"They tell me the Hartford settlement in getting to be apportioned like the towns of mother England, that there is reason to think the day may come when the provinces shall have a power, and a convenience of culture and communication, equaling that which belongeth to some parts of the venerable Island itself". (The Wept of Wish-Ton-Wish. Ch. XVIII).

De vez en cuando se reunían los hombres de un distrito grande, o bien todos los de un condado, y organizaban una partida de caza con el fin de acabar con los animales salvajes peligrosos. Formaban una circunferencia de varias millas de longitud y se iban cerrando gradualmente, dando muerte a cuanta bestia les salía al paso. Las autoridades de la colonia daban premios de diez a veinte dólares en efectivo por las pieles de lobos, osos o panteras. Esto nos recuerda las partidas de caza en que la bestia era el indio y la piel su cabellera.

Este movimiento de la civilización, y el estado de cosas de la frontera, es la principal fase costumbrista de Cooper. Después de la lectura de las obras que tratan de Norteamérica, la fuerza individual de estos cuadros queda impresa en la imaginación del lector. El movimiento progresivo puede seguirse casi en línea recta hasta después de la independencia; pero la época colonial, sobre todo en sus principios, es la que sobresale con más vigor.

Mientras nos desplazamos por estos momentos de la formación colonial, tenemos que detenernos a contemplar una ocupación individual que tiene interés a la luz del elemento costumbrista. Antes de la revolución, la colonia de Nueva York reclamaba

a Connecticut como parte de sus límites orientales; pero muchos colonos de las regiones adyacentes se habían establecido allí ilegalmente y se habían hecho fuertes por su número y por su situación apartada. Durante la revolución eran favorables a la causa de la independencia si se les dejaba hacer las cosas a su manera, pues de lo contrario se declaraban neutrales. Al final del movimiento revolucionario los dirigentes de esta colonia coqueteaban con los ingleses con el fin de aprovechar hasta el máximo las ventajas de la tierra que ocupaban y que no les pertenecía.

Estos individuos formaban un grupo muy especial. Según ellos los propietarios de la tierra eran unos sinvergüenzas; pues los "squatters", o colonos intrusos, sólo reconocían como propiedad legal la que se obtenía mediante un trabajo intenso empleado en ella; esto es, el hecho de trabajar mucho en una parte determinada era suficiente para obtener derechos de propietario. Los "squatters" se dedicaban a talar árboles que no les pertenecían, los aserraban cuidadosamente y vendían la madera; mientras tanto cultivaban la tierra que iban despejando. Muchas veces estas familias iban haciendo de las suyas de un lugar a otro y defendían a tiros lo que no era suyo.

El conjunto de la población de las primeras colonias eran heterogéneos en origen. En 1709 un gran número de alemanes protestantes procedentes del Palatinado emigraron a América para escapar de las persecuciones religiosas y a la pobreza que las guerras de Louis XIV llevaron a la Alemania del Rin. Unos tres mil habitantes cruzaron el Atlántico en esta época y la mayoría de ellos se estableció en Pennsylvania; algunos en las márgenes del Hudson y otros en lo que se llamó "The German Flats". A orillas del Shoharie se formó en 1711 una colonia de estos trabajadores, a unas treinta millas al oeste de Albany, en un lugar salvaje al que sólo se podía ir siguiendo a pie los senderos de los indios. En 1741 se estableció una colonia de "Scotch-Irish" en el Cherry Valley; pero todos volvían los ojos hacia Albany en busca de subsistencias.

Al principio la mayoría de los colonos de Nueva York eran holandeses, pero el elemento inglés se fué infiltrando hasta llegar a ser el más numeroso. El elemento holandés jugó un papel muy importante en la formación de la ciudad. Los intercambios matrimoniales conservaron unidos a los dos elementos, por lo que al principio de la revolución las familias principales de Nueva York estuvieron en favor de la corona.

En algunas obras de Cooper notamos con agrado el ambiente holandés de esta ciudad. Muchos de los negros de esta parte de la colonia no hablaban inglés. Las aguas del Hudson y las de la bahía de Nueva York se veían surcadas por curiosas embarcaciones que parecían estar fuera de su medio. Había unos botes de fondo plano, largos y estrechos, al parecer incapacitados para navegar en las profundas aguas de América, pero que llevaban pasajeros de un lado al otro de la bahía.

La travesía era una aventura tal, que la mujer que la había hecho la consideraba como parte de los acontecimientos maravillosos de su vida. Para meternos todavía más en este aspecto típico del Nueva York de la segunda mitad del siglo dieciocho escucharemos a uno de los personajes de la obra "The Water-Witch":

"Its is useless to dispute with an obstinate man, 'muttered the alderman, making his way through vegetable baskets, buttertubs, and all the garniture

of a market boat... (The Water-Witch. Ch. III).

"A cruise like this is a Sunday in my navigation; through I dare say you took leave of the wife, blessed the children, overhauled the will, and sent to ask a good word from the priest, before you came aboard". (The Water-Witch. Ch. III).

La ancha avenida donde vivía Oloff Van Staats media unas cien yardas de longitud. Por un lado terminaba en una fortaleza y por el otro estaba atravesada por una empalizada que se llamaba "los muros de la ciudad"; una defensa necesaria contra los ataques repentinos del pielroja, que en aquellos tiempos habitaba los condados del sur de la colonia.

"A deep narrok creek penetrated the island at this point... Each of its banks had a row of buildings, as the houses line a canal in the cities of Holland... (The Water-Witch. Ch. I).

"The houses were ultra-Dutch, being low, angular, fastidiously neat, and all erected with gables to the street. Each had its ugly and inconvenient entrance, termed a stoop, its vane or weather cock, its dormer windows, and its graduated battlement-walls...". (The Water-Witch. Ch. I).

Los grandes propietarios de Nueva York eran holandeses. No era gente de muchos estudios, y tenían tal desconfianza a las escuelas inglesas, que no permitían que sus hijos estudiaran en ellas. No querían mandarlos a Inglaterra, pues creían que Oxford y Cambridge no podían compararse con Leiden. Los educaban a su manera, sin necesidad de que salieran de la colonia, ni de concurrir a los cursos de las universidades inglesas de ésta; pero les daban una educación magnífica en cuanto a probidad. Los hijos de los colonos ingleses iban a estudiar a Inglaterra o bien se quedaban a estudiar en Harvard, Yale o Princeton. A los dieciocho años de edad terminaban sus estudios y se consideraban educados y con cierta categoría. Algunos graduados de estas escuelas o de los que habían ido a Inglaterra obtenían puestos de maestros en las aldeas del interior; pero entonces los holandeses sacaban a sus hijos de las escuelas.

En "The Pathfinder" Cooper nos dice refiriéndose a la heroína.

Although she could scarcely be said to be educated at all, for few of her sex, at that day, and in this country, received much more than the rudiments of plain English...". (The Pathfinder.. Ch. VIII).

En "The Spy" tenemos el caso de un inglés que se estableció permanentemente en América y que mandó a su hijo a Inglaterra para que estudiara allí. Después de sacar el título se quedó un tiempo para disfrutar de las ventajas sociales europeas. La muerte del padre le hizo regresar a la colonia donde heredó un nombre honorable y una amplia propiedad. Se casó y tuvo un hijo. Varios años después, siguiendo la costumbre de la época, este hijo debía entrar a la marina o al ejército ingleses; pues esto era un paso indispensable para adquirir distinción; paso que, como ya hemos visto, también siguió Cooper con los mismos fines.

Era común que los veteranos hicieran a un lado la espada para ocupar algún puesto administrativo o judicial de la colonia. En ninguna parte persistieron con

tanta fuerza los modales aristocráticos y las nociones distintivas de sangre y descendencia al estilo inglés, como en cierto círculo que había en la vecindad de la metrópoli de Nueva York.

El ambiente holandés se mueve vivamente en algunas de las obras de Cooper y la alegría de los holandeses se pone de manifiesto. Cuando bautizaban a un niño, emparedaban detrás de la chimenea seis docenas de botellas de buen vino, que luego se bebería en los funerales del bautizado.

Cuando el "Patroon", especie de señor feudal, pasaba en su carruaje por algún pueblo, los niños, los negros y algunos comerciantes salían a verlo; pues esto se consideraba bueno para los pequeños, ya que así "veían un poco de mundo" y aprendían a honrar a sus mayores.

Durante el invierno los jóvenes holandeses de Nueva York y de Albany, aún los de dieciocho y veinte años de edad, se divertían echándose por las cuestas con sus trineos de mano. Sobrios y callados como eran los holandeses, cuando empezaban a divertirse se volvían todo lo contrario. Tenían la costumbre de meterse en los gallineros ajenos y llevarse las aves que luego se comían en alegre fiesta. En la novela "Satanstoe" vemos como Ten Eyck y sus amigos se roban graciosamente la comida del alcalde de Albany. Había ocasiones en que una cena cambiaba de dueño dos o tres veces antes de que se la comieran .

En las tardes salían a divertirse en el Hudson. Sobre los hielos del río se hacía como una pequeña fiesta con el continuo ir y venir de los trineos, las risas de las muchachas, las campanillas que colgaban de los aparejos de los caballos y la animación general. Los trineos eran grises o azules por fuera y rojos por dentro. Tenían el suelo cubierto con piel de búfalo y, por atrás, las pieles de oso protegían del viento y colgaban un poco en señal de distinción. Los caballos eran de pura sangre holandesa y estaban adornados con brillantes placas de metales ligeros. Cuando las nieves del invierno ya habían desaparecido, los habitantes de Albany aún se divertían en el Hudson y la fiesta continuaban hasta que el río empezaba a deshelerse. Al sur de Albany las orillas están en pendiente. Varias montañas forman las bordas del río; pero al norte de la ciudad no existía esta protección. Varios afluentes caudalosos se unían al Hudson en esta parte y los deshielos eran peligrosos. Muchas veces se producían inundaciones que arrastraban todo lo que encontraban a su paso. Tanta era la afluencia que recibía esta arteria fluvial que, a menudo, a la altura de Nueva York, el agua aún era dulce.

En 1851 Nueva York tenía doce mil habitantes, con todo y los negros, y en 1757 ya era un lugar magnífico para el comercio y el tráfico marítimo. Alrededor de esta fecha acompañamos a los personajes centrales de "Satanstoe" a un festival de los negros. Se han levantado temprano y por las calles se oyen los gritos de los vendedores ambulantes, negros que van cargando cubos y que anuncian su mercancía con el nombre de "white wine" Lo venden al económico precio de un centavo el trago; pero sólo el forastero se engaña, pues todos saben que es "butter-milk", una leche espera y amarga, buena para la salud, que en realidad es el suero que queda después de hacer la mantequilla.

Según Cooper, esta fiesta de los negros, que se conocía con el nombre de "Pinkster", era más alegre en Alabny que en Nueva York. Duraba tres días. Los blancos paseaban por el lugar del festejo y se entretenían observando la manera ruidosa en que los negros se divertían. Había varios juegos; tocaban banjos; hacían bailes; cantaban canciones africanas y bebían y reían de una manera alarmante, aunque no llegaban a emborracharse. (En esos días era muy raro ver a un negro borracho). En general la fiesta parecía una feria, pero tenía el distintivo de su ambiente africano. Con el fin de hacerla más real, en esta ocasión habían traído un león que exhibían en una jaula, y cobraban cierta cantidad por las entradas.

El negro de las novelas de Cooper es un personaje amable que ríe con facilidad. A veces se halla contrastado con el indio pielroja; pero el cuadro que nuestro autor presenta hace del holandés un amo cariñoso y considerado. Los esclavos que sufrían en las plantaciones no se mencionan, mas el negro de Nueva York sí recibe un trazo ligero. En ese lugar no eran muchos los que trabajaban en el campo de sol a sol. El lugar principal del negro era el servicio doméstico y, cuando trabajaba en el campo, lo hacía al lado del dueño, con tanto derecho a opinar como éste. Los holandeses trataban al negro con mucha amabilidad y, cuando los hijos del señor llegaban a la edad de seis u ocho años, cada uno de ellos recibía un esclavo de la misma edad y sexo. Desde ese momento los intereses de los dos niños quedaban ligados fuertemente, con la necesaria intimidad y distancia, por el resto de sus vidas. A veces se separaban, pero esto era muy raro y sólo sucedía en casos de mal comportamiento, que tanto podía ser de uno como del otro. Cuando un negro se portaba verdaderamente mal lo mandaban a trabajar a las plantaciones de caña, donde el trabajo era bastante castigo.

Cooper nos presenta a los negros alegres, con una extraordinaria aptitud para amar. Se reían y demostraban su alegría en forma ruidosa, aunque también demostraban la pena de igual modo. Se encariñaban fácilmente con sus amos y, cualesquiera que fueran sus faltas, su corazón era siempre afectuoso.

Los viejos negros de Nueva York se identificaban con la familia a que pertenecían y en la que generalmente nacían. Al principio ellos se llamaban entre sí "niggers", como queriendo decir "caballero de color". Sus amos también los llamaban así, pero este término dejó de usarse entre los negros y, posteriormente adquirió el sentido peyorativo que hasta la fecha tiene.

La liberación de los esclavos fué gradual. Cuando la opinión pública estaba decididamente en favor de la abolición, surgió la costumbre de comprar los servicios de los negros por seis u ocho años, con la condición de liberarlos después de este tiempo. Según Cooper una nueva ley dictó que todos los nacidos después de una fecha determinada deberían ser liberados incondicionalmente —el hombre a los veintiún años de edad y la mujer a los veinticinco. Se obligó a que el amo les enseñara a leer y a escribir antes de que cumplieran dieciocho años y, finalmente, los pocos que quedaban fueron liberados en 1826. Muchos de ellos, sin embargo, preferían seguir al servicio de sus amos y consideraban que era una crueldad que éstos se deshicieran de ellos. Para Cooper esta actitud del negro se basaba más en el cariño que tenían a sus amos que en el no poder valerse por sí mismos; aunque Cooper dice que una de las desventajas de la esclavitud es que el individuo pierde todas las características del hombre

libre, en el sentido de que queda casi imposibilitado para ser un ciudadano de provecho.

Este estudio del elemento costumbrista en las obras de Cooper estaría incompleto si no hiciéramos mención del movimiento militar que, a momentos interrumpía la tranquilidad de la colonia. En la primera década de la segunda mitad del siglo dieciocho, los soldados del ejército inglés daban un toque pintoresco a las ciudades principales. Los vemos asistir a las fiestas de las familias más distinguidas y también los vemos representar algunas obras inglesas en el teatro neoyorquino. Cooper aprovecha esta oportunidad para darnos un cuadro completo del ambiente y también del público que presencia la función.

Cuando llega el momento de ponerse en movimiento, acompañamos a las tropas hasta el frente de batalla. En "The Last of the Mohicans" se citan algunas de las dificultades que los ejércitos europeos tuvieron que vencer, o bien acostumbrarse a ellas, antes de poder llevar al cabo sus belicosos fines. Las barreras naturales que presentaba el terreno fueron la primera dificultad. La forma de guerrear en aquel medio desconocido tuvo que aprenderse paulatinamente y con no pocas desilusiones; pero llegó el momento en que las frías y egoístas medidas políticas del europeo llegaron al rincón más apartado del continente.

Las aguas del lago Champlain se extendían desde la frontera del Canadá hasta muy adentro de la vecina provincia de Nueva York. Los franceses tuvieron que familiarizarse con el medio ambiente antes de adueñarse de estas partes y poder atacar a sus enemigos. Cerca de su extremo sur, el lago recibía las aguas puras del "Lac de Saint Sacrement" o, como lo llamaban los ingleses, Lake George. (Ambos substituyeron el nombre indígena de "Horican", El Rabo del Lago, que es lo que parece en el mapa).

En el fuerte que había al sur del Hudson se recibieron noticias de que los franceses estaban en movimiento por el Champlain con un ejército numeroso "como las hojas de los árboles". En el fuerte William Henry había muy pocos soldados para enfrentarse al formidable ejército de las huestes de Montcalm, mientras que en el fuerte Edwards había un general con más de cinco mil hombres. Entre ambos podrían haber reunido unos diez mil guerreros; pero se dedicaron a esperar al enemigo y mandaron al fuerte William Henry mil quinientos hombres solamente. Los refuerzos no llegaron nunca, y Montcalm rindió el fuerte sin tomar las alturas que lo rodeaban. Cooper considera esto último como el mal de la época y como una consecuencia de la sencillez con que se hacían las guerras contra los indios, en las que la artillería era casi inútil. El descuido llegó hasta la época de la revolución y, según Cooper, esa fué la causa de que los Estados Unidos perdieran Ticonderoga y dejaran entrar a Burgoyne hasta el corazón del país.

"We look back at this ignorance or infatuation... with wonder, knowing that the neglect of an eminence... would at the present time, prove fatal to the reputation of the engineer who had planned the works at its base, or to that of the general whose lot it was to defend them". (The Last of the Mohicans. Ch. XV).

Montcalm consigue rendir a los del fuerte y les deja que se lleven las armas, el equipo, las banderas y todo lo que quisieran; esto es, les deja retirarse con honor, pero el fuerte tiene que ser destruido. Cuando los angloamericanos se retiraban, los indios

hurones empezaron a matarlos. El asunto adquirió las proporciones de una verdadera matanza, pero Montcalm no hizo nada para evitarlo, lo que Cooper considera una mancha indeleble en la carrera militar del jefe francés. Este episodio de la vida colonial norteamericana se vive con bastante fuerza en la obra de Cooper y se conoce como "The Massacre of William Henry".

Montcalm se adueñó también de la plaza de Ticonderoga y, en "Satanstoe", vemos al veterano Abercrombie que acaba de ponerse al mando del ejército inglés que ha de enfrentarse a los franceses. Varios grupos de colonos se sumaron a las fuerzas reales y algunos negros fueron contratados para la lucha. Al mando de uno de los regimientos estaba el brigadier "Lord Viscount Howe", quien, debido a su reputación y a sus servicios profesionales, era muy querido por todo el ejército y también por los colonos. Las tropas coloniales estaban dirigidas por audaces labradores acomodados, de mérito militar, ya que en las colonias no se hacía ninguna distinción de nacimiento ni de sangre. Eran tan buenos guerreros como los ingleses, sin embargo de ello, los europeos veían con malos ojos que los yanquis les ayudaran, pues no creían tener nada en común y sí se consideraban superiores a éstos.

Según Cooper las fuerzas de Abercrombie eran las más numerosas que tuvo la colonia; unos diez mil hombres. Siguiendo las indicaciones de un magnífico guerrero indio, contemplamos desde las alturas el campamento de la tropa y, a la luz de un maravilloso amanecer, las aguas del lago George se ven surcadas por mil embarcaciones que navegan hacia Ticonderoga. De todas partes llegan colonos que vienen a engrosar las filas del ejército inglés, pero los jefes británicos no supieron aprovechar las fuerzas de que disponían. En primer término, Cooper señala como error el que no aceptaran guías nativos, pues las columnas se confundían entre sí y no podían conservar el orden de ataque, debido a su completa ignorancia del terreno en que se movían. En segundo lugar Abercrombie no entendía a los americanos, no conocía su efectiva forma de luchar, ni tampoco la manera más eficaz de hacerlo en tierras de América. Por último, señala nuestro autor que al no utilizar la artillería cometieron el error más grave.

Desafortunadamente Lord Howe, que era el que mejor conocía como se luchaba en América, murió en la primera refriega, en realidad, antes de que se hubiera iniciado el conflicto. La primera reacción fué buscar la venganza y los ingleses vencieron al enemigo que tenían delante; pero al llegar a las fortificaciones, el ejército británico se vino abajo después de repetidos ataques. La derrota fué vergonzosa. Cooper describe magistralmente estos ataques al fuerte y nos obliga a respirar el humo de la pólvora; después nos hace sentir la angustia de la dolorosa derrota mientras nos retiramos sobre las tranquilas aguas del lago.

Montcalm murió heroicamente en las llanuras de Abraham y, aunque la historia la considera héroe, Cooper asegura que le faltaba la calidad humana sin la cual nadie puede ser grande. Añade que los principios humanos son muy superiores a la política que puede seguir cualquier individuo y que Montcalm era grande en los detalles sin importancia; tales como la generosidad de sentimientos, gran cortesía y valor caballeresco, pero que era egoísta ciego que nunca sacó la cara para defender los principios humanos fundamentales. Luego nos dice Cooper que a Montcalm se le llamó Louis de Saint Véran y que se le recuerda como un galante defensor de su

patria; aunque su cruel e inhumana apatía a orillas del Oswego sea desconocida para el mundo.

Hay un aspecto costumbrista que Cooper usa varias veces en sus obras. Sabemos, además, que en su vida siempre dió importancia a este pequeño placer. Nos referimos a la comida, de la que habla siempre con gusto especial. Hemos dicho que durante la estancia de Cooper en Italia fué vecino temporal del "curato" de la iglesia de San Illario. Solía hablar con él sobre el clima y las cosechas. De la propia mano del autor sabemos lo que dijo con relación a unas higueras que tenía el reverendo padre.

"The old man has some excellent figs, and our cook, having discovered it, lays his trees under contribution. And here I will record what I conceive to be the very perfection of epicurism, or rather of taste, in the matter of eating. A single fresh fig, as a corrective after the soup, I hold to be one of the sublime touches of art that are oftener discovered by accident than by investigation of science. I do not mean that I have even the equivocal merit of this accidental discovery, for I was told the secret, and French ingenuity had come pretty near it already in the way of melons. But no such is like a fig; nor will a French fig, certainly not a Paris fig, answer the purpose at all. It must be such a fig as one gets in Italy. After communicating this improvement on human happiness; let me add that it is almost destructive of the pleasure derived from the first to take a second. One small, green-coated, fresh fig is the precise point of gastronomic felicity in this respect". (The Water-Witch. Introduction).

En la introducción al "Deerslayer" nos enteramos de que todos los veranos Cooper hacía dos o tres fiestas en la Punta. Rodeado de amigos y de familiares, se paseaba por la orilla del lago y muchas veces recordaba sus aficiones de marino, ya remando, ya izando la vela de su pequeña embarcación. En estas ocasiones él era siempre el cocinero y, según nos dice su hija, hacía un rancho maravilloso.

"Not content with planning and directing, he mixed the mysterious compound himself, built up the gypsy fire, poured over the brewing in the great black pot, not unlike a witch's cauldron, stirring and skimming, peppering and salting, all at the right moment... a failure in the chowder was unknown". (The Deerslayer. Introduction).

En una de estas ocasiones había amigos que venían de muy lejos y entre ellos varios diplomáticos y militares. Esa vez temía que su reputación de buen cocinero le fallara y, cuando ya había añadido el último vaso de vino, llamó a sus amigos y les dió a probar, pidiéndoles al mismo tiempo con franco orgullo su opinión imparcial. La unanimidad favorable fué decisiva y, tanto el entusiasmo, que se le paseó en hombros por todo el lugar, tras él la olla seguida de una comitiva que la aclamaba agitando sombreros, velos y pañuelos en su honor.

Gracias a su afición por la gastronomía Cooper nos ha dejado algunos cuadros interesantes que vale la pena mencionar por su valor a la luz del elemento costumbrista.

En "Satanstoe" nos dice que antes de sentarse a la mesa todo el mundo se vestía adecuadamente. El uniforme de los soldados ingleses era pasaporte para cualquier

ocasión de éstas. Entraban al comedor por parejas y de acuerdo con cierta gradación. La señora de la casa iba primero, tal vez acompañada del invitado de honor, y luego seguían los demás en orden de importancia. La mesa estaba bien servida y con abundante comida, lo que era peculiar de Nueva York. Después de la comida se quitaba el mantel y se pasaba la fruta, los pasteles y el vino. Era el momento de la alegría y de los brindis. Todos los comensales estaban obligados a expresar sus sentimientos o a brindar, uno por uno, por alguien que no estuviera presente. Era más regular hacer los brindis después de la cena que después de la comida; los solteros no brindaban por las casadas, ni éstas podían recordar el nombre de ningún soltero. Tampoco era costumbre que dos de la misma familia brindaran consecutivamente. No se podía brindar por ninguno de los presentes, como ya se dijo, y se hacía alternando en la siguiente forma: el que brindaba, si era hombre, pedía el brindis de alguna de las invitadas y ésta, a su vez, hacía lo mismo con alguno de los invitados.

De la novela "The Pathfinder" podemos sacar un detalle más, relacionado con este tema. Cooper nos da una idea de la clase de comida que podía conseguirse en América. Nos dice que el río estaba lleno de peces de todas clases, entre ellos el "bass", lobina o róbalo, y que el pescador no tenía más que echar el anzuelo para sacar uno de estos peces. Había salmón en los lagos, casi tan bueno como el del norte de Europa. Abundaban las aves de paso, que en su época llenaban los lagos y los bosques. Las bahías de estos mares internos se cubrían con millares de patos y de gansos. Se podía cazar osos, ciervos, ardillas y muchos otros cuadrúpedos, entre los cuales solían encontrarse alces y antas. Todo esto, que no se escatimaba, llegó a cansar hasta al ejército. Platos que hubieran sido el orgullo de la cocina de París, como carne de venado, pichones, salmón y otros, se cambiaban por carne salada de cerdo, nabos, col medio cocida, etc.

En la obra "Wyandotté" Cooper expresa su entusiasmo por el desayuno americano y asegura que no hay igual en el mundo. Francia puede presentar un "dejeuner à la fourchette" planeado científicamente; Inglaterra se ha esforzado en ponderosas imitaciones; pero, para espontaneidad, superabundancia, pureza, naturalidad, suficiencia y completa subyugación, no hay nada como el desayuno americano en una casa de campo de las de la clase superior, donde se tiene el "ne plus ultra" en desayunos. Se sirve té, chocolate y café, los dos primeros excelentes y el último bastante bueno; jamón, pescado, huevos, tostadas, pasteles, panecillos, mermelada, mantequilla, etc., etc., "juntos en una confusión generosa", y el invitado se hallaba perdido sin saber por donde empezar.

En "The Spy", después de una batalla sin cuartel, prisioneros y vencedores distinguidos entran en la casa del señor Wharton a comer. Cooper olvida todo por un momento con tal de dar un clásico cuadro costumbrista. Veamos una idea aproximada: Primero aparece el negro César con un pavo, luego el ayudante de Lawton con un jamón, sigue el asistente del coronel Wellmere con fricasé de pollo y unas empanadas de ostras, a continuación aparece el ayudante del doctor Sitgreaves con una sopera grande que humea y le empañía los lentes, por lo que tiene que dejarla en el suelo para quitarse los lentes y así poder seguir con su carga, después viene el ayudante del capitán Singleton con dos patos asados, y la retaguardia la cubre un muchacho blanco que trabajaba en la casa y que lleva varios platos de vegetales.

Toda esta procesión se repitió dos veces y así se llenó la mesa de pichones, codornices, filetes de pescado, róbalo, chochas, y, en el tercer desfile de la caravana, patatas, cebollas, ensalada fría de col, arroz, "...and all the minutiae of a good dinner". (The Spy. Ch. XIII).

Una vez servida la mesa, las mujeres se retiraron y volvieron poco después ya arregladas para la comida. La señorita Peyton llevaba una boina que tenía por delante un ribete ancho de listón y, cerca de la frente, lucía un pequeño ramo de flores artificiales. El color del pelo había desaparecido casi por completo bajo el polvo que se había puesto, (era costumbre ponerse un polvo blanco en la cabeza). Llevaba un vestido de rica seda gruesa de color violeta, bastante escotado, con un refuerzo o pieza para el vientre, del mismo color y material que el vestido, lo que le ajustaba desde los hombros hasta la cintura, señalando el proporcionado contorno de las formas. De la cintura abajo el vestido era lleno y llevaba un arco pequeño que lo extendía y le daba majestuosidad a la figura. Las mangas eran cortas y estrechas, se ensanchaban en el codo haciendo varios pliegues y se cerraban con tres lazos de Dresden que estaban en hilera de arriba a abajo. Los zapatos, también del mismo material que el vestido, eran de tacón de más de una pulgada de alto. Llevaba un collar triple de perlas grandes que en vez de colgar estaba casi ajustado al cuello. Un pañuelo de encaje cubría lo que la seda no tapaba, pero que la experiencia de cuarenta años aconsejaba no enseñar.

Las muchachas salieron vestidas más o menos de la misma manera. Tenían al descubierto los hombros y la parte superior del busto. Algunas de ellas no llevaban ningún adorno en la cabeza, ni siquiera el polvo blanco a que nos hemos referido. Cada caballero tomó del brazo a una dama y fueron desfilando al comedor. Desde luego que no faltó el vino de Madeira, tal vez el favorito de Cooper, ni tampoco la fruta, las pastas y los brindis.

En los meses calurosos, y cuando se comía en el campo, se solía tomar el postre y el vino fuera de la casa, a la sombra de los árboles. Cooper toca estos asuntos gastronómicos en varias de sus obras. En "The Pioneers", ya en la América independiente, nos sentamos a una mesa igualmente abundante. Tenemos delante dos pavos, fricasé de ardilla, carne de oso y de venado, pescado, vegetales, confituras, pasteles, vino, etc., etc. En "Afloat and Ashore", últimos años del siglo dieciocho, presenciábamos una cena con los brindis acostumbrados. Según Cooper esa costumbre aún se seguía en 1842. En "Home as Found" participamos en la costumbre inglesa de quedarse de sobremesa discutiendo el contenido de algunas botellas hasta que se acabada el tema en cuestión; aunque Cooper aprovecha la oportunidad para decir:

"...Mr. Effingham having dropped into the old custom of sitting at table until summoned to the drawing room, a usage that continues to exist in America for a reason no better than the fact that it continues to exist in England; it being almost certain that it will cease in New York, the season after it is known to have ceased in London". (Home as Found. Ch. II).

En la obra "Crater" nos dice que el ron se usaba mucho más que el coñac.

"...every dinner table that had the smallest pretention to be above that of the mere laboring man, had at least a bottle of these liquors on it". (The Crater. Ch. III).

En "The Red Skins", y ya estamos a mediados del siglo diecinueve, Cooper nos dice, al señalar algunas diferencias entre la cocina de Nueva Inglaterra y la de los "Middle States", que ésta era inglesa en el mejor de los sentidos.

"meaning the hearty, substantial, savory dishes of the English in their true domestic life, with their roast-beef under done, their beef-stakes done to a turn, their chops full of gravy, their mutton-broth, legs of mutton...".
(The Redskins. Ch. I).

y haciendo a un lado la cocina holandesa, también tenían algunos platillos americanos, como

"...canvas-backs, reed-birds, sheeps-head, shad, black fish, clam soup, hard small clam, boiled fowl, with a delicate bit of shoat-pork alongside of it". (The Redskins. Ch. I).

Tal vez valga la pena añadir que la hospitalidad americana recibía siempre con agrado a los parientes o a las visitas que llegaban inesperadamente. No era necesario avisar con dos días de anticipación, como se hacía en Inglaterra, pues, en este aspecto, el americano era como los campesinos, que siempre se alegran de recibir a sus familiares y amigos.

Ya se dijo antes, al tratar de la biografía de Cooper, que el principio de la guerra de independencia puede volver a vivirse históricamente en las páginas de la obra "Lionel Lincoln". La ciudad de Boston, quieta y sucia, duerme día y noche durante la época de la prohibición. Los habitantes se mueven solitariamente por estrechísimas calles, mientras que en las anchas repercute el eco de la bota militar británica, rompiendo de tarde en tarde el silencio desértico que invade la ciudad. El pueblo se reúne en señal de protesta. El ejército inglés sigue cometiendo abusos e injusticias, y, mientras hace de las suyas ruidosamente, alimenta el odio en el pecho de los habitantes. El sitio prolongado de la ciudad ha llevado la pobreza y la miseria a los que aún moran en ese ambiente de opresión. La tensión aumenta y, después de una marcha forzada, el ejército europeo inicia las hostilidades. La batalla de Lexington ha comenzado. Los americanos atacan al enemigo que va de regreso a Boston. Desde las márgenes del bosque que se extiende a ambos lados del camino, disparan sus armas de caza para diezmar el destacamento.

Una vez empezado el conflicto, todo el pueblo entra en actividad. Las carreteras que convergen en Boston se han transformado en interminables hileras de carros que llevan los enseres bélicos y los abastecimientos de que se disponía. De la noche a la mañana se han levantado parapetos en las alturas. La batalla de Bunker Hill está descrita con gran realismo. El encono de la lucha nos entusiasma. Los ingleses pasan de sitiadores a sitiados y, finalmente, tienen que retirarse por mar, abandonando así la ciudad, y recuperándola los americanos sin disparar un solo tiro en sus calles.

Este cuadro, que es más histórico que de costumbre, renace en "The Spy" ya en una etapa más avanzada de la lucha. Los momentos costumbristas son más frecuentes en esta obra, aunque el historicismo de sus páginas también tiene importancia. Varias de las familias principales de la colonia permanecieron en su lugar natal para cuidar prudentemente sus grandes posesiones y, tal vez, influidos por el cariño

al lugar donde pasaron su niñez y su juventud. Así se formó una especie de zona neutral que los ingleses acostumbraban visitar menospreciando el poder y el valor de los americanos. Esta zona neutral era muchas veces escenario de batallas como las descritas por Cooper. La caballería adquiere importancia. La americana se había formado con hombres del sur que eran jinetes desde niños; tenían muy buenos caballos de Virginia, bien alimentados y tan bien adiestrados para la guerra que superaron a la caballería inglesa.

Del lado de los americanos se formaron guerrillas que bajo el pretexto de patriotismo y libertad se dedicaron a robar descaradamente. Como las autoridades no podían dirigirlos, los "skinnners", nombre genérico de estos grupos, saquearon a los que no se habían declarado abiertamente enemigos de Inglaterra. Solían apartarse del ejército liberal para cometer sus fechorías con más tranquilidad; aunque a veces contaban con la ayuda de algún jefe militar que daba validez legal a estos actos. Se escondían y aparecían como fantasmas del mal, protegidos por la sombra de la noche. Eran sanguinarios, llenos de ambición; su rapifía se extendió por estas zonas neutrales sin que nadie pudiera castigarlos. Los ingleses también contaban con un grupo similar, los "cow-boys" cuyas actividades eran del mismo tipo que las descritas.

También el pueblo se apoyaba en tonterías para adueñarse de los bienes ajenos o bien obtenerlos a bajo precio. Los propietarios de los terrenos que quedaban entre los dos ejércitos abandonaron el cultivo de la tierra, pues la primera partida que se acercaba por allí se llevaba todo lo que encontraba. Sólo los que estaban bastante cerca de amigos, como para sentir la seguridad de que no corrían peligro sus posesiones, obtenían cosechas que les traían ganancias imprevistas; sobre todo si podían venderlas al ejército inglés.

En "The Chainbearer" los campesinos quieren aprovecharse de la tierra de sus patrones pretextando que el padre de éstos, en su testamento, había dispuesto que el hijo fuera partidario del rey y aquél no lo era. Los trabajadores deseaban que los propietarios no respaldaran la causa de la independencia, para así tener una razón en que apoyarse y quitarles la tierra.

Cuando se hicieron los regimientos americanos, se daba un cargo especial al que se alistaba llevando algunos compañeros. Ningún joven se distinguió en la revolución debido a que el pueblo insistía en que todos fueran prudentes y circunspectos. El país era pobre y se luchó sólo en defensa de principios. Al terminar la guerra subieron de rango a todos los soldados, pero sólo de una manera honoraria y sin sueldo. Los veteranos no recibieron recompensas materiales, aunque después se procuró pensionarlos. Los dos primeros años de vida independiente fueron de gran depresión económica, pero el país se recuperó por su propia vitalidad y recurriendo a la tierra como mejor forma de resolver el problema. La formación de nuevas colonias era el deseo universal. En las tabernas sólo se conseguía ron, patata y carne de puerco. Tal fué la pobreza americana en 1784; pero hay que recordar que en las épocas de caza y de pesca podía encontrarse carne de venado, aves y pescado. Con todo la base de la alimentación era la carne de puerco y el maíz.

En una ocasión Cooper nos lleva a una colina donde abundan las palomas, tantas, que su revoloteo entre los árboles es impresionante. Se podían coger con am-

bas manos, si bien se necesitaba para ello una gran presencia de ánimo y un poco de adiestramiento. Según nuestro autor, en aquel lugar había más de dos millones de estos animales.

Adentrándose en la selva se veían de trecho en trecho algunos claros que parecían incrustados en el bosque. Enfrente de unas cuantas casitas corrían semidesnudos los niños. El ganado pastaba a su antojo. No se veía ningún hombre hasta que era hora de que regresaran del bosque.

Enormes extensiones, cuyos dueños no podían cuidar adecuadamente y mucho menos vivir cerca de ellas, fueron una de las tentaciones que originaron el oficio de "squatter", o colono intruso, al que ya nos hemos referido. Muchas de las aldeas fronterizas no lo eran geográficamente. El nombre provenía de la proximidad a la selva deshabitada y del grado de adelanto que hubieran adquirido.

Había también ladrones de ovejas, a quienes al principio ataban a un poste de la plaza pública y los azotaban como castigo. Esta costumbre fué desapareciendo porque se considera cruel; sin embargo de ello, Cooper la aprobaba. Dice que era la forma más efectiva y más barata de castigarlos. Aseguraba que las generaciones que siguieran sufrirían por este error de los pseudo filántropos. Esta opinión de Cooper llegó a confirmarse. La cárcel dejó de ser castigo para los malhechores, pues los pleitos judiciales se demoraban mucho; sobre todo si el acusado tenía dinero y encontraba un abogado hábil. Dadas las circunstancias, pocos eran los que recurrían a la ley en busca de justicia. Así pues, era necesario, primero, afianzar la seguridad social y, luego, ser todo lo filántropo que se quisiera.

Los viajes se hacían a caballo. Las posadas donde se detenían los viajeros eran incómodas e insuficientes. Se solía bailar en ellas al compás de alguna música de viento. Cuando las carreteras lo permitían se viajaba en carruajes especiales, pero no era raro ver que las muñachas montaran sin silla, ya a caballo, ya sobre algún buey manso.

Durante la revolución y los primeros veinte años que siguieron a ella, la educación decayó mucho. Los maestros europeos ya no iban a América. El público en general sufrió un atraso que les hizo perder todo lo que habían logrado en este sentido medio siglo antes de la guerra de independencia. El mal fué remediándose poco a poco, siguiéndose el principio de enseñar poco a muchos y no mucho a pocos.

Siendo los novoiñgleses los más favorecidos en este aspecto y, por lo tanto, los más cultos, no sobresalieron debido a su sentido práctico de la vida. Preguntones y curiosos, emigraron fácilmente y formaron varias colonias en el interior, contando siempre con el hacha americana, factor decisivo en la marcha hacia el progreso. Cooper menciona y da mucha importancia a este implemento, a cuyo paso nacía la civilización y empezaba a escribirse la historia.

Los sermones de los eclesiásticos olvidaron a la familia real para ocuparse del congreso. Las sectas religiosas pronto empezaron su lucha individualista y se multiplicarían sorprendentemente.

Los funerales iban acompañados de una larga procesión. En la fosa se leía alguna parte del misal o de la Biblia y, al retirarse, la procesión iba dejando en casa a los parientes del muerto. Las mujeres no asistían a los entierros.

El tiro al blanco con armas de fuego era bien acogido en el ambiente de aquellos días, sobre todo en las colonias del norte. Ya cercana la Navidad, algún negro libre ataba un pavo a uno de los troncos que quedaban arraigados a la tierra después de cortar los árboles y lo colocaba de manera que ofreciera un blanco difícil. A cien yardas de distancia y por veinticinco centavos, se tenía derecho a disparar una sola vez, llevándose al animal si se le tocaba. Los mejores tiradores del contorno se turnaban en la prueba. Los jovencuelos los rodeaban y, oyéndoles contar las hazañas de años anteriores, se creían ellos los realizadores de estas proezas. Cuando estos niños cumplían los catorce años de edad ya se hacían cargo de un rifle, pues la necesidad les obligaba a ello.

La gente que quería vivir sin restricciones erraba de un lugar a otro trabajando en las ocupaciones naturales de la estación del año, aunque para vivir sin trabajar sólo se necesitaba un rifle, municiones y un poco de valor para internarse en el bosque. Estos y muchos más cazadores que sentían la necesidad de apartarse de la civilización, recibieron el nombre de pioneros porque ésta les seguía los pasos. Cooper presenta un ejemplo magnífico del pionero en su personaje Natty Bumppo.

En la obra "The Pioneers" vemos cómo se saca la savia de los arces, se hierve sin dejar de agitarla constantemente y cuando adquiere consistencia de jarabe se calienta a fuego lento. De cuando en cuando se trasiega con un cucharón hasta que éste deje tras sí un fino hilo del contenido, indicación de que el azúcar empieza a granularse. Graduando el calor cuidadosamente se llega a la cristalización completa. Ya en este estado el azúcar se separa por medio de filtros de barro. Anunciada la primavera con esta actividad, el cielo se llenaba de palomas en tal forma que las cazaban tirando al aire sin apuntar.

En el verano la gente se dedicaba a la pesca. Con una sola redada sacaban grandes cantidades de peces. Algunos pescadores solitarios se valían del arpón, siguiendo al pez en una rápida canoa india. Cooper nos dice que tanto en la extracción del azúcar como en la caza y la pesca, se desperdiciaban lamentablemente los recursos naturales. Nos da ejemplos en que se cazan palomas hasta con un pequeño cañón cargado con metralla. En otro caso la pesca se amontona en las orillas del lago y la mayor parte se pierde porque no se puede consumir. En el caso de los arces, los mataban al hacer demasiado profundas las incisiones para sacar la savia. En fin, Cooper dice que esta actitud era bastante general y censurable en todos sus aspectos.

Nos hemos internado ya en la Norteamérica independiente. Como se dice al principio de este capítulo, ahora es un poco difícil seguir paso a paso la evolución formativa de los Estados Unidos. Las costumbres del pueblo americano ya no se presentan con la misma fuerza sugestiva que han tenido hasta aquí, ya que suelen usarse para ejemplificar las críticas del autor, o bien como base para éstas. Las escenas de la vida real y el habitual movimiento de la gente sólo se pueden captar cuando Cooper se zambulle con deleite en la marcha avasalladora de la civilización. No es difícil seguirle a la luz del aspecto costumbrista cuando se ocupa de la expansión hacia el oeste; pero si se detiene a novelar sobre la vida social o religiosa, es preciso entonces deducir nuestros propósitos. Nos es forzoso, por lo tanto, agrupar estos minutos costumbristas procurando no formar archipiélagos expositivos sin relación entre sí; pues la importancia secundaria de las costumbres de la época que queda por delante,

nos expone fácilmente a ello.

Antes de la independencia la parte habitada de la colonia de Nueva York no pasaba de un décimo de su extensión. Una estrecha faja de tierra a ambos lados del Hudson; cincuenta millas en el territorio del Mohawk; las islas de Nassau y Staten y unos cuantos establecimientos a lo largo de los ríos era todo lo que estaba habitado por unos doscientos mil colonos. Después de la independencia todo el pueblo empezó a interesarse en el desarrollo de las riquezas naturales que existían en sus extensos dominios. La benevolencia de las nuevas leyes y el interés común de prosperidad, produjeron la verdadera expansión hacia el oeste. La caza, que había disminuido notablemente en las partes habitadas, atrajo hacia el interior a los primeros pioneros que trazarían el camino para el avance de la civilización. Muchos de los habitantes fueron desplazándose hacia el oeste y, a su paso, la tierra era sometida a diversos procesos agrícolas. Cuando el fruto de estas tierras empezó a contar en los mercados, varias familias decidieron emigrar también hacia las nuevas tierras que tanto prometían para el futuro. En 1793 el comercio norteamericano ya estaba floreciendo. Filadelfia era la ciudad más importante del país y su comercio, principalmente con las Indias Orientales, iba en aumento progresivo. Los comerciantes acumulaban grandes fortunas con una rapidez asombrosa.

En el prefacio de "Afloat and Ashore" Cooper dice que el país había sufrido muchos cambios importantes desde principios del siglo. La novela se inicia en 1794. Muchos de estos cambios los considera plausibles; pero otros, hubiera preferido que no se hubieran presentado. Luego añade.

"The last is a fact that can be known to the generation which is coming into life by report only, and these pages may possibly throw some little light on both points, in presenting things as they were". (Afloat and Ashore Preface).

La población del país había ido en aumento. En 1800 había poco más de cinco millones. En 1831 la población de Nueva York ya era de dos millones y, en 1844, año en que se escribió la novela, el país ya contaba con dieciocho millones de habitantes. Aunque el aumento de la población no indique necesariamente un mejoramiento cultural, es lógico que se adelantara mucho en cuanto a las comodidades comunes.

"Such has been the result, and to those familiar with facts as they now exist, the difference will probably be apparent in these pages". (Afloat and Ashore. Preface).

La agricultura se transformó en una de las actividades principales y, junto con el comercio, fué la fuente esencial del progreso económico. A ambos lados del Hudson había numerosas haciendas, cada una con sus tierras repletas de plantíos. El grano y la harina se llevaban por el río a Nueva York, donde encontraban fácil venta. Había algunos barcos que surcaban el Hudson, destinados especialmente al transporte del producto agrícola. También había barcos de pasajeros. Nueva York aún no adquiría las características de una verdadera ciudad. Sus costumbres y manera de vivir denunciaban a la provincia; pero ya apuntaban varias distinciones sociales que acabarían formando una sociedad bien definida. El teatro capitalino se ve

muy concurrido y, los domingos, se va a los servicios religiosos en las mañanas y en las tardes.

En 1803 los viajeros tardaban tres días en ir de Clawbonny a Filadelfia, mientras que en 1844, que como hemos dicho es el año en que Cooper escribió "Afloat and Ashore", este viaje se hacía en doce o quince horas. Aunque admite que esos son adelantos de una civilización mejorada. Cooper añade:

"...and in all that relates to motion, and which falls short of luxury, or great personal comfort, this country takes a high place in the scale of nations. That it is much in arrears in other great essentials, however, particularly in what refers to tavern comforts, no man who is familiar with the better civilizations of Europe can deny. It is a singular fact that we have gone backward in this last particular within the century, and all owing to the increasing gregarious habits of the population". (Afloat and Ashore. Ch. XVIII).

El viaje de Nueva York a Albany por el Hudson era una de las notas típicas de la época. Cada semana salía un barco de vela, aunque había varios veleros particulares y muchas otras embarcaciones que hacían el trayecto. Solía tardarse una semana, pero a veces se alargaba a diez o quince días. En varias ocasiones tenían que anclar por falta de viento y no era raro que encallaran por algún descuido del timonel. Casi todos los marinos del Hudson eran holandeses. El espectáculo que formaban veinte o treinta balandros remontándose por el río era un cuadro pintoresco que armonizaba con las haciendas de los alrededores. Cada una de éstas tenía su embarcación propia y en ella llevaba fruta, trigo, heno y varias cosas más al mercado de Nueva York. Al regresar venían cargadas de tela, te, azúcar y otros productos europeos. Los muelles de Albany también estaban siempre en actividad. Los barcos mercantes zarpaban rumbo a Europa con las bodegas llenas de trigo.

Cooper había ido muchas veces de su casa a Albany y de aquí a Nueva York, siguiendo la ruta fluvial de que estamos hablando. En "Miles Wallingford", reproduce claramente estas ideas de su juventud y nos dice que cuando se veían obligados a anclar, los viajeros aprovechaban el descanso y, en las casas de campo que había a ambos lados del río, compraban fruta, mantequilla, huevos, jamones, aves en la época de caza, etc. Las familias de estas casas tenían esclavos negros a quienes trataban bien y con mucho cariño. Generalmente, y como ya se dijo antes, cada niño o niña de la familia recibían desde temprana edad un compañerito negro de su misma edad y sexo, que sería su amigo y sirviente durante toda la vida.

Muchas familias, entre ellas la de Cooper, alquilaban la cabina de algunas embarcaciones y disfrutaban del viaje de Nueva York a los manantiales de Saratoga. Estas aguas minerales eran frecuentadas por la gente elegante. Con todo, Cooper nos dice que el placer de estas travesías se perdió completamente cuando los barcos de vapor substituyeron a los de vela. Cuando éstos hacían perezosamente el recorrido, los pasajeros no se apresuraban para subir a bordo, con el único fin de ganar un minuto y medio, sino que mandaban el equipaje con anticipación y empleaban la mañana en que deseaban abordar la embarcación despidiéndose de sus amigos. Cuando iban hacia el barco lo hacían con la lentitud y comodidad de un caballero. Muchas veces, una vez a bordo, recibían la desagradable noticia de que no se zarparía hasta

el día siguiente.

"...there was no jostling of each other, no scrambling for places at table, no bolting of food, no impertinence manifested, no swearing about missing the eastern or southern boats, or Schenectady, or Saratoga, or Boston trains, on account of a screw being loose, nor any unseemingly manifestation that anybody was in a hurry. On the contrary, wine and fruit were provided, as if the travellers intended to enjoy themselves; and a journey in that day was a fiesta. No more embarked than could be accommodated; and the company being selected, the cabin was taken to the exclusion of all unwelcome intruders. Now the man who should order a bottle of wine to be placed at the side of his plate, would be stared at as a fool..." (Alfoat and Ashore. Ch. XXX).

Cooper nos lleva a una casa de las orillas del Hudson, construida en 1689. Era de un solo piso, bien ordenada y limpia. Su arquitectura, con el techo acabado en punta, anunciaba la mano de obra holandesa. En la parte posterior había una huerta muy bien cuidada y detrás de ésta unos cien árboles frutales que empezaban a dar su fruto. Cerca de la casa había seis cerezos grandes que la adornaban y le hacían sombra. Varios animales domésticos y algunas vacas ambulaban a corta distancia y, aunque el lugar no era de los grandes ni de los ricos, había unas "out-houses" o pequeñas casetas independientes donde se almacenaban los productos y otras cosas. A un lado del establo descansaba una "chaise" de las que se usaban en aquel tiempo.

Las casas de Albany eran de piedra, a diferencia de las de Nueva Inglaterra y las de los "Middle States" que eran de madera. La gente rica de Nueva York vivía en humildes casas de piedra, generalmente de un piso, pero que tenían todas las comodidades que se conocían. Más hacia el norte, los campesinos rara vez estaban satisfechos en este sentido, pues, aunque eran pobres, querían vivir en casas tan buenas como las de sus vecinos. Este deseo se extendió por el país, el cual se llenó de casas de madera que denotaban grandes pretensiones, quedando muchas de aquéllas sin terminar durante muchas generaciones. La condición de igualdad general a que se pretendía no permitía que nadie usara cosas o medios que indicaran pobreza, a no ser que fuera imposible evitarlo. Las apariencias cobraron mayor importancia que la realidad.

Cooper critica en muchas ocasiones la arquitectura americana:

"...most people think that the Grecian or Roman architecture, which is so much in use in America, would be more republican... ..at least for a country in which domestic architecture, as well as public architecture, is still in the chrysalis state... ..this is a land of shops and not of fabricants... ..we are consumers and not producers of works of art... ..things move on at so quick a pace in America, and popular feeling is so arbitrary, that a custom of twelve month's existence is deemed sacred, until the public itself sees fit to alter it". (Home as Found. Ch. XI).

Al principio la arquitectura americana "...made the architrave uphold the pillar, instead of the pillar the architrave..."* y añade Cooper que el gusto arquitectónico era muy vulgar. Toma como ejemplo la ciudad de Mahattan en 1850 y asegura que

* *The Redskins. Ch. VII.*

los ladrillos rojos, los paramentos de mármol y las persianas verdes hacían un contraste demasiado fuerte y monótono para que pudiera salir de lo vulgar. Con todo, en "The Ways of the Hour" dice que ya se había dado el primer paso para que la arquitectura americana saliera por fin de la vulgaridad, aunque no dice en qué consistía ese paso.

En 1802 las familias principales eran un resto de la aristocracia general que aún reinaba sobre los demás en dignidad. Los Winthrop, Morris, Livingston, De Lancey, Stuyvesant, Beekman, Van Rensselaer, Schuyler, Rutherford, Bayard, Watts, Van Cortland, Verplanck, Jones, Walton y varios más, se distinguían por su rancio abolengo.

Ya en 1803 las tierras "west of the Bridge" empezaron a contar en los mercados. Este Bridge era un puente como de una milla de longitud, que se hizo a la salida de uno de los lagos del oeste de Nueva York, el Cayuga, y era parte del camino directo a Buffalo.

"In 1803 this country was still in the palmy state of unsophistication. There were few, scarcely any, strolling players, and none but those who visited the cities, properly so called, enjoyed the opportunities of witnessing the wonders of paint, patch and candlelight, as auxiliaries to the other wonders of the stage". (Miles Wallingford. Ch. X).

"New York was comparatively small in 1804, and everybody knew almost everybody's face who was anybody". (Miles Wallingford. Ch. XXVI).

Mientras el este seguía su marcha progresiva, en el oeste acababan de abrirse innumerables avenidas para la empresa colonizadora de los norteamericanos. La prudencia oficial del español no permitió la entrada de los nuevos dueños hasta la primavera de 1804. Tan pronto como se reconoció al nuevo gobierno, los pioneros norteamericanos empezaron a meterse en estas partes. Las ventajas reales e imaginarias de las nuevas propiedades infundieron nuevos ánimos al espíritu colonizador. El fantasma de la esperanza y de la ambición produjo una afluencia rápida a estas vastas regiones. Se buscaban las minas del territorio virgen; pero la inmensa mayoría de los emigrantes se conformó con establecerse en las márgenes de los ríos, contentos con la riqueza que les proporcionaba el suelo aluvial.

Las llanuras eran de dos clases; las del este del Mississippi eran pequeñas en comparación y excesivamente fértiles, rodeadas siempre de bosques. Abundaban en los estados de Ohio, Illinois e Indiana. La falta de agua y de madera no fueron inconvenientes demasiado serios; pues los pozos eran buenos y había mucho carbón. El otro tipo de llanura estaba a unos cuantos centenares de millas al oeste del río. Se les llamó las Grandes Llanuras. Se parecían a las grandes estepas tártaras. La escasez de agua y de bosques no permitió el mantenimiento de una población densa, pues aunque había varios ríos, no tenían afluentes que fueran aprovechables, ni formaban las pequeñas arterias que tanto alivian los sufrimientos de los colonizadores, ayudando a la fertilidad y dando mayores comodidades. Lo mismo sucedió en las montañas rocosas cercanas al Pacífico, que aparecían como una barrera infranqueable para el paso del pueblo norteamericano hacia el oeste.

Los españoles que se habían quedado en la parte cedida a los Estados Unidos

tenían mucho cariño a su abolengo y daban mucha importancia a lo antiguo y a todo lo que había dado honor a ambas Españas. Los nuevos colonos, sin embargo, no daban importancia a estas cosas. Fueron recibidos sin recelo porque los españoles sabían que el cambio le selevaba de la condición de súbditos a la más envidiable de ciudadanos libres. Los nuevos gobernantes ejercieron sus funciones con discreción y ejercían su autoridad sin ofender. Los franceses intimaron muy pronto con los norteamericanos pero la confianza mútua entre éstos y los españoles se estableció más tarde, según Cooper, debido al sentido del honor y a las distinciones de rango que tenían los españoles. El católico y el protestante, el indolente y el activo, necesitaron tiempo para fundirse en la indisoluble unidad de una clase social definida. Las barreras del prejuicio y de la religión se rompieron con el poder irresistible del amor y, al poco tiempo, empezaron los matrimonios; cruces de sangre que iban cimentando la conjunción forzada que había traído la unión política a gente tan opuesta en costumbres, religión y opiniones. Al principio los padres de la iglesia católica procuraron convertir a los primeros emigrantes que llegaron a sus dominios pero más y más colonos fueron llegando y su número se impuso de manera decisiva en estas regiones, donde la fuerza era muchísimo mejor que el derecho, y donde la ley era tan poco conocida como necesaria.

Los aventureros blancos que se metían en las llanuras, ya fueran norteamericanos, ya cazadores semibárbaros del Canadá, contaban con un enemigo común, el indio. Había también lo que Cooper llamó "half-breeds", o mestizos, que se clasificaban entre los blancos y estaban esparcidos entre las tribus indígenas o hacían vida solitaria cerca de los pastores y de los búfalos. Los mestizos eran más peligrosos que los mismos indios, pues tenían mucho de la depravación de los civilizados y poco de las virtudes de los salvajes.

"It will be well to be ready for the worst, as the half-and-halves that one meets, in this distant districts, are altogether more barbarous than the real savage". (The Prairie. Ch. III).

La desconfianza hacia que los blancos se evitaban muchas veces, y algunas de las que se encontraron, "...jealousy and cupidity had caused them to terminate in scenes of the most violent and ruthless treachery". (The Prairie).

La carne de venado se substituyó por la de búfalo. Las manadas de estos animales ofrecían un grave peligro a los cazadores de las llanuras, quienes tuvieron que aprender la forma de defenderse contra las embestidas en masa. Los cazadores hacían barbacoa con las jorobas de estos toros, la que, según Cooper, era riquísima. El rabo del castor era el alimento más nutritivo.

Así pues, en el fondo de los Estados Unidos vivían al mismo tiempo el refinamiento y la barbarie. La riqueza, el lujo y las artes, empezaban a echar raíces en el este, señalando el acercamiento progresivo del país a la categoría de nación. Mientras tanto, en el oeste se repetía la historia que años antes se había vivido en los márgenes del Atlántico. Cooper nos dice que, en esa época, sólo en los Estados Unidos se podía encontrar una clase social que bien podía compararse con la que en un tiempo pavimentara el camino para el progreso intelectual de las naciones europeas. La semejanza que había entre los habitantes de la frontera norteamericana y los de las europeas era sorprendente, aunque no muy uniforme,

"...the one being above, the other beyond the reach of the law —brave, because they were inured to dangers— proud, because they were independent, and vindictive, because each was the avenger of his own wrongs. It would be unjust to the borderer to pursue the parallel any farther. He is irreligious, because he has inherited the knowledge that religion does not exist in forms, and his reason rejects mockery. He is not a knight, because he has not the power to bestow distinctions; and he has not the power, because he is the offspring and not the parent of a system". (The Prairie. Ch. VI).

El brazo de la ley se fué extendiendo lentamente por las praderas hasta que la paz llegó a aquellos lugares salvajes por donde, sin la debida protección, el hombre civilizado no se atrevía a viajar en 1807.

Cooper sitúa la novela "The Oak Openings" en Michigan, a orillas del Kalamazoo, cuando aún no había casas ni aserraderos, sino sólo la tienda india o alguna cabaña de aventureros blancos y de los que comerciaban con los indios. En esta parte de los Estados Unidos encontramos en 1812 a un cazador de abejas, ya nombrado en el capítulo del indio, que vagando por las llanuras en el mes de agosto, época propicia, se servía de un procedimiento ingenioso para adueñarse de la miel. Sus instrumentos de caza eran una tacita de hojalata donde guardaba un poco de miel, un plato de madera, un vaso de vidrio y un pedazo de panal de forma circular y de una pulgada y media de diámetro. Cuando llegaba al lugar donde las abejas revoloteaban entre las flores, el cazador ponía el pedazo de panal en el plato y llenaba con miel las celdillas hasta la mitad. Luego cazaba una abeja con el vaso y lo ponía boca abajo cubriendo el panal; lo tapaba con la gorra para que en la obscuridad la abeja no intentara escapar y, ya cargada de miel, la dejaba salir hacia su colmena. Repetía el experimento en varios lugares y siguiendo con sus prismáticos la línea de vuelo de los insectos, localizaba, cerca del punto de convergencia, el lugar donde debía buscar la miel.

Para encontrar el árbol de la colmena buscaba uno de tronco hueco, lo que adivinaba por las señales exteriores del decaimiento. En nuestro caso el cazador encontró un olmo a cuyo alrededor zumbaban muchas abejas a una altura de setenta pies. Tenía el tronco un agujero, que antes había sido nudo, y de él salían bandadas de estos insectos. Entonces se puso a tirar el árbol que contenía el fruto de varios años de trabajo. Al caer el árbol el cazador se retiró a buena distancia para evitar el ataque de las abejas, las que se reunieron en un árbol cercano y después regresaron a llevarse la miel. Valiéndose del fuego y del humo, el cazador aprovechó la oportunidad para matarlas. Después de dar una buena cantidad a sus acompañantes, él se llevó trescientas libras de miel. Guardaba el producto de sus cacerías en una cabaña bien protegida contra los hombres y los osos. Estos animales olían la miel a distancia y solían dar mucho trabajo al cazador cuando querían cargarla hasta la canoa que luego le llevaría a las aldeas a venderla.

En esta época los indios aún se valían de las guerras que sostenían los blancos y seguían su costumbre de matar niños y mujeres con el fin de exterminar a los americanos que les estaban quitando sus campos de caza. El cazador de abejas y sus amigos, como ya dijimos en el capítulo anterior, caen en una celada indígena; pero final-

mente los personajes principales logran escapar.

Volviendo una vez más a la civilización y adelantando el año a 1820, podemos observar la ocupación mixta de los habitantes de Long Island. Los campesinos trabajaban la tierra con tanto afán, que hoy nos resulta difícil imaginarlo. Todos ellos tenían botes adecuados para la pesca de la ballena y los manejaban como verdaderos marinos. Hasta los indios se hicieron expertos en este deporte. Se conserva un acuerdo efectuado entre un comerciante holandés y algunos indios; aunque este acuerdo es de 1668:

"April 2nd, 1668. Know all men by these presents yt wee, being Indians of Montauket, doe engage ourselves in a bond of ten pounds sterling for to goe to sea uppon ye account of killing whales this next ensuing season, beginning at ye 1st day of November next, ending ye first of April ensuing, and that for ye account of Jacobus Skallinger and his partners of Easthampton; and engage to attend diligently with all opportunitie for ye killing of whales, or other fish, for the summ of three shillings a day for every Indian; ye said Jacobus Skallinger and partners to furnish all necessary craft and convenient tackling for ye design". (The Sea Lions. Introduction).

Se llegaron a cazar ballenas en la costa de la isla. Esta ocupación llegó a ser tan importante que siempre había un vigia escudriñando el mar, listo para llamar a todos los campesinos cuando se presentara alguna ballena.

En "The Sea Lions" algunos labradores abandonan sus implementos de trabajo y se enlistan para formar la tripulación de un velero que va a salir hacia el polo sur. En total eran un capitán, el primero y el segundo de abordó, un carpintero, siete marinos, tres campesinos, un cocinero y un grumete. Ninguno de ellos era marino de profesión, pero no les arredraba embarcarse con rumbo a las partes más remotas del globo.

Ni los balleneros ni los fogueros pagaban salarios a sus marinos. Tanto dependía del esfuerzo de cada uno de ellos, que se acostumbraba darles un interés directo en el resultado de la empresa. El barco y el equipo se llevaban dos tercios de la carga y la tripulación se llevaba el otro.

Siguiendo este barco entramos en materia antes de que llegue a Río de Janeiro. Nos acercamos a un grupo de cetáceos que descansan apaciblemente sobre las olas y después de escoger a la más grande de las espermaceti, el arponero ejecuta su misión. Entonces el animal, como es costumbre al sentirse herido, corre con todas sus fuerzas hacia barlovento, arrastrando en su carrera al bote ballenero. Cuando se detiene, los marinos hacen uso de la lanza para darle la puntilla clavándola en los pulmones del cetáceo. Sigue la extracción del aceite, el cual se guarda en barriles de treinta galones de capacidad. De los ciento diecinueve barriles que se obtienen en este caso, cuarenta y cinco son de aceite de cabeza, que es el de mejor calidad. El precio en el mercado era de un dólar doce centavos y medio el galón, lo que daba un total de cuatro mil dieciséis dólares y veinticinco centavos.

Después del largo viaje llegamos a una isla del Polo Sur, donde abundan las focas. Observamos en detalle la manera en que se cazan y finalmente nos hallamos de regreso en Long Island con el barco lleno de pieles.

Con un poco de benevolencia de nuestra parte se podría decir que Cooper nos da en sus novelas sobre el mar una idea más o menos clara de los viajes de la época, además de presentarnos la verdadera situación de la marina mercante. En la obra "Homeward Bound" la travesía es de las más accidentadas. Sucede alrededor de 1830. Los pasajeros ocupan la parte del barco que se ha reservado y así se forman grupos que pertenecen a una misma clase social. El capitán los recibe cuando pisan cubierta y suele presentarlos cuando llegan al mismo tiempo.

Para Cooper cualquier momento es bueno para detallar asuntos gastronómicos. En medio de una furiosa tormenta el capitán del barco se dispone a comer tranquilamente y, aunque él va a ser el único comensal, la mesa está dispuesta con abundancia.

"Besides the usual solids of ham, corned-beef, and roasted shoat, there were carcasses of ducks, pickled-oysters —a delicacy almost peculiar to America— and all the minor condiments of olives, anchovies, dates, figs, almonds raisins, cold potatoes, and puddings. . .". (Homeward Bound. Ch. XII).

Por medio de otro aspecto de su crítica también nos deja ver las condiciones de las posadas de Nueva York en 1850. El viajero distinguido y de medios ya no tenía que compartir su cama con otra persona, aunque si se solía compartir el cuarto. Los pobres seguían durmiendo dos o tres en una cama, en un cuarto donde había varias camas más en las mismas condiciones. De aquí nació la costumbre de lo que se llamaba vulgarmente "horse-shedding", que se podría traducir libremente como "cambio de caballo", y que era un procedimiento ilegal para hacer cambiar de opinión a los testigos y jueces de un juicio o bien influir en su ánimo.

Las iglesias se sostenían por medio de las contribuciones de los fieles. En "The Redskins" (1845), los donativos eran de unos ciento cincuenta dólares al año. El dueño de la tierra contribuía anualmente con cien dólares más; la iglesia contaba con cincuenta acres de tierra laborable, un lotecito con árboles y el interés anual de un fondo de dos mil dólares. En total el párroco recibía unos quinientos dólares al año, tenía una casa cómoda, heno, madera, vegetales, pasto y algunas ventajas que le daba su pequeña cosecha; con todo, eran pocos los clérigos del país que estaban en estas condiciones, pues generalmente su situación era peor que la descrita.

En el campo se seguía la costumbre de guardar el "Sabbath" o domingo. Se suspendían las labores, se iba al servicio religioso y por todas partes reinaba una calma deliciosa que era el paraíso de los que buscaban descanso. Era... "...as a mere poetical pause in the bustling and turmoil of this world's time".

Cuando moría alguien su casa se llenaba de familiares que nunca se había acordado del muerto; pues cuando no había testamento se recurría a la ley de la distribución, y el reparto se hacía según la proximidad del parentesco. Si el difunto debía algo, el acreedor lo perdía todo, pues no había ninguna ley que le amparase. La iglesia solía llevarse una buena parte de la heredad.

Los habitantes de Nueva Inglaterra eran bastante interesados en cuestiones de dinero. Todas las obras de caridad de las que no se esperaba nada a cambio eran completamente desconocidas entre ellos. La cosa llegaba a tanto, que cuando algunos miembros de una familia visitaban a otros, pagaban su estancia como si fuera la cosa más natural. Esto dió lugar a lo que ahora se conoce como "boarding".

Los cuatro de julio se celebraban en el campo con música, discursos, fuegos artificiales y, también como parte de la diversión, el pueblo echaba estopas encendidas de un lugar a otro. El efecto era muy bonito en medio de la obscuridad de la noche; pero solían suceder accidentes por falta de cuidado. En el caso de la obra "Home as Found" se quemó un granero a consecuencia de un descuido al poner en práctica esta costumbre que se llamaba "the fun of fire".

Los cuadros costumbristas que se han presentado tienen relación íntima con lo que se ha dicho en el capítulo del pielroja. Hay que recordar que estos dos aspectos eran coetáneos y que a medida que el blanco se extendía, el pielroja iba desapareciendo.

Para completar lo que se ha dicho, falta solamente el estudio de los valores sociales y religiosos de esta época, lo que sin duda acabaría dando una visión más completa del mundo que Cooper vivió con verdadera intensidad.

CONCLUSIONES

Humildemente, como corresponde a un trabajo crítico de esta naturaleza, ofrezco las siguientes conclusiones a la benevolencia del lector de estas páginas.

De la vida de James Fenimore Cooper influyeron en su producción literaria tres aspectos principales; su patria primero, su carrera de marino en segundo lugar y, por último, la vida social que llevó tanto en Europa como en la misma América.

En sus primeros años conoció la vida de las aldeas fronterizas que colindaban con los bosques vírgenes. La tradición familiar, las leyendas sobre los pielrojas y sobre el interior de esos bosques fueron factores determinantes para la ejecución de las mejores de sus obras. Fué en esa primera etapa de su vida cuando adquirió una gran sensibilidad para apreciar las bellezas de la naturaleza, aunque más tarde su corta experiencia como marino acabara de formarle en este sentido. Su larga estancia en Europa nos demuestra a cada paso que este gusto ya se había desarrollado en él en forma completa.

El paisaje, el misterioso pielroja, las costumbres de blancos y de indios, el mar y la independencia de los Estados Unidos ocuparían la preocupación de nuestro autor en la primera década de su personalidad de escritor.

Debemos considerar que, aunque no terminó sus estudios, la preparación que recibió fué bastante buena para darle la cultura necesaria para saber juzgar detenida y acertadamente los asuntos que le interesaban. En toda su producción se nota que Cooper había meditado cuidadosamente tanto los problemas sociales de su tiempo como los religiosos. Su preocupación por la justicia se ve desde sus primeras novelas. En "The Spy" y en "Lionel Lincoln" se ocupa de la guerra de independencia y "The Prairie" y "The Wept of Wish-Ton-Wish" hacen sobrada justicia al indio americano y al americano de la época. "The Pilot", "The Red Rover" y "The Water-Witch" ya muestran en la preocupación de Cooper una genuina justicia en sus conceptos de crítica social. Esto es, en la producción literaria de la primera década quedan cimentados los temas que Cooper meditó con mayor interés y acierto; su América, tanto en el aspecto novelesco como en el social; y el mar, también en su doble aspecto novelesco y filosófico.

Los años que vivió en Europa aumentaron mucho su preocupación por los problemas sociales. Como los Estados Unidos estaban creciendo con mucha rapidez y las condiciones sociales cambiaban igualmente, sobre todo cuando la expansión hacia el oeste estaba en pleno vigor, cuando Cooper regresó de Europa y desconoció a su propia patria, aquella preocupación por los problemas sociales se agudizó todavía más y las primeras novelas que escribió, "The Monikins", "Homeward Bound" y "Home as Found" giran en torno a los aspectos sociales en que, según Cooper, sus compatriotas estaban equivocados.

Esta preocupación por los problemas de su América ya no le abandonaría nunca, al contrario, junto a ella tendría que crecer la preocupación por la vida religiosa de su país y así es como en los últimos cinco años de su vida publica "The Crater", "The Oak Openings", "The Sea Lions" y "The Ways of the Hour". La primera de ellas combina los dos aspectos, el religioso y el social; las dos siguientes se ocupan principalmente de la crítica religiosa y la última casi exclusivamente del aspecto social.

Las novelas que escribió sobre el indio norteamericano son las que tuvieron mejor fortuna, aunque algunas de las que tratan del mar casi pueden equipararse con ellas. Las de crítica social que están a esta altura son menos, como "The Spy", "Homeward Bound" y "Satanstoe".

La importancia de las obras que tratan del indio se basa principalmente en el estudio que hizo de éste y que nos ha legado para siempre. Lo vemos en su aspecto físico, en sus costumbres, en su tradición, en su organización social, en su religión y en su integral personalidad.

La forma en que presenta al pielroja hace que el lector simpatice con él, sobre todo con los jefes de aquellas tribus que nos señala como las de mayor honradez. Con los jefes porque ellos son la suma representativa de todas las virtudes de su pueblo; al través de ellos los apreciamos a todos. Nos satisface que sean tan fieles a las normas que los rigen y nos satisface que su austeridad responda a las exigencias que regulan su existencia. Su alto sentido del honor nos llena de orgullo y la forma en que cumplen su palabra nos avergüenza, sobre todo cuando vemos que el blanco de la época está analizando comparativamente y tiene menos valor ante nuestros ojos.

Cooper no defiende al indio, pero ve que en todos los aspectos, a todas luces, aún a la luz de las creencias religiosas, el indio es más leal, más constante. Rara vez se le encuentran defectos o traiciones que menoscaben su personalidad. Actúa siempre con gran decisión porque tiene fe en que lo que hace es lo mejor que puede hacerse dadas las circunstancias. El blanco, por su parte, desmiente sus propias normas a cada paso, traiciona sus creencias religiosas y obra por egoístas intereses personales a sabiendas de que lo que hace está mal.

A todo esto se une la gran figura central, Natty Bumppo. Este personaje es de una belleza tal que domina con su personalidad toda la obra. Mas téngase en cuenta que Natty es fiel a su origen europeo. La vida que lleva le ha obligado a hacer suyas todas las habilidades del mejor de los pielrojas; las necesita para saberse defender, pero a pesar de que son parte inconsciente de su personalidad, Natty es enteramente blanco; pero blanco de los que sí respetan sus creencias y sus normas, de los que ven a Dios en la soledad de las llanuras y en el silencio de los bosques. Blanco en total oposición al blanco que lucha contra el indio. Esto es, es el blanco del que estamos orgullosos del mismo modo que lo estamos del indio. A Natty no podemos encontrarle ninguna característica que nos decepcione. Por si esto fuera poco, todas sus habilidades de gran cazador y de pionero de la civilización nos asombran por su humildad.

La belleza de los bosques, de los lagos, de las llanuras, en una palabra, la belleza de la naturaleza, la tenemos presente en nuestros sentidos y en nuestros sentimientos sin que nunca leamos ninguna descripción directa; esto es, sin que Cooper se haya propuesto expresamente hacérselos notar.

Los momentos que se viven en el campamento indígena son pinturas de exquisita belleza; son cuadros aislados que captan la esencia de los aspectos más importantes de la vida social y espiritual del aborígen norteamericano.

Sería injusto no mencionar entre los valores estéticos de estas obras al jefe indio que acompañaba a Natty Bumppo. Ora con el nombre de Chingachgook, ora con el de

Susquesus o con el de Uncas, siempre tenemos delante al mismo; al perfecto jefe indio que encarna todas las virtudes del aborigen y las lleva con una dignidad y un acierto que se equiparan a las de Natty.

Por no caer en detalles de menor importancia, haremos notar también que el ritmo del desarrollo de estas obras es acompasadamente ligero y, en ocasiones de suspenso, emocionantemente lento. Las ideas de crítica social, religiosa, costumbrista, y todos los aspectos incidentales de estas obras, se mantienen ahí precisamente, como meros incidentes que en lugar de entorpecer la composición le dan fuerza y vida. Nunca llegan a sobresalir, ni cobran importancia que desvíe la atención ni el interés del lector.

Todo lo mencionado hace que estas novelas ocupen el lugar más importante de la creación literaria de James Fenimore Cooper.

Sin haberse propuesto hacer novela costumbrista, Cooper tuvo momentos en que dejó correr la pluma con mucho gusto para pintar en algunas páginas de sus libros la forma en que se vivía en los Estados Unidos .

Además de las consabidas luchas con los indios, vemos con claridad cómo se iba colonizando el país. Vivimos las dificultades que tuvieron los primeros colonos y el esfuerzo de organización social en el que los dueños de las tierras, que a veces perdían parte de sus propiedades por la imperfección del trabajo de los agrimensores, tenían que ofrecer grandes ventajas para conseguir gente que quisiera cultivarlas.

En varias ocasiones nos detenemos a comer con la gente del pueblo y, en otras, comemos con la clase de mejor posición social. Al entrar en las casas vemos la forma en que están construidas, aunque con el tiempo, aquella construcción mixta que tomaba muy en cuenta la protección de sus habitantes contra el ataque del pielroja, fuera cediendo su lugar a construcciones de mayores pretensiones en las que abundaban columnas y capiteles.

Así mismo, los espacios libres que a guisa de protección se extendían de la casa a la empalizada se transformaron en el tupido césped que después rodeó la residencia.

También se ve la lucha por conservar una forma de religión satisfactoria. La creencia de que en la madre patria todo era mejor no les dejaba apreciar con claridad el grado de adelanto que iban logrando, ni el aumento de las facilidades para el estudio, aunque en Inglaterra se creyera que los americanos eran poco menos que salvajes.

El elemento africano se percibe en su posición sojuzgada, pero Cooper presenta siempre al negro con mucha benevolencia y hasta con gran cariño. Lo vemos moverse en un cuadro en el que encaja exactamente como lo que era, con plena conciencia de su posición y ya acostumbrado y completamente conforme con ella.

La emancipación del negro está vista de manera favorable, con muy buenos ojos, aunque también con cierta visión de las dificultades que podría traer; primero por la incapacidad, y en muchos casos falta de deseos de parte del negro, para hacer una vida independiente después de tantos años de esclavitud; luego, la dificultad de acomodarse como ciudadanos libres de un país que sólo los había conocido como esclavos.

Diversos aspectos de la vida de los Estados Unidos durante la colonia salpican las páginas de las novelas que hemos estudiado. Los soldados ingleses se mueven en el escenario dando una nota alegre. Vemos a la gente asistir a las funciones de teatro. Nos paseamos con los negros y los blancos por las ferias y, a ratos, nos sentamos con una familia holandesa a meditar graves cuestiones.

Acudimos a sangrientas batallas después de seguir al ejército en penosa y larga marcha hacia el frente y nos queda un remordimiento grande cuando presenciamos alianzas con los indios y las matanzas a que éstos se entregaban.

En muchas de las obras se describen con gran gusto la comida y los banquetes de la gente de mejor posición social. Nos entusiasma la abundancia, aunque nos enfrie el ánimo la etiqueta social que se muestra en estas ocasiones. Más de una vez asitimos a los brindis de sobremesa y a la costumbre de quedarse después de la comida a vaciar el contenido de varias botellas.

También nos toca patinar, o pesear en trineo, por las heladas aguas del río Hudson y , en el verano, no son pocas las ocasiones en que surcamos sus aguas en un velero, capitaneado, tal vez, por un viejo holandés.

En fin, la lectura de las obras de Cooper nos expone toda la vida de los Estados Unidos en pequeñas pinturas que, de ser ordenadas cronológicamente, formarían un hermoso documental gráfico. Colonia, guerra de independencia, formas de transporte, posadas, escuelas y sus planes de estudio, la agricultura, la caza y la pesca, el crecimiento de la población y su expansión hacia el oeste, el comercio por tierra y por mar, las casas y su arquitectura, a veces vulgar en sus primeros ensayos, la vida intelectual luchando para abrirse camino en medio de la vida material que se imponía necesariamente, y hasta los funerales..., todo ello queda fotografiado para siempre en las novelas de Cooper. Leer a Cooper es, en suma, vivir con el americano y el indio de la época colonial, observar como nació el país independiente y meditar los problemas que en todo ello se presentaron. Esta tesis sólo se ha ocupado, como ya se dijo en la introducción, de la primera parte de estas etapas evolutivas.

BIBLIOGRAFIA

Precaution.—1820. A. T. Goodrich and Co. New York.
 The Spy.—1821. Wiley and Halsted. New York.
 The Pioneers.—1823.—Charles Wiley. New York.
 The Pilot.—1823-24. Charles Wiley. New York.
 Lionel Lincoln.—1825. Charles Wiley. New York.
 The Last of the Mohicans.—1825. H. C. Carey and I. Lea. Philadelphia.
 The Prairie.—1827. Carey, Lea and Carey. Philadelphia.
 The Red Rover.—1828. Carey, Lea and, Carey. Philadelphia.
 The Wept of Wish-Ton-Wish.—1829. Carey. Lea and Carey. Philadelphia.
 The Water-Witch or The Skimmer of the Seas.—1830. Carey and Lea. Philadelphia.
 The Bravo.—1831. Carey and Lea. Philadelphia.
 The Heidenmauer or The Benedictines.—1832. Carey and Lea. Philadelphia.
 The Headsman or The Abbaye des Vignerons.—1833. Carey, Lea and Blanchard.
 Philadelphia.
 The Monikins.—1835. Carey, Lea and Blanchard. Philadelphia.
 Homeward Bound or The Chase.—1838. Carey, Lea and Blanchard. Philadelphia.
 Home as Found.—1838. Lea and Blanchard. Philadelphia.
 The Pathfinder or The Island Sea.—1840. Lea and Blanchard. Philadelphia.
 Mercedes of Castile or The Voyage to Cathay.—1840. Lea and Blanchard, Philadelphia.
 The Deerslayer or The First Warpath.—1841. Lea and Blanchard. Philadelphia.
 The Two Admirals.—1842. Lea and Blanchard. Philadelphia.
 The Wing and Wing or Le Feu-Follet.—1842. Lea and Blanchard. Philadelphia.
 Wyandotté or The Hutted Knoll.—1843. Lea and Blanchard. Philadelphia.
 Afloat and Ashore or The Adventures of Miles Wallingford.—1844. James Fenimore Cooper.
 Afloat and Ashore or the Adventures of Miles Wallingford. Volumes 3 and 4.—1844.
 Publicado para Cooper por Burgers, Stringer and Co. New York.
 Stanstoe. (or The Littlepage Manuscripts).—1845. Burgers, Stringers and Co. New York.
 The Chainbearer.—1846. Burgers, Stringer and Co. New York.
 The Redskins.—1846. Burgers, Stringer and Co. New York.
 Jack Tier or The Florida Reefs.—1848. Burgers, Stringer and Co. New York.
 The Crater or The Vulcan's Peak.—1847. Burgers, Stringer and Co. New York.
 The Oak Openings or The Bee Hunter.—1848. Burgers, Stringer and Co. New York.
 The Sea Lions or The Lost Sealers.—1849. Stringer and Townsend. New York.
 The Ways of the Hour.—1850. G. P. Putnam. New York.
 James Fenimore Cooper.—American Men of Letters.—Houghton Mifflin Co. By Thomas R. Lounsbury.
 Fenimore Cooper.—Robert E. Spiller.

F E D E R R A T A S

PAGINA	RENGLON	DICE	DEBE DECIR
3	4	... Cooper Gen...	...Cooper to Gen...
	20	"Coopertown	"Cooperstown
	26	Handkerchiéf	Handkerchief
5	7	extensiól	extensión
7	25	muete	muerte
10	40	Estado	estado
11	6	ocn	cón
14	6	fiebra	fiebre
	11	medio día	mediodía
	12	constituia	constituía
18	4	esta	estas
	23	respitar	respetar
19	25	Bunen	Bunsen
20	15	bookshop	bookshop
22	17	unión	unió
25	20	largo	lago
30	34	onodagas	onodagas
33	14	pero	pues
34	21	cumún	común
	24	otro	objeto
35	19	Deerlayer	Deerslayer
41	33	heathen!.	heathen!.
47	27	ous	our
48	4	pórrafos	párrafos
50	17	Sausman	Sausaman
53	6	habrir	abrir
58	27	unos de ellos podían	uno de ellos podía
59	25	pudiea	pudiera
60	8	frese	frase
	15	chazas	chozas
62	36	he	the
64	23	in	is
65	16	eran heterogéneos	era heterogéneo
66	25	Harvard.	Harvard,
73	13	arco	aro
76	15	oonsidera	consideraba
77	38	Ias	Las
79	34	recibían	recibía
85	14	almonds	almonds,
91	14	pesear	pasear

M 123814